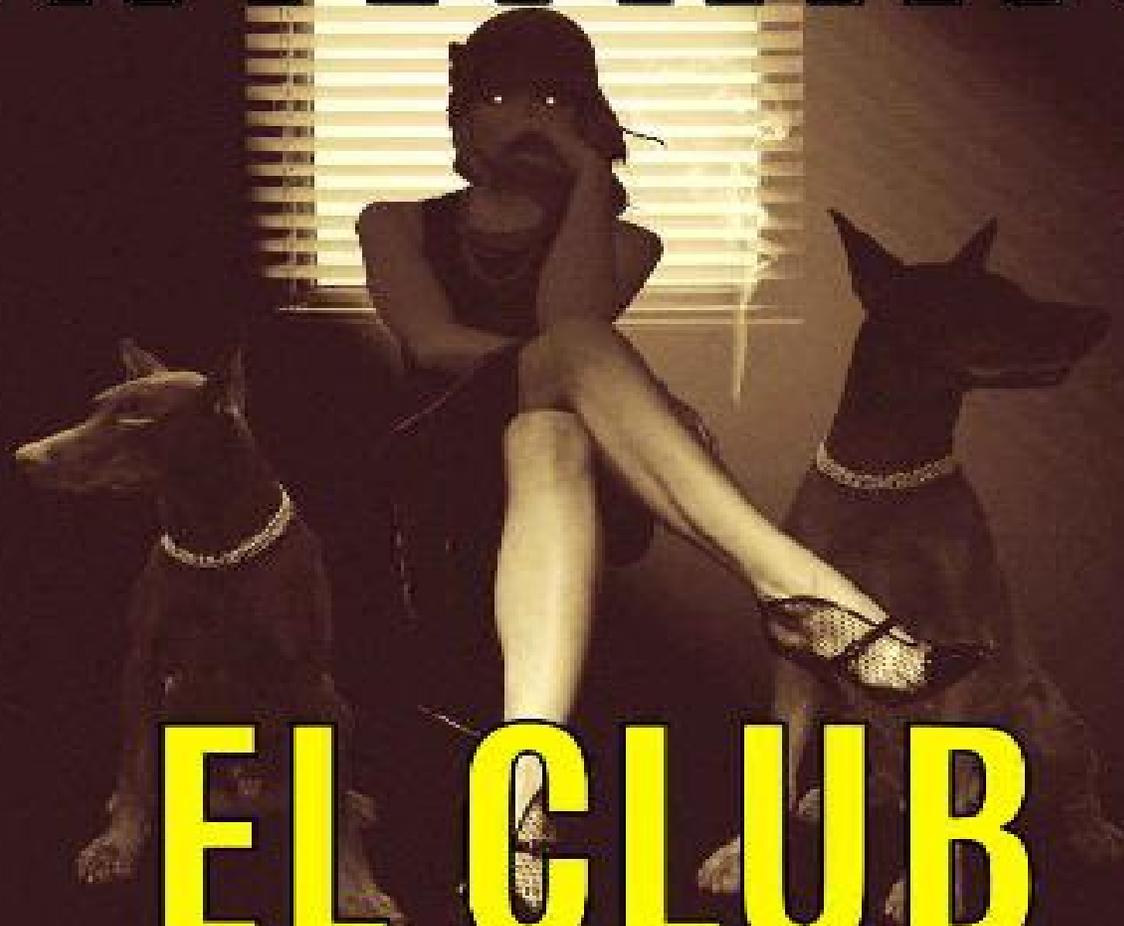


# ESTEBAN NAVARRO



EL CLUB  
DE LA ÉLITE

# EL CLUB DE LA ÉLITE

**Esteban Navarro**

esteban.orravan@gmail.com

© Esteban Navarro Soriano. Octubre 2017

Portada: Pixabay License

ASIN:

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo público de ejemplares.

*Primera revisión en diciembre de 2020*

«Being a leader is like being a lady.  
If you have to remind people you are, you aren't».

(Ser un líder es como ser una dama.  
Si tienes que recordar a la gente que lo eres, no lo eres).

MARGARET THATCHER

*A Ester, mi amiga, mi esposa*  
*A Raúl, mi amigo, mi hijo*  
*A Noemí Trujillo, esta novela ve la luz gracias a ella*

## Sumario

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Nota del autor](#)

[Más novelas](#)

# Capítulo 1

Pau no podía apartar los ojos de la pantalla de su móvil. Y mientras que con la mano izquierda sostenía el volante del Nissan Micra, con la derecha aguantaba el teléfono con pericia. En una rampa del barrio de Salamanca, en la calle Jorge Juan, tuvo que cambiar de velocidad con gran dificultad, sin soltar el móvil de la mano. Con el vaivén se le cayó el teléfono en el asiento del copiloto y, al agacharse para recogerlo, sus ojos se clavaron en el letrero que indicaba el nombre de la calle.

—Calle de Claudio Coello —leyó en voz alta.

En ese momento le pareció un mal presagio pasar por allí, por esa calle. Aunque era lo suficientemente joven, tan solo tenía dieciocho años, como para no haber vivido épocas oscuras de España, sí que conocía que en esa calle asesinaron al entonces vicepresidente del Gobierno de Franco: el almirante Carrero Blanco.

Al llegar a la calle Príncipe de Vergara, viró situándose bien pegado al carril de la izquierda. En cuanto le fuera posible detendría el coche para poder llamar a Luis Miguel. O Luismi, como lo conocían todos sus amigos. Tenía que contactar con él. Había de contactar con él. Era una necesidad imperante que su amigo descolgara. Luismi le había estado enviando numerosos mensajes de WhatsApp durante toda esa mañana y él no le había respondido porque estuvo ocupado instalando el sistema operativo en el ordenador de un conocido. Eso es lo que tenía ser estudiante de Ingeniería en Computación e Informática: que todas tus amistades quieren que les repares los fallos de su ordenador.

«Tenfgo que habar contigo urgentementemente», le había escrito.

No había duda de que esos mensajes los había anotado Luismi, de forma atribulada, seguramente mientras conducía. Pau detuvo el Nissan en un hueco que halló en una zona de carga y descarga frente a un supermercado. Soportó con estoicismo el bocinazo del taxista que llevaba pegado detrás. Esos días los taxistas andaban a la greña con los de Uber y se palpaba en el ambiente el malestar que había entre los dos colectivos. Agarró con fuerza el teléfono móvil con la mano izquierda y con un dedo de la mano derecha buscó a Luismi en la agenda. No disponía de tiempo para dejar que «Siri» se encargara de hacerlo por él. En la pantalla vio la fotografía de su amigo. Sonriente, como siempre lo conoció. Le caía el pelo lacio alrededor de las orejas. Su tez agitanada, que recordaba a un Joaquín Cortés en sus años mozos, ensombrecía la pantalla del móvil y Pau pensó en qué le preocuparía a su amigo para que le hubiera enviado tantos mensajes. El logotipo de un teléfono de color verde se encendía y se apagaba, indicando que la llamada estaba en curso.

—Vamos, vamos —chilló—. Coge el teléfono de una puta vez.

Un mendigo se acercó hasta la ventanilla del Nissan. Era el orgulloso poseedor de un enorme bigote que se esparció por el cristal como si fuese una medusa dentro de una pecera. El hombre mostró un paquete de pañuelos de papel, mientras que sus ojos desvariaron por los tatuajes de los brazos de Pau.

—La voluntad —dijo.

Pau cogió un puñado de monedas de la bandeja que tenía al lado del freno de mano y, sin contarlas, se las entregó al mendigo por el minúsculo hueco que quedó al bajar la ventanilla. Una bofetada del calor de julio pasó al interior del Micra, como si en ese instante se hubiese abierto la tapa del infierno. El hombre, de ropajes sucios y harapientos, pero de tez lampiña y mirada limpia, cogió las monedas con una mano enguantada.

—Gracias, señor —dijo con un acento indeterminado, que tanto podía ser rumano como ruso.

La llamada realizada a Luismi se cortó cuando pasó el suficiente tiempo sin que su interlocutor descolgara. Pau no creyó necesario llamar de nuevo. Cuando Luismi viera la llamada la devolvería, sin duda.

Siguió conduciendo por la calle Príncipe de Vergara hasta que halló un hueco al lado de unos contenedores de basura. Orilló el coche. Allí podía pensar sin que nadie lo molestara, se dijo. Todo comenzó cuando Luismi le contó que estaba trabajando en la investigación de un club de lectura muy elitista. Luis Miguel Artapalo, al igual que Sonia, era un detective privado que trabajaba sin oficina. Fue policía local del ayuntamiento de Madrid durante diez años, pero hacía dos que lo habían echado, nunca supo por qué. Tampoco se lo preguntó, pero sabía que hay que hacerla muy gorda para que te echen de la policía. Desde entonces se había dedicado a la investigación con desigual éxito. El abanico de posibilidades de los detectives era muy reducido y el margen de ganancia nulo. Era complicado, por no decir imposible, que un detective que trabajara por su cuenta pudiera hacerse rico. A Luismi lo había contratado la mujer de un escritor para que investigara a un extraño club de lectura. Eran un grupo de notables que se reunían en un chalé de la urbanización Caraquiz, en Uceda, un pequeño municipio de la provincia de Guadalajara. Luismi le había dicho que, una vez al mes, se juntaban en la casa de un conocido alcalde de Mataseña varias personalidades de la región. «¿Club Bilderberg?», le había preguntado Pau. Su amigo lo negó de forma tajante. Aquellas reuniones no tenían nada que ver con el club Bilderberg. Los congregados eran: un alcalde, un presidente de una Diputación, un fiscal, un juez, un comisario de la Policía Nacional y un mando de la Guardia Civil.

—¿Y para qué se reúnen? —se interesó Pau.

—Dicen que para hablar de literatura —respondió su amigo—. Ellos dicen que es un club de lectura de novela negra —explicó con voz cavernosa. Pau siempre quiso saber, desde que lo conoció, la cantidad de cigarrillos negros que habría fumado para tener semejante voz—. Escogen una novela y se reúnen en una tertulia privada donde comentan qué les ha parecido.

Pau basculó la barbilla sin percibir nada extraño en ese club. Luismi, que mientras hablaba removía en el aire sus enormes manos, insistió en lo extraño que era que un grupo de notables se reuniera cada mes con el pretexto de comentar una novela.

—¿Extraño? ¿Qué hay de extraño? —había preguntado Pau.

—Esos hombres se reúnen cada mes en el chalé de Caraquiz —explicó su amigo—. Al finalizar la reunión deciden el título y el autor de la novela que han de leer para el siguiente encuentro. Pero hace un mes, en la primera reunión literaria desde que se sepa, la del 31 de mayo, ocurrió algo por lo que me han contratado. —Pau contuvo la respiración esperando a que Luismi se explicara—. El autor de la novela que comentaron en aquella reunión falleció en un accidente de tráfico una semana después de que se reunieran los notables, cuando conducía su Chrysler 300.

—¿Casual? —consultó Pau.

—Es posible. El autor era vecino de un pueblo que hay entre Pinto y Valdemoro. Se llamaba Cesario Pidal y su novela tenía un título tan poco sugerente como repelente: *Todos los idiotas*.

—Pero si entre Pinto y Valdemoro no hay nada —objetó el joven agente.

—¿Cómo que no hay nada?! —protestó colérico Luismi—. Está Mataseña. —Mataseña es un municipio de apenas cuatrocientos habitantes, enclavado entre las poblaciones de Pinto y Valdemoro—. Pero la coincidencia es que el alcalde de ese municipio es uno de los notables del club de lectura, además de propietario del chalé de Caraquiz donde se reúnen.

En esa conversación fue cuando Pau se enteró de que la esposa del escritor fallecido había contratado a Luismi, que además era amigo personal de Pau y había tenido una relación intensa

con Sonia Ruiz, su compañera de aventuras y pesquisas. La señora Pidal lo contrató para que investigara la muerte de su marido, porque no se creía que hubiera fallecido en un accidente. La guardia civil, que son los que habían llevado la investigación, determinó que su esposo había muerto en un accidente de tráfico en el tramo entre Pinto y Valdemoro, pero ella no se lo creía. Así que no le quedó más remedio que contratar los servicios de un detective privado para que indagara.

Luismi y Pau habían quedado unos días después de que iniciara la investigación, para tomar una cerveza en una terraza del Retiro. Pau temió que le solicitara ayuda. Los detectives privados necesitaban de la estrecha colaboración de la policía para avanzar en sus investigaciones. Un detective privado sin contactos dentro de la policía o del CNI es como una pistola sin munición: no sirve para nada. Luismi le manifestó su preocupación a hurgar en ese club.

—Por lo que dices no tiene buena pinta, no —le había dicho Pau—. Ándate con ojo con esa gente.

—Sí, descuida —le dijo—. No sé ni por donde empezar. Y más teniendo en cuenta el tipo de personas que son. Al final me dedicaré a hacer ver que estoy haciendo algo para justificar mis honorarios. —Pau puso la misma cara que un pez en un acuario.

—Por lo que me cuentas raro es —asintió—. Pero ya sabes que la vida está llena de coincidencias. Quizá, como me has dicho, al final solo fue un accidente.

—Yo también lo creo, pero ya sabes lo que dicen amigo: el que paga manda.

—Hay una cosa que no me ha quedado clara —interpeló Pau—. ¿Qué haces tú investigando un crimen?

—Alguien lo ha de hacer, ¿no?

—Sí, pero para eso ya está la policía.

—La Guardia Civil ya ha dicho que fue un accidente. Cuando la señora Pidal me contó quienes eran esos hombres, tuve la sensación de que ocultaban algo. Esos hombres son muy poderosos. Lo son por los cargos que ocupan, y estoy seguro de que nadie se atreve a investigarlos. ¿Tienes idea de si el CNI lo hace?

Pau balanceó la cabeza negativamente.

—No creo que el CNI se dedique a investigar a un club de lectura —le dijo—. ¿Sabes de qué hablan en esas reuniones?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí. Pero son reuniones secretas. Se juntan los seis en el interior del chalé. Conversan durante la tarde. Cenar por la noche. Y antes de amanecer se marcha cada uno a su casa.

—¿Una tapadera? —se interesó Pau.

—Eso es, amigo. Yo creo que el club de lectura es una cortina de humo para ocultar sus auténticas intenciones.

—No te entiendo.

—Hace tiempo que se reúnen. Y no creo que solo sea para hablar de libros.

El teléfono vibró mientras lo sostenía en su mano, abstrayéndole de sus pensamientos. En la pantalla vio que era número oculto, por lo que supo que se trataba de su central.

—Sí.

—Pau —escuchó una voz que reconoció enseguida.

—¿Albatros?

Albatros era el nombre clave de un agente de la unidad operativa del CNI. Pau y él habían intercambiado, en diversas ocasiones, información sobre investigaciones en curso.

—Han hallado el cuerpo de Luismi en un coche calcinado en Torrejón de Ardoz. Al parecer era su coche, aunque la policía todavía está sacando huellas. —Pau había entrado en *shock* y no se hallaba en situación de responder—. Lo han asesinado, Pau.

«¿Y por qué iban a asesinar a un detective privado?», se preguntó sin hablar.

## Capítulo 2

Luismi y Pau eran las dos esquinas de un triángulo cuyo vértice era Sonia Ruiz. Los dos, Sonia y Luismi, se habían encandilado el día que Pau los presentó. Incluso el mejor amigo de Sonia, Pau, pensó que hubo algo más que miradas y sonrisas. Luismi transpiraba atracción animal. Sus ojos expelían una seducción difícil de explicar para alguien que no se hallara delante. Su mirada era fuego, pasión y fiereza. Durante un tiempo se había dejado el pelo largo, aunque últimamente lo llevaba más corto, y con la barba recortada y perfilada, que cuidaba a diario.

—¿Podemos vernos? —dijo Pau, cuando escuchó que Sonia había descolgado el teléfono.

Sonia conocía lo suficiente a Pau como para saber que algo malo había ocurrido. Su amigo no podía ocultar que su voz temblaba.

—¿Ahora? —le había preguntado.

—Sí. Sí. Dime dónde estás y me acerco.

—Pues estoy en mi despacho de la calle de Carretas.

Pau sonrió al recordar qué tipo de despacho tenía Sonia. Su amiga había alquilado una oficina en la calle de Carretas para darle visibilidad a su agencia unipersonal de detectives, quizá en un intento fútil de independizarse de Pau. Un detective que se precie debe tener tres cosas: una oficina, un teléfono móvil y la perenne sensación de que lo sabe todo de todo. Sonia tenía las dos primeras cualidades, la tercera aún estaba por demostrar.

—Llego en... —miró su reloj y calculó el tráfico de la zona a esa hora— digamos que en quince minutos.

—¿Debo preocuparme por algo? —preguntó confusa.

—No, qué va —respondió Pau, sin convencer.

El agente del CNI colgó el teléfono justo cuando un agente de movilidad posó sus ojos sobre él. Pensó que si esos policías habían sido capaces de perseguir y multar a la que fue presidenta regional y alcaldesa de Madrid, qué no harán con un humilde agente secreto. A su mente vino, de forma sorpresiva, un estribillo de Robe: «*Canta la rana debajo del agua. Sueña con ser una rana encantada*».

Sonia dejó el móvil sobre la mesa de Ikea, que, junto con una silla del rastro, era el único mobiliario de su precaria agencia de detectives. Por su mente pasó el recuerdo de las novelas de Chandler y añoró los tiempos en que los de su oficio eran algo. Sabía que Pau sería puntual, por lo que calculó que en catorce minutos llamaría a la puerta. Tiempo suficiente como para seguir la raya de los ojos con un lápiz, peinarse sin mucha destreza y mudarse esa remilgada y decente camisa que se ponía cuando iba a recibir clientes, para no levantar su libido. Odiaba a los hombres que desvariaban los ojos por su escote, de la misma forma que no soportaba a los babosos que resbalaban la vista por las piernas desnudas. Sonia conocía la condición enfermiza de los hombres respecto a las mujeres y por eso vestía recatada en su despacho y descocada cuando tenía que trabajar fuera, ya que no había nada más sumiso que un hombre ante una mujer exuberante.

—Trece minutos —dijo observando su reloj de pulsera y echando en falta un cigarrillo entre sus dedos. Pero cuando decidió dejar de fumar sabía que no iba a ser sencillo.

Cogió un libro de la única estantería que había en la pared, desnivelada sobre un florero con un ramo de flores artificial que no podía disimular que era más falso que un duro sevillano. Se trataba de *El viaje íntimo de la locura* de Roberto Iniesta. Leyendo alguno de los pasajes de ese libro se había preguntado cómo es que no le daban a Robe el jodido Premio Nobel, como ya había

hecho la Academia Sueca con Bob.

*En el jardín hay un cerezo dormido, pero parece muerto.*

*Este otoño comenzó a sentirse apático, y la dejadez se apoderó de su espíritu.*

*La vida, cansada de verle abúllico y desastrado, decidió que lo mejor sería que se tomaran un tiempo para reflexionar sobre su relación, y se marchó de vacaciones...*

El timbre de la puerta sonó como si a un canario afónico le estuvieran retorciendo el cuello.

—Tengo que mandar que lo arreglen —se excusó Sonia, mientras abría y contemplaba el rostro desencajado de Pau—. ¿Malas noticias?

—Muy malas. —Tras pasó la puerta y se colocó en el centro del despacho, que no tendría más de cinco metros cuadrados, una tercera parte ocupada por la mesa y las dos sillas.

Era la segunda vez, desde que lo alquiló, que Pau visitaba ese despacho. El joven agente del CNI no le reprochaba a su amiga que hubiera querido independizarse de él. Era consciente de lo complicado que era para ella vivir siempre bajo su paraguas de seguridad. Pero compartir piso, cuando se fue a vivir con él, e incluir en ese mismo piso una habitación como improvisada agencia de detectives quizá no era lo mejor para ambos. Por eso toleró de buen grado que Sonia hubiera alquilado ese cutre, pero genuino, despacho en la calle Carretas.

—Han hallado el cuerpo de Luismi en un coche calcinado en Torrejón de Ardoz —repitió las palabras de Albatros, cuando le comunicó la muerte de su amigo.

—¿Luis Miguel? ¿Muerto?

Pau no recordaba haber visto nunca a Sonia tan conmocionada. Se esforzó sobremanera para no posar sus ojos sobre los dos botones redondos y negros que pujaban por salir de debajo de su camiseta de color fucsia. Ni siquiera se atrevió a comentarle que ese color ya no estaba de moda desde hacía siglos.

—La Policía Nacional de Torrejón lleva la investigación —dijo como si eso fuese a tranquilizar a Sonia—. Mi jefe me ha informado de la muerte, pero ya me ha avanzado que nosotros —dijo refiriéndose al CNI— no vamos a hacer nada —Pau esperó a que Sonia le preguntara por qué—. Luismi estaba investigando la muerte de un escritor, días después de que un club de lectura leyera su novela. El asunto es feo, pero hay que dejar que la policía haga su trabajo —explicó finalmente sin que Sonia se lo preguntara.

—¿Asunto? ¿Qué asunto?

—¿Por qué no damos un paseo? —ofreció como respuesta.

Sonia parecía que no pudiera colocar bien los ojos. Su mirada iba de arriba abajo y de izquierda a derecha, como si estuviera buscando algo que no hallara allí, en su despacho. Pau fue consciente en ese instante de que la relación de Luismi con Sonia fue más allá de un aquí te pillo y aquí te mato. Pero también supo que Luismi no le había dicho nada a ella de lo que estaba haciendo y en qué andaba metido. Esa era la fascinante facultad de los detectives privados, que nunca aseguraban nada cuando hablaban de ellos mismos. Todo, absolutamente todo, lo dejaban en el aire. No había mayor pérdida de tiempo que polemizar con un detective. Hablan, pero no dicen nada. Y de lo que dicen solo te puedes creer la mitad. En definitiva, un buen sabueso es aquel que nadie sabe que lo es, y los que lo saben tienen dudas que lo sea. Pese a todo le confió un secreto, contraviniendo una de las reglas no escritas de todo buen detective.

—Sabes —le había dicho—. Yo no creo en eso de que haya que tener la misma clave para cada aplicación.

—Pues hay que hacerlo —le dijo Sonia—. Yo uso un truco.

—¿Qué truco? —consultó Luismi.

—Uso la misma clave para Facebook, Twitter, el correo electrónico o lo que sea, solo que al final de la clave añado una letra que se corresponde con la aplicación. Por ejemplo —dijo al ver que su compañero no la estaba entendiendo—. Si mi clave para Facebook es «pepitaF». Entonces para Twitter es «pepitaT».

—Entiendo —aceptó—. Yo sin embargo en todos los sitios pongo «luismiguelA» —Sonrió.

—Pero no me digas la clave de verdad —se quejó Sonia.

—No te la he dicho —contravino—. ¿Cómo voy a tener esa clave?

—Es curioso —le dijo en el rellano mientras cerraba con llave la puerta de su oficina. Pau se fijó en el encabezamiento del rótulo: «Sonia Ruiz, detective privado»—. La última tarde que estuvimos juntos, Luismi me habló de un libro que estaba leyendo. —La puerta del ascensor se abrió y los dos se subieron. Pau apretó el botón de la planta principal—. Me dijo que era de un escritor poco conocido, un tal Silvestre Carcasona. Incluso me comentó que la novela era mala con ganas. —El ascensor llegó a la planta baja y se abrió la puerta. Sonia aprovechó para echarse un último vistazo en el espejo antes de salir.

—¿Te dijo por qué leía esa novela? —consultó Pau.

—No lo recuerdo bien. Creo que me dijo algo de que no le extrañaría nada que asesinaran al autor después de leer la novela. —Pau esbozó una inapreciable sonrisa. El humor negro de Luismi no conocía límites—. Dime, Pau, ¿tiene algo que ver esa novela con su muerte?

Los dos habían iniciado la marcha hacia el parque del Retiro. Pau calculó que llegarían en unos veinte minutos, pero para entonces ya habría hablado con Sonia todo lo que tenían que hablar. El parque sería el final del trayecto y el final de la charla.

—Por ahora sé lo mismo que tú —rechazó responder a su pregunta—. Pero lo que sí te puedo asegurar es que el asunto es grave.

—Define grave —conminó Sonia.

—Por lo que conozco, de momento, es espinoso por el tipo de personas que participan en la investigación que llevaba. Con ese tipo de gente nunca se sabe, la verdad.

## Capítulo 3

El CNI había iniciado una investigación calificada como «reservada» a los integrantes del club de la élite, en cuanto tuvieron constancia de la primera reunión. En aquella ocasión fueron alertados por un parte de servicio de una patrulla de la policía local. Se da la circunstancia de que el Centro de Inteligencia lee todos los partes de las diferentes policías de forma automática. Un potente ordenador rastrea a diario cualquier comunicado, filtrando las palabras que son de interés para la seguridad nacional. Bomba, atentado, terrorista, muerte, destrucción y palabras de ese estilo, son captadas de forma automática y derivadas a una base de datos creada a tal efecto. Varios agentes se dedican a leer esos comunicados, en un segundo filtro, y, cuando alguno de ellos sugiere un peligro mayor, se investiga sobre el terreno por miembros de la Unidad Operativa.

Todo había comenzado un par de años atrás. Una patrulla de la policía local identificó a varios vehículos aparcados frente a un chalé en la urbanización de Caraquiz. Se trataba de *un control de placas*, nombre con el que es conocido este tipo de inspección, rutinaria. La dotación policial circula en paralelo al lado de los coches aparcados y anota, en una libreta, las matrículas de todos los vehículos. Después, una vez han regresado a su base, se la entregan a un operador que las introduce en la aplicación correspondiente, determinando si esa placa pertenece a un vehículo robado, si su propietario tiene antecedentes penales o policiales y, lo más importante, si el modelo del vehículo se corresponde con el que está dado de alta en Tráfico. En este último caso se busca identificar una posible placa doblada, muy usada por la banda terrorista cuando roba coches en Francia y los trae a España para prepararlos como coche bomba. En el control de ese día hubo varios vehículos de alta gama aparcados en la urbanización de Caraquiz, no estando, la mayoría, domiciliados allí. El ordenador anotó esa incidencia como una anomalía. Y el agente del CNI, que entraba de servicio esa noche, rastreo a los propietarios de esos coches. Una vez introdujo el nombre en la base de datos, comprobó que algunas de esas personas no residían allí. Y, ampliando el espectro de la búsqueda, dio con sus profesiones: un alcalde, un presidente de Diputación, un juez, un fiscal, un comisario y un teniente coronel de la Guardia Civil.

—¡Qué coño! —exclamó.

De inmediato remitió esa información a su jefe de equipo. Este no consideró que fuese relevante.

—Una cena de amigos —dijo—. No hay que darle mayor importancia. No veo ninguna anomalía en que un grupo de personas importantes se reúnan.

La incidencia quedó señalada en el ordenador. Lo que significa que la aplicación volvería a rastrear esa información durante un tiempo, de forma aleatoria, para contrastarla. Dos meses después, otra patrulla de la policía local regresó a esa calle, y, al percibir que había más vehículos de los habituales, repitió la operación de anotar las matrículas. Los datos fueron rescatados por el ordenador del CNI y un agente de Inteligencia los procesó, como se hizo en la vez anterior. Para entonces, la información se había ampliado y la cotejaron con notas de prensa relacionadas; no había ningún artículo que hablara sobre esas reuniones.

—Una reunión clandestina —suspiró el agente que comprobó el último encuentro.

En ese instante comisionó a un agente Operativo, que se desplazó hasta la calle de la urbanización y realizó una vigilancia prolongada hasta que todos esos hombres salieron del chalé y regresaron a sus casas, después de subirse a los respectivos coches que habían aparcado en la calle. El agente operativo había anotado en su informe los nombres de esas personas, su cargo, y la hora de salida del chalé, fijándose a las cinco de la mañana. Albatros, que era el jefe de equipo

de esa noche, se preguntó entonces qué hacían esos seis hombres reuniéndose allí. Pero siguió manteniendo la teoría principal: una reunión de amigos.

Durante los meses siguientes se inició una vigilancia discreta, con agentes de inteligencia, un rango más que los operativos, que recabaron datos sobre las personas que se reunían en esa casa. Como se trataba de una vigilancia reservada, es decir: no operativa, los agentes solo se dedicaban a recabar información en un dossier que engrosaban con datos que creían interesantes o que destacaban. Los informes habían determinado que esos hombres se reunían por la tarde. Cenaban copiosamente. Fumaban sendos puros mientras degustaban licores caros. Y compartían conversación.

Albatros ya había ordenado el cierre de la investigación, ya que no se podían destinar recursos y medios a vigilar personas que no supongan un peligro real para la seguridad nacional. Y una investigación se cierra, pero nunca se destruye. La documentación permanece en la base de datos del CNI *in eternum*. Los días posteriores a la muerte de Luis Miguel Artapalo, Pau pudo consultar el dossier del club de la élite, como lo había bautizado su amigo. Pero no había ninguna información que indicara que sus miembros tuvieran que ser investigados. Si esos hombres hacían alguna cosa reprobable, desde luego sabían hacerlo bien, porque ni siquiera el CNI había detectado, después de una investigación exhaustiva, nada extraño en sus actividades.

## Capítulo 4

En un cruce de la calle de Sevilla un tipo alto, de aspecto atribulado, y vestido completamente de negro, le lanzó una mirada lasciva a Sonia, que molestó más a Pau que a ella. Aunque no eran pareja, iban juntos por la calle. Y a un hombre siempre le molesta que otros hombres miren a la mujer que los acompaña.

—¿En qué andaba metido Luismi? —consultó Sonia.

—Es un asunto muy delicado —bajó la voz Pau. No quería que alguien de alrededor pudiera escuchar la conversación, por eso había decidido hablar caminando por la calle. Como agente del CNI sabía que era muy complicado grabar una conversación en las ruidosas calles de Madrid. Complicado por no decir imposible—. A Luismi lo había contratado la esposa de un escritor que había fallecido unas semanas antes en un accidente de tráfico. El caso es que unos días antes del accidente, los integrantes de un misterioso y hermético club de lectura de personas notables que se reúnen en un chalé de la urbanización Caraquiz, en Uceda, en la provincia de Guadalajara, habían leído una de sus novelas.

Sonia lo miró evitando que se le escapara la risa por la comisura de sus labios.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. ¿Por qué crees eso?

—Bueno, sigue con lo que me estabas contando, a ver si me entero de qué va todo esto.

—Esas personas notables... —siguió explicando Pau.

—¿Cómo de notables? —preguntó Sonia, esgrimiendo una mueca de disgusto.

—Son seis —respondió—. Un alcalde, que además es el propietario del chalé; el presidente de una Diputación; un fiscal; un juez; un comisario de policía y un teniente coronel de la Guardia Civil.

—¡Joder! —exclamó la chica—. Ni que fuese una película al estilo de *Un cadáver a los postres*.

—Pues sí, pero esta película se titula «el club de la élite».

—¿Y ese nombre?

—Sí, es el nombre con el que los ha bautizado mi jefe del CNI, Albatros. Aunque me consta que la idea fue de Luis Miguel.

—¿Albatros, como el pájaro del logotipo del Partido Popular? —Sonrió Sonia.

—Sí, pero no creo que tenga nada que ver.

—Espero que no. No sería un buen presagio.

Pau soltó una risotada que obligó a que dos chicas que conversaban en un portal detuvieran su diálogo y lo miraran. En ese instante no supo si lo miraban por el sonido que hizo al reírse o por su belleza física, ya que Pau era un chico realmente atractivo.

—¿Qué hacía exactamente Luismi en ese club? —se interesó Sonia, mientras se arrinconaba en la fachada de un edificio buscando la sombra. El inmisericorde sol de julio le estaba achicharrando la nuca.

—Los del club son seis, como te he dicho antes. Y por lo visto, en las dos reuniones literarias que llevan hasta el momento, son los mismos.

—¿Reuniones literarias?

—Sí, por lo que parece esos hombres se llevan reuniendo desde hace tiempo. Es largo de explicar, pero el CNI ya los tiene fichados desde hace años.

—¿Y no los investigan?

—No. Lo han hecho, me consta. Pero no han hallado pruebas para seguir haciéndolo. Hasta la fecha todo es legal; aunque te parezca extraño.

—¿Y la muerte de Luis Miguel? ¿También es legal?

—Sí, porque no se ha dicho que ellos sean los causantes.

—Lo dice la mujer que lo contrató.

—Esa mujer lo contrató para que él descubriera si su marido había sido asesinado o no.

—Y por eso lo han matado.

—Estamos sacando las cosas de madre —protestó Pau—. Ni siquiera sabemos si Luismi ha muerto asesinado. No hasta que no le hagan la autopsia.

—Háblame de ese club —le ordenó Sonia.

—¿Por qué?

—Yo soy una detective privado —le dijo—. Y alguien debe reemplazar a Luismi, se supone. ¿Y quién mejor que otro detective?

—No creo que debas inmiscuirte en este asunto —aconsejó Pau.

—Porque tú lo digas.

—No, porque considero que es...

—¿Peligroso?

—Es posible —aceptó Pau.

—Más a mí favor entonces. Lo que significa que hasta el CNI sospecha de los integrantes de ese club de lectura.

—Lo que el CNI piense —se defendió Pau—, no tiene, forzosamente, que coincidir con lo que yo piense. Al CNI lo que es del CNI y a Pau lo que es de Pau.

—Háblame del club —insistió Sonia.

—Te cuento. Se reúnen durante una velada completa, es decir: tarde y noche hasta que amanece. Esos caciques se citan a las cinco, más o menos, para tomar café o té con pastas. Allí comienzan a desgranar y comentar la novela que corresponde a ese mes, hasta que llega la hora de la cena, donde continúan con la conversación. Después, mientras el servicio recoge la mesa, se trasladan a un amplio salón del chalé donde siguen dándole a la sinhuera hasta bien entrada la madrugada. Luismi había comenzado sus pesquisas una semana antes, por lo que no creo que hubiera obtenido mucha información que nos pueda ayudar.

—¿Y todo eso que me has contado?

—Lo he sacado de los archivos del CNI —respondió Pau.

—Pues sigo pensando que si los tuyos lo han investigado, es porque esos tíos tienen algo que ocultar. El CNI, y tú mejor que nadie lo sabes, no se dedican a dar palos de ciego.

—La casa la gestiona una mujer muy peculiar. Incluso en nuestros informes se refieren a ella como un ama de llaves. —Sonia se imaginó a la icónica *Frau Blücher* del jovencito Frankenstein—. Esa mujer ha sido bibliotecaria durante treinta años y, desde hace dos, que trabaja en la casa. Nos consta como amiga de Alejandro Medina

—¿Quién?

—El alcalde de Mataseña, la población que hay entre Pinto y Valdemoro.

—Si entre Pinto y Valdemoro no hay nada —objetó Sonia.

—Eso dicen y eso creía yo —sonrió Pau—. Pero resulta que hay un pueblo muy, pero que muy pequeño, y cuyo alcalde es Alejandro Medina.

—¿De qué partido es?

—Del que gobierna —respondió Pau, sin más explicaciones.

Sonia y Pau llegaron hasta la puerta del parque del Retiro. Los dos estaban sudados, ya que

habían caminado muy deprisa y el calor era demoledor. La camiseta de Sonia se había mojado ligeramente, pegándose a su cintura por la parte baja y redondeando más aún sus pezones, por la parte alta. A Sonia no le gustaba vestir ceñida porque se avergonzaba de su barriga, que, aunque redonda y tersa, avanzaba que, de no rebajarla en los próximos años, cuando llegara a los cuarenta, se convertiría en una barriga fofa.

—¿Qué miras? —le interrogó Sonia.

—Miro que si no fuésemos amigos...

Justo al terminar de hablar se dio cuenta de lo desafortunado de su comentario. Con el cuerpo aún caliente de Luismi, nunca mejor dicho, ya que murió calcinado en el interior de su coche, no le pareció a Pau un buen comentario hacia su sempiterna amiga.

—Háblame de los otros —inquirió Sonia.

—¿Para qué? ¿Por qué?

—Ya lo sabes, no insistas. En el mismo momento que me has comunicado la muerte de Luismi, habías de saber que continuaré donde lo dejó él.

—Pues él lo dejó al principio.

—¿Y tú no vas a hacer nada? —le reprochó Sonia.

—Haré lo que esté en mi mano.

—Entonces necesitas ayuda —aseguró la detective.

—No te la he pedido.

—No hace falta que lo hagas, pero sé que la necesitarás —dijo con suficiencia—. Además han asesinado a Luismi y él se merece que atrapemos a su asesino.

—Todavía es pronto para determinar que haya sido asesinado —objetó Pau—. Quizá solo fue un accidente.

—Ya. Y yo soy virgen.

—Está bien —aceptó cuando traspasaban la puerta del parque del Retiro—. Alfredo Cabrera es el presidente de una Diputación...

—¿De qué Diputación? —interrumpió Sonia.

—Y qué más dará eso —se quejó Pau.

—También es verdad. Sigue.

—Alfredo Cabrera es otro de los participantes en el club de la élite...

—Del partido gobernante.

—Del partido gobernante —repitió Pau—. Al igual que los demás, es una persona normal.

—¿Cómo de normal?

—Normal porque tiene familia e hijos.

—Nosotros no tenemos familia e hijos y también somos normales —se molestó Sonia.

—Tienes razón —acató Pau—. Quería decir que no son gente rara.

—Pau, ya deberías saber que los grandes asesinos son las personas más normales del mundo. ¿No has visto cuando se comete un crimen en una comunidad y los periodistas entrevistan a los vecinos? Todos afirman que el criminal era alguien normal.

—Está bien, está bien. Acepto tu interpretación.

—Sigue —conminó a que hablara de los otros.

—Elías Zamarreño es fiscal en Madrid.

—Que un fiscal forme parte de un club de lectura de novela negra no es nada anormal —avanzó Sonia—. Incluso se podría decir que es fascinante. Pero que los miembros de ese club asesinen a los escritores de las novelas que leen y a los detectives privados, eso sí que es preocupante, máxime cuando es un defensor de la ley.

—Bueno, Sonia, no debemos sacar las cosas de quicio. Todos los de ese club, son defensores del orden, cada uno a su manera. Albatros, mi jefe, dice que no se trata de un asesinato en el *Orient Express*. Y también hay que tener en cuenta al personal que trabaja allí —planteó Pau.

—La mujer esa de la que me has hablado.

—Sí, además de jardineros, vigilantes, señoras de la limpieza, y un largo etcétera que tienen relación directa o indirecta con la casa. Hay que tener en cuenta, como en el caso del presidente de la Diputación, que cuando viaja hasta el chalé va en coche oficial con chófer y escolta.

—Menudo jeta —exclamó Sonia—. Utilizar el coche oficial para asuntos particulares debería estar prohibido.

—Y lo está —sonrió Pau.

## Capítulo 5

El teléfono sonó varias veces hasta que descolgó. Severo Bruned, teniente coronel de la Guardia Civil, no se había percatado de que el móvil vibraba en el interior de su bolso *Calvin Klein*. Su mujer, doce años más joven que él, le había dicho en diversas ocasiones que ese bolso no le pegaba. Incluso lo afeminaba. Para ella, para Rosalía, todo un mando de la Benemérita debía ir vestido siempre de forma impecable y con ropajes austeros. Rosalía era una devota de los buenos tiempos, como los llamaba ella, cuando la Guardia Civil era la Guardia Civil e infundía miedo. De niña, con apenas trece años, se había escondido bajo un puente que había en el pueblo de sus padres, donde se fumó un canuto de hachís con un compañero de la EGB. Allí los sorprendió una patrulla de la Benemérita, cuando aparcaron el «4 Latas» a su lado. Uno de los agentes era un malcarado desdentado que tapaba la ausencia de los incisivos superiores con un enorme y poblado mostacho. El otro, mucho más joven, no dejó de mirar el incipiente escote de Rosalía, mientras su compañero les incautaba el papel de fumar y el hachís. Aquella noche, Rosalía se había masturbado pensando en ese agente. Se lo imaginó ataviado con el uniforme verde y colocándole los grilletos mientras la abrazaba por la espalda. Años más tarde, cuando conoció a Severo Bruned, este era comandante del instituto armado y Rosalía se encandiló nada más verlo.

—Sí —respondió el teniente coronel cuando halló el móvil vibrando en el interior de su bolso.

—¿Qué haces esta mañana? —le dijo Leopoldo Terrín, comisario de la Policía Nacional.

—Tengo una reunión en la comandancia con algunos jefes de puesto, ya sabes que estamos en alerta naranja por calor y tenemos que coordinar las brigadas de bomberos, protección civil y la UME. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría hablar contigo un rato. Si quieres podemos quedar a almorzar en el bar de la calle Serrano, donde me invitaste la última vez que nos vimos. En esta ocasión pagaré yo.

—¿Algo grave? —consultó el teniente coronel.

—No, que yo sepa. Es por la próxima reunión en el club de lectura de Caraquiz, ya sabes que la hemos fijado para el 31 de julio, pero antes quería hablar contigo de... digamos, alguna cosa que me incomoda.

—Supongo que te refieres a lo de las muertes.

—Supones bien. ¿A ti no te inquieta? —interrogó el comisario.

—Mira, me parece buena idea que hablemos sobre el asunto al margen de los del club. Ya sabes que Medina rechaza de forma tajante que nos dediquemos en la próxima reunión, la de julio, a hablar sobre el accidente que sufrió Cesario Pidal, cuya novela leímos y comentamos. Además alguien ha querido relacionar también la muerte de un detective privado...

—Ssss —siseó el comisario.

—¿Me has hecho callar? ¿Qué ocurre? —se molestó el teniente coronel.

—Es mejor que no hablemos por teléfono.

—No me jodas, Leopoldo, que tenemos el teléfono pinchado.

—No lo descarto, pero ese chico que ha muerto calcinado en su coche era un detective privado contratado por la mujer del escritor para investigar su muerte.

—Entonces mejor hablamos en el bar. ¿En media hora?

—Allí estaré.

## Capítulo 6

Sobre la mesa del despacho de Aprilio Cortés, juez de lo penal, daba vueltas su teléfono móvil como si se tratara de una peonza. Su señoría se hallaba en ese instante leyendo un atestado remitido por la Policía Judicial sobre una trama de corrupción en un ayuntamiento de su demarcación. La Policía había hecho los deberes y pilló con el carrito de los helados a varios miembros del equipo de gobierno, que habían desviado fondos públicos para intereses particulares. Aprilio, que recientemente se había divorciado de la que fue su esposa durante los últimos 25 años, aún se sentía decaído y distante, ya que desengancharse de la que ha sido tu media naranja durante un cuarto de siglo no es tarea fácil. Pero en la pantalla de su iPhone leyó el nombre de Elías Zamarreño y no podía obviar esa llamada; aunque sabía que no era por trabajo.

—Elías —dijo al descolgar.

—Aprilio —lo nombró el fiscal—. ¿Te pilló en mal momento?

—Últimamente todos los momentos son malos —dijo melancólico—. Estoy con un atestado de la Policía Judicial —protestó—. A veces tengo la sensación de que si no fuera por esos —dijo refiriéndose a los agentes—, este país se iría a la mierda.

—Pues lamento abstraerte de tu hundimiento —le dijo el fiscal en un intento fútil de animarlo, pues los dos se conocían desde hacía años y solían bromear a menudo—, pero precisamente te llamaba para hablarte del follón que nos ha traído esa mierda de club de lectura que montó tu amigo, el alcalde de Mataseña.

—Ya, ya. No te creas que no le doy vueltas a la coincidencia, más que coincidente, de que el autor cuya novela leímos en el primer encuentro, y comentamos en el club, fallezca días después. Pero hasta donde sé las coincidencias a veces pueden ser lo suficientemente aberrantes como para perpetuarse en el tiempo. Tiras una moneda al aire cien veces y siempre sale cruz, y la gente lo llama coincidencia. Te reúnes una vez en un chalé para comentar una novela y días después fallece el autor de esa novela, y la gente lo llama asesinato.

—¡Hostia! Aprilio, cojones. Hablas como un enajenado. No me jodas con eso, que coincidencia no es. Y no por esos titulares golosos de la prensa de izquierdas, que ya sabes que esa prensa no nos quiere, sino porque está claro, clarísimo, que alguien provoca esos accidentes, que, aunque con visos de ser domésticos y casuales, son demasiado coincidentes como para creer que no están relacionados.

—¿Accidentes? ¿Por qué hablas en plural? —se interesó su señoría.

—Porque en la segunda reunión, donde comentamos la novela de Silvestre Carcasona, ocurre que han hallado calcinado en el interior de su coche a un detective contratado por la esposa de Pidal, un tal Luis Miguel Artapalo, para que investigara su muerte.

—No me jodas, eso sí que es una coincidencia.

—Sí, ya te digo.

—¿El tío ese era de una agencia?

—No, qué va. Era un detective privado que trabajaba por libre. Su experiencia la basaba en que durante unos años estuvo en la policía local de Madrid.

—Estoy planteándome seriamente no acudir a la próxima reunión —soltó el juez—. Además del peso mediático que arrastramos por las muertes precedentes, es porque he comenzado a leer la novela que toca el próximo mes y, francamente, me parece un fraude de novela.

—Pues yo opino que sí deberías ir, y ahora con más motivos —convence el fiscal—. Anular la asistencia a la reunión podía levantar suspicacias. Y no solo entre la prensa, sino entre nosotros

mismos. ¿Has pensado en qué pensarán el alcalde o los policías si te niegas a acudir a la siguiente reunión?

—¿Qué insinúas?

—Nada, Aprilio. No quiero que te enfades conmigo. Pero mi propuesta es que mantengamos la cita, como si no hubiera ocurrido nada. Eso demostrará que no tenemos nada que ocultar.

—Me parece bien. Como te decía, la novela que comentaremos en la próxima reunión creo que es un auténtico fraude.

Elías Zamarreño arrugó la frente. Le chocó que el juez utilizara un término judicial aplicado a una novela.

—¿*Escalera de la muerte*? —consultó.

—Sí, de ese tal Jerónimo Pascual. Leyéndola he llegado a pensar que no me extraña que alguien quiera matarlo, sobre todo después de escribir semejante bazofia. —El juez había cerrado el atestado que tenía sobre su mesa—. ¿No te has preguntado por qué, desde que fundamos el club de lectura de Caraquiz, la primera novela que leemos es un bodrio?

—Mmmm —gimió el fiscal—. La verdad es que sí que me he preguntado alguna vez por qué no leemos novelas buenas. Mira que las hay, y de muy buenos autores, como Lorenzo Silva o Andreu Martín, por ejemplo. Pero teniendo en cuenta que los autores de las novelas que leemos fallecen días después de reunirnos, casi mejor no escoger a estos ejemplos que te he puesto.

—Esa es una de mis inquietudes, precisamente —elevó la voz el juez—, que parece que haber leído esa novela haya sido la antesala del asesinato de su autor. Como si fuera la crónica de una muerte anunciada. Es tan mal escritor, y es tan mala su novela, que parece que a nadie le vaya a importar que fallezca.

—Pues ahora que lo dices, Aprilio, me acaba de asaltar una pregunta que quizá resuelva este misterio: ¿Quién escoge los títulos de las novelas que tenemos que leer?

—Buena pregunta, amigo Elías. Buena pregunta...

## Capítulo 7

Alfredo Cabrera, presidente de Diputación, había salido de su casa en Madrid, le esperaba en la calle un taxi que lo trasladaría a Mataseña, donde había quedado a comer con Alejandro Medina, alcalde de esa localidad. El taxista, un tipo enorme de frente y nariz perlada de sudor, le esperaba en la puerta de su bloque con un palillo partido por la mitad dando vueltas en unos labios gruesos y rojos, como si estuvieran sangrando. Cabrera se dio cuenta de que ese hombre era fumador de puros, por el olor que desprendía cuando se sentó en el interior del taxi.

—¿A dónde? —consultó sin mucho ánimo.

—A Mataseña.

—¿Mataseña? —inquirió como si nunca hubiera oído nombrar ese lugar—. ¿Una calle?

—No —corrigió el presidente de la Diputación—. Es un pueblo que hay entre Pinto y Valdemoro.

El taxista soltó una risotada que incomodó al político.

—Vamos, hombre. Si entre Pinto y Valdemoro no hay nada.

—Déjese de memeces y consulte su GPS —dijo señalando al pequeño aparato que pendía al lado del retrovisor. Más abajo observó que había fotografías de una mujer y dos niños con la frase: «Papá, no corras». Alfredo Cabrera pensó que solo faltaba el pequeño ventilador ochentero para trasladarse a la época del Vaquilla.

—¡Ostras! —exclamó el taxista—. Pues no va y resulta que existe ese pueblo.

—Ya se lo dije —se molestó el político.

El taxi llegó a Mataseña y se detuvo en un diminuto bar que había en una pequeña plaza. En Mataseña todo era pequeño, hasta el alcalde. Alejandro Medina le esperaba en la puerta del único bar del pueblo, mientras fumaba inquieto un cigarro fino, que Cabrera supo que era de una marca francesa. Medina no mediría más de un metro sesenta, o incluso puede que estuviera por debajo de esa altura. De lejos se podía confundir con un niño, ya que sus medidas eran proporcionadas. Todo en él era pequeño: la cabeza, las manos, la cintura. A la memoria de Cabrera vino la segunda mujer del alcalde: Beatriz Quintana, una belleza que le sacaba al menos una cabeza de altura. «¿Cómo coño se pudo fijar en un tipo así?», pensó mientras el taxi se acercaba a la acera.

El político pagó al taxista, que no salía de su asombro. Le dijo que era la primera vez en su vida que llevaba a un pasajero hasta Mataseña. El presidente de la Diputación se bajó y estrechó la mano del alcalde, que, justo en ese momento, había arrojado el cigarro al suelo, ante la mirada censuradora de una mujer que le recriminó con los ojos su dejadez. El alcalde ni siquiera se disculpó por su gesto. Era de esos alcaldes que creen que el pueblo al que sirven les pertenece.

—Estoy en un aprieto —le dijo al político, nada más entrar al bar. En ese momento solo había tres clientes, que devoraban sus respectivos bocadillos—. El 31 de julio hemos programado la próxima reunión del club, pero, como sabrás, todo el mundo está pendiente de nosotros. Llevamos dos novelas y dos muertos.

—Buen promedio. —Sonrió el político, como si ese dato fuese gracioso para él.

—A mí no me lo parece. Mi objetivo cuando fundé el club de lectura era el de reunirnos y comentar la novela que tocara ese mes. La primera, la del 31 de mayo, estuvo genial. Entonces habíamos leído *Todos los idiotas*, de Cesario Pidal. Y pensamos que ese autor no se merecía que le dedicáramos nuestro tiempo y esfuerzo. Creo, sin equivocarme, que es la peor novela que he leído nunca. Confieso que cuando a mediados de junio hallaron su cadáver, en el accidente de tráfico cerca de aquí, —señaló el suelo con la barbilla—, hasta me alegré. Pero enseguida pensé

en la coincidencia de que unos días antes hubiéramos leído su novela, que por cierto criticamos sin compasión.

—También lo recuerdo —asintió el político—. Pero entonces nadie relacionó nuestro club de lectura con esa muerte.

—Así es. Pero para el 30 de junio, el segundo mes, habíamos elegido *Y Dios se mofó de nosotros*, de Silvestre Carcasona. Me consta que a ninguno de vosotros os gustó esa novela, algo que me reprochasteis. Y con razón. No sé cómo tuvimos paciencia para leer semejante chapuza. Esa novela no tenía ni pies ni cabeza. Unas semanas después, un detective privado, que ahora sabemos respondía al nombre de Luis Miguel Artapalo, fallece calcinado en el interior de su coche en Torrejón de Ardoz...

—Espera, espera... —interrumpió las explicaciones que le estaba dando el alcalde—. ¿Quieres decir que ese detective nos estaba investigando a nosotros?

—No te lo puedo asegurar —se sinceró el alcalde—. Pero tengo un buen amigo que trabaja para el CNI y me sugirió que tuviese cuidado porque le constaba que me habían investigado. El caso es que en la segunda reunión, la del 30 de junio, no solo todo el mundo piensa que ha de morir el escritor de turno, Silvestre Carcasona, sino que se ha añadido la muerte del detective ese.

—Fiiuuuu —resopló el presidente de la Diputación—. Esto comienza a parecer una novela.

—Así es. Como bien dices, esto ya comienza a parecer una novela.

## Capítulo 8

—Supongo sabrás que nos vamos a meter en un buen follón —dijo Sonia, ante la mirada perdida de Pau—. Por lo que me cuentas, allí hay siete potenciales asesinos, si contamos al ama de llaves, y cualquiera de ellos puede ser el autor. O todos —añadió.

Los dos se habían subido al tren cercanías que une Madrid con Getafe Norte, donde residían juntos desde que Sonia tuvo que vender su piso al no poder afrontar los gastos de la hipoteca. Entonces, Pau le ofreció que viviera con él, porque la opción de compartir vivienda con aquellos dos estudiantes obsesionados por el sexo: Alex y Teresa, que estaban todo el día follando, se había convertido en un peligro. Un peligro para la flaqueza de Sonia, que visionaba que en cualquier momento caería ante ellos y se veía en un sándwich del que quizá no pudiera zafarse. O, lo que era peor, que le gustara tanto que nunca más pudiera estar con solo un hombre.

—Vamos, Sonia. Esto lo tenemos que resolver entre nosotros dos. —Le guiñó un ojo con coquetería—. ¿No eres tú la que quieres ser detective?

Sonia cabeceó presumida, para sentirse ofendida a continuación. Pau le había insinuado lo de ser detective como si fuese un objetivo, cuando ella ya lo era. Luego pensó que quizá lo dijo para animarla. Se lo tomó como un cumplido, porque no había que olvidar que los dos se iniciaron juntos como detectives privados.

—Sí. Quiero.

—Ojalá te hubiera pedido matrimonio ahora mismo —le dijo un sonriente Pau.

—¿Por?

—Porque acabas de darme el sí quiero.

—Idiota. —Le golpeó un hombro, sin demasiada fuerza—. Claro que quiero ejercer como detective, pero no creo que este asunto sea para mí.

—¿Y para quién va a ser si no? ¿Sabes a quién es la primera persona a la que he llamado cuando me he enterado de la muerte de Luismi?

—Pero me has llamado porque conocías la relación tan especial que teníamos nosotros dos.

—Sí, en parte. Pero también porque sé que puedo contar con tu ayuda para desentrañar quién está detrás de la muerte del escritor Cesario Pidal, y ahora de un amigo.

Pau se quedó ensimismado con sus últimas palabras. De forma incomprensible lo asaltó una estrofa de Bukowski que había leído tantas veces que ya se la sabía de memoria:

*Ese día la llevé en coche a la playa. No era un día de fiesta y aún no era verano, todo estaba espléndidamente desierto. Vagabundos playeros en andrajos dormían en la arena. Había otros sentados en bancos de piedra compartiendo una botella solitaria. Las gaviotas revoloteaban, estúpidas pero distraídas. Ancianas de setenta y ochenta, sentadas en los bancos, discutían ventas de fincas dejadas por maridos asesinados mucho tiempo atrás por la angustia y la estupidez de la supervivencia. Había paz en el aire y paseamos y estuvimos tumbados por allí y no hablamos mucho.*

—¿En qué piensas? —se interesó Sonia.

—En Bukowski.

Sonia sabía que cuando Pau pensaba en él era porque se sentía melancólico.

—Deberías tatuarte alguna de sus frases en uno de tus brazos. Si es que queda algún hueco por rellenar.

—Sí, tienes razón —asintió—. Debería tatuarme frases sueltas como puta, burdel y polla.

Vamos, lo que sería el más puro estilo Bukoswki.

—Deberías —consintió Sonia, sin ánimo de querer discutir con él. En ese momento compartían el dolor por la muerte de Luismi—. Bueno, supongo que tendrás un plan.

—Siempre hay un plan —dijo condescendiente—. De momento, me estoy leyendo la novela de ese autor, Jerónimo Pascual, que es la misma que se están leyendo los del club de la élite.

—Club de la élite —repitió Sonia—. A pesar de haberlo escuchado ya varias veces, me sigue haciendo gracia ese nombre.

—Sí. Es un nombre muy apropiado para ese grupo de caciques poderosos. Han fijado como fecha de la reunión el 31 de julio. El servicio, es decir: un cocinero, dos ayudantes de cocina y el ama de llaves, los han citado a las nueve de la mañana de ese día.

—Muy pronto me parece. Dijiste que los caciques se reunían por la tarde, a las cinco, para tomar café o té y que ahí iniciaban la reunión para hablar de la novela.

—Así es. Pero la señora Matamoros, el ama de llaves, que es quien organiza la casa, los cita en el chalé a las nueve de la mañana para prepararlo todo. Nada se ha de dejar al azar, y mucho menos la cena, la cual imagino será exquisita. Yo me las ingeniaré para conversar con el cocinero y el ayudante, a ver si durante todo el día les saco algo. Ya sabes: esos, seguro que han oído o visto alguna cosa relacionada con la muerte del escritor y de Luis Miguel.

Con las últimas palabras de Pau, el tren cercanías había llegado a Getafe. Los dos se apearon y se quedaron en el andén mirándose como si fuesen dos desconocidos. Un coche pasó por la carretera con las ventanillas bajadas y oyeron la música a todo trapo. Del interior del Hyundai Coupe surgía un estribillo que Sonia repitió en un murmullo inaudible, como si fuese un susurro: «Una racha de viento nos visitó, pero nuestra veleta ni se inmutó».

—Mañana nos vemos en el entierro —habló Sonia, visiblemente compungida.

Los recuerdos de Luismi se le habían amontonado como una losa que cae sobre otra losa y otra y otra, hasta que al final el peso es superior a lo moralmente soportable. Los pocos encuentros que tuvo con él siempre fueron de carácter sexual. De Luismi recordaba sus labios gruesos, resbalando con furia en su sexo y consiguiendo que ella explotara en múltiples orgasmos que la agotaban sobre la diminuta cama de su estudio. Después, como si fuese un ogro desprovisto de alma y de inteligencia, Luismi se erguía sobre su cuerpo debilitado y la poseía con fiereza. Acometía inagotable con unos terribles empujes que le arrancaban gritos de dolor y de pasión, mientras su vientre pétreo se deslizaba sobre la barriga curva de ella. Finalmente, los dos se quedaban tumbados sobre la cama. Sus cuerpos sudados y un montón de palabras ahogadas en la garganta sin que hallaran un conducto apropiado para salir afuera. Tantas cosas que decir, había pensado Sonia. Y ahora ya nada de eso tenía sentido. Los recuerdos de Luismi se mezclaban con el dolor de su pérdida.

—¿Quieres que vayamos juntos? —se ofreció, Pau—. Podíamos ir en tu coche y conducir yo, como siempre.

—No —rechazó tajante Sonia. Su idea era llamar a Esther y pasar la noche en su casa. En esos momentos lo que más le apetecía era estar con una buena amiga.

—Como quieras. —Se despidieron en el andén y Pau se fue caminando hacia su piso.

Sonia llamó por teléfono a Esther Campillos, su amiga funcionaria de Correos, de su misma edad y que vivía en Arganzuela. Como no quería coger el tren de nuevo, se montó en un taxi de la estación y le indicó al taxista la dirección de su amiga. Sabía que ella aceptaría de buen grado que pasara la noche en su piso y, al día siguiente, Esther la acompañaría al entierro de Luismi. Podía estar segura de ello.

En los veinte minutos que duró el trayecto en taxi, las dos estuvieron conversando por teléfono.

Cuanto más cosas se dijeran entonces, menos tendrían que hablar cuando Sonia llegara a su piso. Le contó lo de Luismi y cómo falleció en un accidente de coche, del que aún se estaban investigando las causas. Esther conocía a Pau y sabía que los dos siempre estaban enfrascados en casos secretos. También estaba al tanto de la labor de Pau en el CNI y en la Oficina Nacional de Seguridad; aunque presentía que no duraría mucho. Pau era demasiado buena persona como para aguantar mucho tiempo en un lugar donde lo que primaba precisamente era ser un desalmado.

El taxista la dejó en la puerta del bloque. Sonia le pagó y al bajarse sus ojos se desorbitaron observando a un guapo mulato que apilaba sudoroso varias cajas de cartón frente a un colmado, por lo que supuso que ese chico trabajaba allí. El mulato, de pelo corto y rizado, le devolvió la mirada con una indiferencia que la molestó. Sonia estaba acostumbrada a que los ojos de los hombres resbalaran por su figura, y que ese mulato la obviara solo podía significar una cosa: que su tez y su mirada reflejaban el dolor por la pérdida de Luis Miguel.

—Debo estar horrible —murmuró.

Cuando Sonia llamó al timbre no le sorprendió que sonara la melodía de *El bueno, el feo y el malo*. Solo una fanática como Esther sería capaz de poner música de *Ennio Morricone* en el timbre de su casa.

—Pasa, cariño. —Le propinó dos besos en el rellano de su piso—. Pasa y me cuentas.

En ese instante Sonia se echó a llorar.

## Capítulo 9

Las dos se sentaron en la cama de Esther, como si fueran dos quinceañeras contando confidencias. Sonia no dejaba de sollozar y le costaba explicar lo que había ocurrido.

—¿Carbonizado?

—Sí, Esther. Eso me ha dicho Pau. Ha muerto en el interior de su coche en un tramo de Torrejón de Ardoz. Un incendio.

—Dios —clamó—. Tiene que ser horrible morir quemado. Figúrate —dijo—. A veces me he quemado con una sartén y lo que duele.

Sonia la miró con dureza. Esther se dio cuenta de que sus últimas palabras no habían sido afortunadas.

—Lo siento —se disculpó—. A veces es mejor estar callada y parecer estúpida, que hablar y demostrarlo.

—Me ha contado Pau que Luismi estaba trabajando en un caso. Y que es posible que su muerte esté relacionada, precisamente, con ese caso.

—¿No me has dicho que ha sido un accidente?

—Un incendio.

—¿Un incendio provocado?

—No lo sé —refunfuñó Sonia—. Solo sé lo que me ha dicho Pau. Luis Miguel estaba investigando a un grupo de personas, muy notables, por lo visto. La mujer de un escritor que murió cuando... Bueno, es muy largo de explicar —se disculpó—. El caso es que estaba investigando la muerte de una persona en un accidente.

—¿Accidente?

—Sí. Muchos accidentes veo yo. Demasiados. —Sonia se sonó con fuerza con un pañuelo de papel que había cogido de la mesilla de noche de la habitación de Esther.

—Joder. ¿Y cómo fue el anterior?

—No te lo estoy explicando bien —se disculpó—. Pau nos dará más detalles mañana, después del entierro. Ahora no soy capaz de razonar y son demasiadas incongruencias las que me corretean por la cabeza. Pau me lo ha contado, pero la mitad no lo he entendido, y la otra mitad me parece increíble.

—Vale, vale. Quédate aquí conmigo unos días. Hasta que estés mejor. Ya sabes que no me importa —le dijo pasándole la mano por la espalda—. Y ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que sea.

Sonia la miró forzando lo más parecido a una sonrisa.

—Gracias, Esther. Eres una buena amiga.

—No lo dudes nunca.

—De lo que te he contado es mejor que no le digas nada a Pau. No sea que como estos del CNI son tan raritos, no quiera contarte nada de lo sucedido.

—¿De la muerte de Luismi?

—Bueno, eso ya lo sabes. Me refiero a lo que te he dicho de la investigación en la que estaba trabajando. No quiero que Pau se enfade conmigo por no saber estar callada y hablar más de la cuenta.

—No te preocupes por mí. Mutis —dijo Esther.

## Capítulo 10

La Comisaría General de la Policía Judicial era la encargada de investigar la muerte del escritor cuya novela se había leído en el club de la élite, en el chalé de Caraquiz, Guadalajara, y la del detective privado contratado por la esposa de Pidal. La Dirección General destinó un grupo al completo de agentes, y con dedicación plena, para desembrollar las dos muertes aparentemente relacionadas entre sí; aunque este extremo aún debía comprobarse tanto desde la perspectiva policial como de la judicial.

Cesario Pidal, el autor de *Todos los idiotas*, solo había publicado dos novelas en su corta carrera literaria. Todo escritor sabe que la distancia entre escribir y publicar es tan grande como la que hay entre París y Nueva York. Escribir, para un escritor, es relativamente sencillo. Lo complicado es publicar. Pidal había muerto en un accidente de tráfico en la carretera nacional que transita a la altura de Mataseña. Su coche, un Chrysler 300, perdió el control y se estampó contra un grueso árbol. La investigación de la Guardia Civil, los primeros en llegar al lugar, al tratarse de una carretera nacional, y la de la Comisaría General de la Policía Judicial, al relacionar la muerte con el hecho de que su novela hubiese sido leída por el club de la élite, no arrojó ningún dato sospechoso. De hecho, esa correlación se puso de manifiesto por un artículo de la prensa, donde al informar de la muerte de un vecino de Mataseña, se indica que recientemente se había comentado su novela en una reunión de distinguidas personalidades de esa localidad.

—¿Qué te parece? —se quejó el comisario Terrín ante su homólogo, el teniente coronel Bruned—. Esta prensa de izquierdas quiere arrasar con el poder establecido y el orden. Estoy convencido de que la muerte de ese escritor, de Cesario Pidal, fue un accidente más de tráfico de los cientos que hay en nuestras carreteras. Al igual que la de ese detective, o lo que sea —dijo con desprecio—. Hoy día cualquiera puede ser detective. Figúrate, ese ni siquiera tenía un despacho como Dios manda.

—Para nosotros —dijo Bruned—, la cosa está clara. El accidente de Cesario Pidal fue fortuito, al salirse su coche de la carretera y estamparse contra el árbol. Los agentes no han hallado ni siquiera marcas de frenazos ni otros coches implicados. En principio, salvo pruebas periciales posteriores, el coche de Pidal se salió de la calzada por un fallo humano, posiblemente, el tío se durmió.

—Estoy contigo —asintió Terrín—. En las pruebas toxicológicas no han hallado alcohol en sangre, ni drogas. Además los nuestros han descartado, como se dijo en un principio, que lo acompañara alguien en el coche y se diese a la fuga después. Cesario Pidal conducía solo y su coche se estrelló contra un árbol. Fin de la cita.

—Eso es lo que diremos, porque eso fue lo que ocurrió —avanzó el guardia civil—. ¿Qué ocurre con ese detective?

—No sé mucho más que tú —se sinceró el comisario—. Tengo un contacto que me ha dicho que lo contrató la mujer de Pidal, está en su derecho, para que investigara la muerte de su esposo, supongo que fue a raíz de relacionar la muerte de Pidal con que su novela se hubiera leído en nuestro club. Es un protocolo inusual, porque esa investigación, al ser criminal, le correspondería a la policía, pero por algo que se me escapa la policía ha dado carpetazo y entonces es cuando mete las narices el detective. Que por cierto, apenas había comenzado a investigar nada, por lo que poco habría averiguado antes de que se carbonizara en el interior de su coche.

—Supongo que si han cerrado el caso, como dices, es porque tienen claro que ha sido un accidente.

—Bueno, en principio así es. Aunque siempre se puede reabrir en la eventualidad de que surjan nuevas pruebas. Hay un par de cosas... —se silenció un instante, como si estuviera pensando lo que iba a decir—. ¿Has oído hablar de la nota?

—¿La que acusa a Beatriz Quintana?

—Sí, ya veo que sabes de qué va. Supongo que a vosotros os debe pasar igual cuando estáis inmersos en una investigación intrincada. Es habitual que lleguen notas anónimas con informaciones, que aunque descabelladas, estamos obligados a comprobar. En este caso más bien parece un despecho de algún envidioso, un celoso, o uno que no se ha podido tirar a... bueno, algún tarado que le quiere algún mal a Beatriz o a su esposo.

—Entonces no debemos hablar de la misma nota anónima —cuestionó Bruned—. La que ha recibido la guardia civil hace mención a que Beatriz se entendía con Cesario Pidal.

—Sí, es lo que te he dicho.

—No, Leopoldo. Tú has dicho que en vuestra nota se acusa a Beatriz del crimen.

—Vaya, pues me habrá traicionado el subconsciente. Quería decir eso mismo, pero al recibir el escrito anónimo en la comisaría, sin querer lo he relacionado con el crimen. Nosotros no le hemos hecho caso. Inclusive es descuidado y escrito con una máquina antigua a la que no le funciona la tecla «C».

—Pues entonces ya no hay duda —afirmó el guardia civil—, se trata de la misma nota.

—En cualquier caso —habló Terrín—, para los investigadores han sido dos desgraciados accidentes en los que no ha tenido nada que ver nuestro club.

—Solo somos un grupo de amigos —dijo Bruned.

—Así lo vemos nosotros, pero, por lo visto, hay gente que no quiere verlo. Bueno, al grano: ¿vendrás a la reunión del 31 de julio?

—Sí, claro. Tenemos que ir todos para demostrar tranquilidad. Si no fuésemos, entonces sí que causaríamos sospechas fundadas. El 31 nos reuniremos por tercera vez en las mismas condiciones que las otras. Yo ya me estoy leyendo la novela que nos toca, la de Jerónimo Pascual, que por cierto, ya te avanzo, por si no la has leído, que es una auténtica porquería.

—Ese tema tenemos que hablarlo con el alcalde, porque me tiene francamente escamado. ¿Quién decide la novela que vamos a leer?

—No sé, Leopoldo —replicó Bruned—. Quizá deberías mandar investigar la relación entre esos escritores y la gente de la casa. La novela la propone el alcalde, que además es el que organiza el club de lectura. Deberíamos comprender por qué escoge autores desconocidos y no leemos otras novelas de más calidad y de autores consagrados. ¿No te parece?

—¿Y por qué no se lo preguntamos a Medina?

—En cuanto termine de hablar contigo es lo primero que haré —aseguró Terrín—. ¿Y volviendo al detective? ¿Qué opinas? —preguntó a continuación.

—Más de lo mismo —respondió el guardia civil—. Murió calcinado en el interior de su vehículo en un tramo de Torrejón de Ardoz, en lo que parece ser un incendio fortuito. Ya sabes que estamos en alerta naranja por calor y riesgo de incendios en 23 provincias. El tío estaba dentro de su coche, creemos que el fuego lo pilló durmiendo y cuando se quiso dar cuenta ya era tarde, o incluso se pudo haber quedado traspuesto por el humo que le entró por la ventanilla bajada de su automóvil. Si quieres mi sincera opinión...

—Te lo ruego —insistió el comisario.

—Creo que las dos muertes han sido una casualidad. Una jodida casualidad.

—Me consta que la Brigada de Protección vigila día y noche a Silvestre Carcasona, el autor de *Y Dios se mofó de nosotros*, porque todos creen que será el siguiente en morir. Y lo mejor de todo

es que su novela, esa mala novela, se está vendiendo bien y ya va por la segunda edición.

—Lo sé, lo sé —lamentó Bruned—. Los hay con suerte, desde luego. Servicio de protección las veinticuatro horas del día, vaya donde vaya, porque se teme que alguien quiera asesinarlo, y, encima, su novela va camino de convertirse en un *bestseller*.

—Hay que joderse —concluyó el comisario Terrín.

## Capítulo 11

Al día siguiente, Sonia y Esther, quedaron con Pau frente a la iglesia donde se ofició una misa por los restos mortales de Luis Miguel Artapalo, al que todos conocían como Luismi. Allí se habían congregado familiares, amigos y compañeros de profesión. Pau conocía a bastantes de ellos, ya que muchos eran policías porque Luismi estuvo diez años en la policía local de Madrid. Policías, guardias civiles y militares. El CNI se nutría de un porcentaje de cada cuerpo. Esa era la mejor tapadera que podía tener el Centro de Inteligencia, que sus miembros pertenecieran a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad.

—Señora Artapalo —saludó Pau a la madre de Luismi. La mujer, muy mayor en comparación a la edad de su hijo, vestía completamente de negro y sus ojos mostraban el cansancio y que había llorado recientemente—. ¿Conoce a Sonia y a Esther? Eran dos buenas amigas de su hijo.

La madre de Luismi alargó la mano.

—Lo siento mucho —le dijo Sonia, estrechando su mano—. Ha sido un duro golpe para todos.

—¿Eres tú la detective? —le preguntó.

—Sí, señora Artapalo —respondió Sonia.

—Mi hijo me habló de ti. Veo que no me engañó —sonrió—. Realmente eres muy guapa.

Esther se adelantó un paso y le dio un beso en su mejilla.

—Lo siento, señora Artapalo —bosquejó una mueca de dolor en su cara.

Pau se había retirado y saludó a un chico joven que fumaba en un corrillo con otras personas. Le tocó el hombro y el chico se giró.

—Pau —dijo.

—¿Tienes un momento?

Los dos se retiraron del grupo que siguió conversando ajeno a la interrupción de Pau.

—¿Qué ocurre?

—¿Sigues en activo, Rosendo? —interrogó.

—¿Y tú?

—Sí. Y debo averiguar en qué trabajaba Luismi cuando lo asesinaron.

—¿Por qué dices que lo asesinaron? —rechazó su interlocutor—. La muerte de Luismi ha sido por un accidente.

—Vamos, vamos. No te creas todo lo que te digan —sonrió Pau—. La probabilidad de que Luismi se hubiera quedado dormido en el interior de un coche, que a su vez estuviera aparcado en la zona de un incendio, es tan minúscula, que estoy seguro de que ha sido asesinado.

Rosendo se retiró aún más del grupo que conversaba cerca de ellos. Pau lo siguió.

—¿Sabes lo del cadáver? —le preguntó. Pau arqueó las cejas—. No lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué tengo que saber?

—La autopsia demuestra que Luismi había perdido el conocimiento antes de que muriera calcinado. Además, sus pertenencias, estaban todas dentro del coche. El teléfono móvil, la cartera, una cadena de oro que portaba en el cuello. Todo.

—No me estás diciendo nada nuevo —se quejó Pau—. Al menos nada que no supiera antes.

—¿Sabes lo de la gasolina?

Pau cabeceó negando.

—Ves, eso no lo sé. Aún.

—La pruebas del gabinete de policía científica afirman que el fuego se propagó con rapidez por un acelerador de la combustión. Posiblemente se trate de gasolina. O alcohol —añadió.

—Un asesinato —murmuró Pau.

—En principio sí.

—Entonces, ¿por qué no lo investiga la policía?

—Hay mucha presión política —le dijo Rosendo—. Ya sabes cómo funciona esto.

—No, no lo sé —se molestó—. Pero si me lo dices.

—Esta muerte se contabiliza como la segunda, si la relacionamos con el escritor que murió después de que esos leyeron su novela. Dos muertes son muchas muertes para pueblos pequeños como Mataseña y Torrejón de Ardoz. El CNI anda con la mosca detrás de la oreja.

—Y no me extraña —afirmó—. Lo que no sé es por qué no lo han visto venir antes. ¿Sabes que hace un tiempo ya los investigaron?

—Sí. Lo sé. Pero no han conseguido pruebas, porque durante todo este tiempo no han hecho nada que sea sospechoso.

—Pues mira, ahora ya tienen de qué sospechar —elevó el tono Pau.

—Baja la voz, por favor —recomendó Rosendo—. Solo te digo lo que saben. De momento no han querido decir nada. Porque sea lo que sea lo que ha ocurrido, hay que actuar con normalidad.

Una señora se acercó hasta ellos.

—Rosendo —saludó—. ¿Me recuerdas?

—Ah, sí claro. ¿Cómo se encuentra, señora Díaz?

Mientras su interlocutor saludaba a esa mujer, Pau miró con cara de circunstancia a Sonia y a Esther, que charlaban con un grupo de personas a unos pocos metros de donde estaban ellos. Enseguida entrarían a la misa, que se celebraba por indicaciones de la señora Artapalo, que era una mujer muy devota.

—¿Por qué no se hace público que murió asesinado?

—No lo sé, pero debe haber gente que no quiere que esto explote. Lo mejor, de momento, es actuar con normalidad. Al menos hasta que determinemos lo que está ocurriendo realmente.

Rosendo lo miró con expresión irónica.

—Estamos mintiendo.

—Claro, Pau. Somos el CNI, no tenemos por qué decir la verdad de lo que hacemos.

Rosendo se retiró y se unió al grupo con el que hablaba antes de la interrupción de Pau. Al quedarse solo se acercaron hasta él Sonia y Esther. Ninguna de las dos vestía de luto.

—¿Es ese Albatros? —le preguntó Sonia.

—No —rechazó Pau—. Ese es un compañero de mi edad.

—¿Del CNI?

—No. No. Aquí no hay nadie del CNI —dijo.

Sonia lo miró forzando una sonrisa.

—Ya. Ya. —Basculó la barbilla.

Pau se retiró hasta llegar a la puerta de la iglesia. La gente se comenzaba a arremolinar porque faltaban pocos minutos para acceder dentro. Alguien le tocó el hombro. Se giró.

—Buenos días, jefe —saludó.

—¿Qué tal estas?

—Bien —dijo Pau, masticando las palabras—. Pero estaría mejor si me dijera qué está ocurriendo.

Albatros lo observó con mirada serena.

—¿A qué te refieres?

—A Luismi. Lo han asesinado, ¿verdad?

—No lo sabemos.

—Ya. ¿Los del club?

Albatros balanceó la cabeza negativamente.

—No necesariamente. Ven —lo cogió por el brazo y lo arrastró hacia el árbol que había en el punto más alejado de la puerta de la iglesia—. La investigación al club de la élite se inició hace tiempo. Y hasta la fecha no hay ningún indicio que nos diga que esos hombres están haciendo algo. Ni siquiera tenemos constancia de que esas reuniones formen parte de ningún plan que ponga en peligro la seguridad nacional, ni nada por el estilo.

—Entonces, ¿por qué los estuvimos investigando?

Pau miró de reojo a Sonia y a Esther, que se habían quedado en el centro de un corrillo de hombres que conversaban con ellas.

—La primera vez porque nos extrañó que se reunieran con cierta asiduidad.

—A todo el mundo le extraña.

Alguien se asomó a la puerta de la iglesia.

—Señores —dijo—. La misa va a comenzar.

Pau solo pudo ver la espalda de su interlocutor mientras se alejaba hacia la puerta de la iglesia. Todas las personas congregadas en la puerta accedieron al interior. Pau se quedó el último, esperando a Sonia y a Esther, para entrar con ellas.

—Y ese —le dijo Sonia—. ¿Es Albatros?

—No. Ese tampoco —mintió.

## Capítulo 12

El timbre de la puerta de la casa de Esther Campillos emitió la música de *El bueno, el feo y el malo*, ante la sonrisa de Sonia, que todavía no había terminado de acostumbrarse a ese sonido de llamada. Al abrir la puerta, Esther se topó de bruces con un sonriente Pau.

—Has madrugado —le dijo—. Para ser lunes, quiero decir.

—Con este calor no hay quien duerma —protestó sin mucho interés.

—¿No tienes aire acondicionado? —consultó Esther, elevando la voz para que Sonia supiera que Pau iba a entrar en casa. Las dos, cuando estaban solas, solían vestir muy ligeras de ropa, pese al frescor de su piso, que estaba ubicado junto al río Manzanares. De hecho, Sonia tan solo iba con unas finas bragas y los pechos, generosos en tamaño, al aire. Por eso se escondió en el aseo cuando escuchó que llamaban a la puerta.

—No me lo puedo permitir —respondió Pau, como si el aire acondicionado fuese un lujo—. Y no me refiero al importe de instalar un aparato de esos, ya que sé que es barato, sino al gasto que produce su consumo. Está el precio de la energía como para andar enchufando aparatos en casa. ¿Está Sonia contigo?

Justo al acabar esa pregunta desde el cuarto de baño le llegó el sonido de una canción:

«Se rompió la cadena que ataba el reloj a las horas... Se paró el aguacero, ahora somos flotando dos gotas».

Era la confirmación de que Sonia estaba en el piso. Pau sabía que en casa de Esther, cuando ella estaba sola, solo tenían cabida las canciones de Billie Holiday y Ella Fitzgerald. Escuchar un estribillo de Extremoduro era prueba suficiente de que Sonia no andaba lejos de allí.

—Sí —respondió—. Ahora saldrá del baño. ¿Te apetece tomar algo?

Dejó el casco sobre una mesita de melamina que había en la entrada, con cuidado de no rayarla.

—Ya veo que has venido en moto —le dijo.

—Sí —asintió—. Hasta que me saque el carné de coche es lo único legal que puedo conducir. Conduzco el de Sonia y espero que no me paren nunca los de Tráfico. En verano no hay nada mejor que mi Piaggio Zip 50 para moverme por la ciudad.

Pau miró el reloj de pulsera y comprobó que ya eran las diez y media de la mañana. Demasiado tarde para un café, se dijo, y aún muy pronto para una cerveza. Solo había pasado un par de días desde el entierro de Luis Miguel y, como dijo García Márquez, el mundo, aceitado y chirriante, seguía girando sobre su propio eje. Todo era como había sido siempre y él se hallaba en casa de Esther esperando a que Sonia surgiera del cuarto de baño embutida en una fina camiseta que le entallara su figura. En ese instante su mente se llenó de frases de Bukowski y supuso lo que él diría de esa situación:

«Lo que él realmente necesitaba era una botella de cerveza helada, con la etiqueta un poco mojada y esas gotas frías tan hermosas sobre la superficie del vaso».

La belleza de un instante captada por una mente enferma de sexo, había conjeturado Pau de su ídolo Bukowski.

—Sonia me ha contado en lo que andáis metidos —comenzó a hablar Esther, con la clara intención de hacer tiempo hasta que su amiga saliera del baño—. Lo cierto es que es un asunto apasionante. Quizá un poco grande para vosotros —dijo como si fuese una ofensa, pero Pau sabía que bromeaba. Esther era de la máxima confianza y la única que conocía su secreto y aunque, en ocasiones, había cuestionado su capacidad investigadora, en el fondo los dos, Pau y Sonia sabían

que les tenía cierta envidia—. Hemos hablado —siguió contando— de la muerte de ese chico que enterraron el sábado, Luismi, y lo cierto es que todo parece una novela de Chandler. —Pau sabía que los dos libros predilectos de Esther eran precisamente de ese autor: *El sueño eterno* y *El largo adiós*.

—¿De qué habláis? —consultó Sonia, asomando la cabeza por la puerta del baño.

Pau deslizó su atención entre el busto de Sonia y los ojos de Esther. No había duda de que las dos treintañeras eran unas mujeres muy atractivas. Cualquier joven de su edad hubiera dado un brazo por estar en esa situación, que solo se salvaba porque los tres eran buenos amigos desde hacía años. Pero la escena podía encajar, perfectamente, en un guion de Bigas Luna.

—De lo vuestro —respondió Esther.

Los mofletes de Pau se sonrojaron levemente. Pero las mujeres no le prestaron atención porque lo achacaron al exceso de calor.

—¿De lo nuestro? —consultó Sonia.

—Sí, de esa investigación que tenéis entre manos.

Esos días, en que Sonia había dormido en casa de Esther, habían estado hablando sobre la muerte de Luis Miguel, por lo que la joven detective no tuvo más opción que poner en antecedentes a su amiga. Faltaban pocos días para el 31 de julio, y para entonces ya tenían que tener claro lo que estaba pasando en el chalé de Caraquiz antes de la siguiente reunión del club de la élite. Esther era funcionaria de Correos y Sonia ya había sopesado la importancia de su colaboración. Para ella sería un triunvirato perfecto: un agente del CNI, una detective privado y una funcionaria de Correos. Cuando lo dijo todos se rieron, parecía el inicio de un chiste de Chiquito de la Calzada.

—Dice que va un agente del CNI, una funcionaria de Correos y una detective y... —soltó Esther, sin poder aguantarse la risa—. Es que me meo —les dijo a los dos.

Pau tuvo un conato de rabia. Por un momento se sintió traicionado por Sonia, porque supo que ella le había dicho a Esther lo que él era realmente. Menuda mierda de agente secreto sería si todo el mundo supiera que lo era. Se sintió como ese al que habían apodado «el pequeño Nicolás» y que ya nadie sabía si era un agente del CNI, un policía de la Secreta o un fante opositor anhelando una gloria pasajera. Porque la gloria, ya lo dijo *Warhol*, siempre es momentánea y se desvanece pasados los primeros quince minutos. Prefirió no hablar sobre el tema y seguir con la incertidumbre de si trabajaba para el CNI o sencillamente explotaba su ambiguo papel de agente, espía y detective al mismo tiempo, que produciría desconcierto en quienes lo conocían. Le faltaban algunos años aún para tener el porte de Albatros. Lo recordó en el entierro de Luismi, seguro de sí mismo, y exportando esa seguridad a todo el que lo viera.

—Papel y bolígrafo, papel y bolígrafo... —repitió Pau, como si fuesen las muletillas de una estúpida canción de oficinistas—. Necesitamos anotar todo lo que tenemos y distribuirnos las tareas.

—Oye —se quejó Esther—, yo aún no he aceptado embrollarme en vuestros líos. —Enseguida se dio cuenta de lo desafortunadas que fueron sus últimas palabras, porque la participación de su amiga Sonia estaba motivada por una cuestión sentimental: ella y Luismi habían mantenido una corta pero estrecha relación—. Bueno, sí. Claro que os ayudaré —consintió finalmente—. Pero desde la sombra.

Pau ya se había sentado en el tresillo de escay granate del piso de Esther. Se colocó en medio, rememorando otros tiempos en los que las dos mujeres se acomodaban a ambos lados de donde estaba él. Le gustaba notar cómo las rodillas de sus amigas se frotaban inocentes contra sus piernas, cuando se balanceaban al alargar los brazos a la mesa de centro para coger una Coca-

Cola, con whisky en el caso de Esther y con pistachos en el caso de Sonia. La joven detective había dejado de devorar esos frutos secos, después de que engordara nueve kilos desde que la dejó su marido. Dejar de fumar y atiborrarse a comer eran los dos ingredientes necesarios para estropear una bonita figura. Pero Sonia, que era tozuda, había rebajado ese peso en los últimos meses, y Pau ansiaba verla de nuevo en bikini en la piscina de verano, para comprobar que su amiga había recuperado la otrora estupenda figura. Sonia comenzó a vestir ropas ajustadas para sentirse como un embutido en una piel estrecha, así se motivaría para adelgazar. Incluso había cambiado el Renault Megane por un Nissan Micra. Allí, en ese diminuto automóvil, Sonia se vería obligada a seguir perdiendo peso si no quería que le costase acceder al interior del coche cuando acompañaba de copiloto a Pau.

—¿Qué anotas? —le preguntó Sonia, vaciando el contenido de una lata de Coca-Cola en el interior de un vaso repleto de cubitos de hielo.

—Todo lo que tenemos hasta ahora, antes de que se me olvide —contestó.

Las dos contemplaron, sin decir nada, cómo Pau escribía en un folio en blanco que había cogido de la bandeja de la impresora que tenía Esther en el comedor de su piso. No había ninguna duda de que era un experto en informática, porque los datos los escribía como si fuese un diagrama de flujo de un potente programa de ordenador.

31 de mayo Cesario Pidal, de Mataseña. Novela: *Todos los idiotas*.

Muerte: Accidente de tráfico entre Pinto y Valdemoro.

30 de junio Silvestre Carcasona, de las Rozas. Novela: *Y Dios se mofó de nosotros*.

Muerte: Pendiente.

31 de julio Jerónimo Pascual, de Guadalajara. Novela: *Escalera de la muerte*.

Muerte: Pendiente.

—¿Qué estamos buscando? —se interesó Sonia, mientras sorbía un buen trago de Coca-Cola.

Un cubito de hielo cayó en el fondo del vaso y salpicó una gota que le resbaló por la nariz. Pau la miró y sonrió. Enseguida desvió los ojos hacia el papel que estaba completando ante la atenta y desconcertada mirada de Esther.

—Trato de hallar una relación entre los tres escritores —respondió, mientras se frotaba maniático la barbilla.

—Bueno —suspiró Esther—. Si me lo permites, y en vista de lo que has anotado, está claro que los tres son autores locales. Leo que uno es de Mataseña, otro de Las Rozas y el último de Guadalajara.

—Sí, eso ya lo había visto —declaró Pau, algo agitado—. Supongo que ese club de lectura solo quiere leer novelas de autores de la zona.

—¿Sabes si invitan a los autores? —consultó Sonia, mientras se inclinaba hacia adelante para observar con más detenimiento las anotaciones de su amigo.

—Desconozco ese dato —respondió—. Pero sé por qué lo preguntas. Supongo que el club podía haber escogido cualquier autor de novela negra de cualquier parte del mundo, pero el hecho de que solo elijan autores locales tendría su explicación si luego los invitaran a participar en el club, más que nada por la cercanía y facilidad de acceso.

—Una pregunta —interrumpió Esther—. ¿Habéis hablado con alguno de los dos autores que aún quedan vivos? Me refiero a Silvestre Carcasona o al próximo en leer: Jerónimo Pascual. — Esther leía los nombres del folio que había dejado Pau sobre la mesa.

Los dos cabecearon negativamente.

—Pues bien. Yo os podría ayudar hablando con los dos —afirmó Esther, pletórica—. Solicitaré una reunión informal haciéndome pasar por una periodista para hacer una entrevista e indagaré en la relación que puedan tener los tres entre sí y con los miembros de ese club.

Sonia negó con un movimiento imperceptible de cabeza. No quería que su amiga se metiera en líos por ayudarles.

—Mejor que no te entrometas —sugirió—. Este asunto nos atañe a Pau y a mí —declaró—. No quiero que te busques problemas innecesarios por ayudarnos. Has de pensar que esa gente —dijo, refiriéndose a los del club de lectura— son personas muy poderosas. Desconocemos qué callo estaremos pisando con nuestras indagaciones y hasta dónde son capaces de llegar ellos para impedir que sigamos avanzando.

—Ahora es cuando me estáis asustando de verdad —refunfuñó Esther—. ¿Quiénes son esos del club que se atreven a incomodar a mis amigos?

—Nadie, gente sin importancia —ironizó Pau—. Un alcalde, un presidente de una Diputación, un fiscal, un juez, un comisario y un teniente coronel de la Guardia Civil.

—¡Hostias! —gritó Esther—. Con la Iglesia hemos topado.

—Ah, pues no, ahí te equivocas. No hay ningún obispo, de momento —satirizó Pau.

—Pues más motivo para que aceptéis mi ayuda —insistió Esther—. Con esa gente estoy segura de que vais a necesitar toda la ayuda posible.

## Capítulo 13

Luis Miguel Artapalo no tenía un despacho, propiamente dicho, donde recibir a los clientes de su agencia de detectives. Y no lo tenía porque carecía de los recursos económicos necesarios. Era un hombre orgulloso, y esa petulancia le impidió decirle a Sonia que bien podrían haberse asociado. En ese caso Sonia sería la jefa y él un empleado. Y Luis Miguel, y eso lo tenía claro, no quería trabajar para nadie más que para sí mismo. Su cuartel general lo tenía en un estudio en Alorcón. Allí no podía recibir visitas porque no lo tenía dado de alta en el Registro Nacional de Seguridad Privada, como era el caso de Sonia Ruiz. Sus investigaciones las conseguía gracias al boca a boca, cuando llegaba a los oídos de alguna persona que requería los servicios de un detective privado, que él estaba disponible. Y en este caso tenía que abaratar los honorarios, si no quería que el trabajo se lo quitara una agencia.

En el último año había llevado algún caso de conflicto conyugal, más conocido como «cuernos». Y poco más, ya que al no tener, ni siquiera titulación, no podía elaborar informes para empresas o informes patrimoniales, al no estar revestidos de la oficialidad necesaria.

—¿Sabes quién podría tener una copia de la llave de su despacho? —le preguntó Pau a Sonia.

—No. Y yo no la tengo.

A Pau le chocaba que Sonia, con el rollo que había tenido con Luis Miguel, no hubieran colaborado en ninguna investigación. Le constaba que Sonia había visitado el estudio de Luismi. Pero sin embargo él no había estado nunca en su fulgurante despacho de la calle Carretas.

—Entonces no me queda más remedio que pedírsela a su madre. Si me la quiere dejar —anotó.

—¿Y qué hay de la icónica llave maestra del CNI? —sonrió Sonia.

—¿Te refieres a la pata de cabra?

—Sí, claro. La llave maestra española.

—Mejor si podemos abrir la puerta con su llave —dijo finalmente Pau.

La señora Artapalo le había entregado la llave del estudio de su hijo a Pau. Le dijo que ella no quería saber nada y que podía quedarse todo lo que hubiera en su interior. El agente del CNI ya supuso que poco habría, si había algo. Y, efectivamente, no se equivocó. El estudio estaba más vacío que una playa en invierno.

—¿Has estado aquí, verdad? —le preguntó Pau en medio de una habitación que no tendría más de seis o siete metros cuadrados.

Sonia apuntó con sus ojos a una pequeña cama de Ikea que había en un rincón, bajo una ventana falsa.

—La instaló para que pareciese que aquí había una ventana —dijo.

—Ya —chasqueó los labios Pau—. Me esperaba algo más.

—¿Y qué quieres? Las cosas no le iban bien y apenas tenía dinero para sobrevivir, que no es poco.

Además de la cama, que sería de noventa, según calculó Pau a ojo de buen cubero, había una minúscula mesa sobre la que había sueltos dos cables de un portátil, que no estaba. En una de las esquinas reposaba un enorme cenicero de vidrio al que no le cabía ni una colilla más.

—Como fumaba el tío —dijo Pau señalando el cenicero—. Creo que un par de colillas más y hubiera rebosado.

—Aquí había un ordenador —anotó Sonia— la última vez que estuve.

—Lo tendrá su madre —sugirió Pau.

—¿Estás seguro?

—Pues no. Pero digo yo que alguien lo habrá cogido —explicó—. Como era un portátil, ¿sabes si solía sacarlo de su estudio?

Sonia elevó los ojos al techo, como si estuviera pensando la respuesta.

—No recuerdo que Luismi sacara el ordenador a pasear —dijo—. Tampoco te creas que he estado muchas veces aquí —señaló la cama con la barbilla—, pero las pocas veces que lo he hecho, el portátil estaba ahí, sobre la mesa.

Pau abrió los dos únicos cajones que había en la mesa del ordenador. Aparte de algún folio en blanco desperdigado o de bolígrafos, no había nada más.

—¿Sabes si todo está en orden? —le preguntó a Sonia.

Ella arrugó la boca en un gesto que al joven agente le resultó sensual.

—En principio, sí. Salvo la ausencia del portátil, claro.

—Bueno, pues creo que lo hemos visto todo. No vayamos a ser malpensados y daremos por hecho que el ordenador de Luismi está en otro sitio.

Pau extrajo el teléfono móvil de su bolsillo. Deslizó el dedo por la pantalla y realizó una llamada. Mientras hablaba, Sonia husmeó en el armario ropero, abriendo despacio cada uno de los cajones y revolviendo la ropa interior y las camisas que había dentro.

—Señora Artapalo —habló Pau—, soy el amigo de su hijo. Sí, sí, eran las llaves de su piso. Le quería preguntar si sabe quién se ha podido quedar su ordenador. ¿No lo sabía? Sí, un ordenador portátil. Estoy seguro. Conozco a una persona —miró a Sonia mientras conversaba—, que lo ha visto. ¿No sabe dónde puede estar? Muchas gracias. Perdona que sea tan pesado, pero quería saber que todo estaba bien. No, al contrario, gracias a usted.

—¿Y bien? —se interesó Sonia.

—Su madre ni siquiera sabía que Luismi tenía un portátil. ¿Y tú? ¿Has visto algo que te llame la atención?

Sonia sonrió con un resquicio de malicia en sus labios.

—Creo que he estado tres veces aquí, en este *miniapartamento*. En las tres veces ha sido para echarnos ahí —señaló la cama con la cabeza—. Y si hay algo que recuerdo perfectamente de las ocasiones en que estuve aquí, es que esa cama siempre estaba deshecha. Luismi, tú ya lo debías conocer, era un desordenado compulsivo. Ni siquiera su vida estaba en orden. La cama estaba deshecha cuando veníamos. Y seguía deshecha cuando nos íbamos.

—No le veo la extrañeza. Evidentemente Luismi no solía dormir solo en esa cama. Quizá la última que estuvo —carraspeó mientras hablaba—, era más ordenada y pensó en hacer la cama antes de irse.

—Vamos Pau, una amante que hace la cama antes de marcharse. Eso es imposible.

—¿Imposible? —arqueó las cejas—. ¿Por qué es imposible?

—Porque Luismi no solo era un indisciplinado caótico que no dejaba nada en su sitio cuando lo cogía, sino que se pasaba la mitad del día echado en esa cama. Quién quiera que pasara por ese lecho se tenía que levantar e irse mientras él seguía ahí, acostado y haciendo el vago. —Pau supo que ella, Sonia, sabía de lo que hablaba, porque lo explicaba como si lo estuviera viendo en ese momento—. No, amigo. Esa cama la han hecho después de que él muriera.

—Los mismos que se han llevado el portátil —musitó Pau.

—Seguramente —concluyó Sonia.

Pau apuntó el móvil que sostenía en su mano hacia todas las esquinas de la habitación. Después capturó varias instantáneas de la mesa y de la cama. A continuación extrajo una bolsa de supermercado de uno de los cajones del armario ropero y vertió todas las colillas en su interior.

—¿De limpieza? —ironizó la detective.

—Ríete lo que quieras, pero me llevo estas colillas porque quizá alguna de ellas —emitió una sonrisa burlona— sea la del asesino.

## Capítulo 14

El tiempo no jugaba a su favor, sino todo lo contrario. Tanto Pau como Sonia debían darse prisa si querían llegar al 31 de julio con los deberes hechos. Ese día se reuniría de nuevo el club de la élite en el chalé de Caraquiz y debían reunir toda la información necesaria para desenmascarar al asesino del escritor Cesario Pidal y de Luis Miguel Artapalo. Les parecía increíble que el CNI no se implicara más en la investigación, teniendo en cuenta la coincidencia de dos muertes en las que los sospechosos eran el mismo grupo de personas. La participación de Pau, aún siendo un agente de la Central de Inteligencia, era por amistad hacia Luismi, pero reprochaba que ellos ni siquiera le hubieran ofrecido ayuda técnica, uno de los organismos de los que más medios dispone.

—¿Y el CNI no hará nada en este asunto? —había interrogado Sonia.

Pau no tenía respuesta a su pregunta, por lo que no le dijo nada. Tampoco le habló de que el incendio de Torrejón había sido provocado, según le había dicho Rosendo en el entierro de su amigo. Pau había de ser discreto si no quería perder la confianza de su jefe, Albatros. Pero también, y eso lo había comprendido en el tiempo que llevaba en el CNI, había de ser desconfiado, y cauto. *Nada es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira*, meditó. De momento tenía que trabajar con certezas y obviar las posibles mentiras. Las elucubraciones le indicaban que alguien había matado al escritor cuya novela habían leído en el «club de la élite» y que el investigador contratado por la señora Pidal había muerto en un incendio días después de comenzar a investigar la primera muerte. De momento las pruebas que iban recopilando daban pie a la versión de que los dos habían sido asesinados. Y siempre que hay un asesinato, es porque hay un asesino, o varios. Y siempre que hay un crimen, es porque hay un móvil.

Recopilando la información necesaria para allanar el terreno a Pau, antes de que llegara el día D, el de la siguiente reunión del club de Caraquiz, Sonia se leyó la totalidad de la prensa y rastreó incansable la red de redes. Lo que no hallara en internet no lo hallaría en ninguna otra parte, porque no había ninguna otra parte. El alcalde de Mataseña era muy fotogénico y siempre aparecía rodeado de gente pequeña, como él, o solo, cuando los demás eran más altos. No había que ser ningún lince para comprender que ese hombre tenía complejo de inferioridad, en lo que a la altura se refería. En varias imágenes en que apareció acompañado, lo hizo con una mujer que a Sonia no le era desconocida. Su cara le sonaba de haberla visto antes, pero más joven.

—Beatriz Quintana —masculló cuando la recordó.

Buscó información sobre esa mujer y halló un par de artículos donde la relacionaban con el alcalde. En uno de ellos decían que era su esposa. En las diferentes imágenes, donde los dos estaban juntos, los vio cogidos de la mano. Se les veía una pareja feliz. Algo que contrastaba con el recuerdo que Sonia tenía de ella. En la universidad se había tirado a todos los del equipo de fútbol.

Repasó la agenda de su móvil, pero comprobó que no la tenía como contacto. Pero la buscó en Facebook y la halló enseguida. Hoy día si alguien no está en Facebook, es que no existe. Beatriz Quintana y ella hacía varios años que no coincidían, aunque se conocieron en la carrera de Filología Hispánica, donde compartieron pupitre. La última vez que supo de ella fue cuando se enteró de que su padre, un policía local de Madrid, la había colocado a trabajar como administrativa en un ayuntamiento. Hasta que no la descubrió en Facebook, desconocía que el ayuntamiento, donde la habían colocado a dedo, era el de Mataseña. De hecho, y eso lo

descubrieron durante esos días, todos los empleados de Mataseña habían entrado a trabajar a dedo. Sonia se imaginó a Jordi Évole irrumpiendo en las dependencias municipales y preguntando a todos los que se cruzaran en su camino si habían entrado a trabajar allí mediante oposición. Las respuestas serían de lo más ocurrentes, no le cabía la menor duda.

Una vez que Beatriz Quintana aceptó la petición de amistad de Sonia a través de Facebook, le envió un mensaje privado donde le recordó quién era y de qué se conocían. Beatriz respondió de inmediato:

«Tía, qué alegría. Claro que me acuerdo de ti. ¿Por dónde paras?».

Sonia le facilitó su número de teléfono, al mismo tiempo que le pidió el suyo. Y le dijo que le apetecía quedar a tomar un café. El lugar del encuentro se lo comunicó por un mensaje de WhatsApp. Quedaron en una terraza de la plaza Colón. Beatriz quiso quedar allí porque era una fumadora empedernida, y no podía estar más de diez minutos seguidos sin encenderse un cigarrillo. Para Sonia, el hecho de quedar con una amiga de la universidad y tener que soportar cómo ella devoraba placenteramente un cigarrillo tras otro hizo que agotara durante esa reunión dos bolsas completas de pistachos, que le ayudaron a mitigar su ansiedad.

Beatriz era una mujer de facciones hermosas y ojos claros y profundos. Cuando se saludaron en la terraza del bar, antes de sentarse, Sonia comprobó que no había perdido su belleza felina, ni su figura estilizada y escultural. Las piernas de Beatriz parecía que habían sido talladas con un cincel y sus hombros, redondos y lisos, demostraban que aquella mujer se pasaba varias horas al día en un gimnasio.

—¿Qué es de tu vida, tía? —Beatriz sonrió mostrando unos dientes perfectos.

—Poca cosa —rechazó profundizar—. He trabajado de administrativa y ahora estoy en paro —mintió—. Está todo muy jodido, y mucho más en verano. En esta época, si quieres trabajar, tienes que irte a la costa. Y Madrid me gusta lo suficiente como para no querer irme nunca.

Beatriz balanceaba la pierna sobre su rodilla exhibiendo un esplendoroso bronceado. Se notaba que aquella mujer debía repartirse el día entre el gimnasio y la piscina.

—¿Te casaste? —preguntó para incomodidad de Sonia. La detective se sintió como si ella fuese la investigada y no su amiga, que era el objeto de esa reunión.

—Sí, pero no duró.

—Ah, vaya. Lo siento.

—¿Y tú?

—Sí —le dijo—. Bueno, sí y no. —Sonia arrugó la frente—. Quiero decir que no estoy casada, pero vivo con un hombre.

—Lo de estar casada es un trámite —avaló Sonia—. Seguimos preguntando si estás o no casada, cuando es algo que a nadie le importa.

—Bien —dijo sin más—. Vivo con un hombre maravilloso y tengo un trabajo que... —bajó la voz—, me permite hacer lo que quiero. Estoy empleada en el ayuntamiento de Mataseña. Ya sabes, el de la broma, el que está entre Pinto y Valdemoro y que todo el mundo dice que allí no hay nada. Pues sí, está Mataseña y su alcalde es mi pareja.

Sonia dio un respingo en su silla que tuvo que disimular manifestando que le había picado un mosquito. Se rascó frenética el omoplato derecho, para encubrir su malestar. Evidentemente esa arpa se había camelado al alcalde mientras trabajaba de funcionaria, pensó.

—¿Vives con el alcalde de Mataseña? —preguntó después de respirar hondo.

—Así es. ¿Lo conoces?

—No. —Negó con la cabeza.

—Ah, es que de la manera que lo has preguntado parece que lo conozcas. Se llama Alejandro

Medina y lleva varios años de alcalde, porque Mataseña es tan pequeño que no hay nadie que le haga sombra —seguidamente se rio—. Y eso que es, bueno, que es pequeñito —Beatriz se permitió el lujo de despreciar a su pareja, o eso presintió Sonia—. Pero es una gran persona, por dentro —añadió.

—¿Por eso trabajas en su ayuntamiento? —se aventuró a preguntar.

—Lo has pillado —respondió sin ningún viso de retraimiento—. Mi pareja me colocó y desde entonces vivo como una reina. Además —bajó la voz para que no pudieran escucharla los de la mesa de al lado—, tiene un chalé en Caraquiz, una urbanización de Guadalajara, donde nos vamos los fines de semana.

—Vaya —dijo Sonia, sin mucho convencimiento—. Me alegro de que te vaya tan bien.

Beatriz sacó un cigarrillo de una elegante pitillera y se lo incrustó en los labios como si fuese un tabernero. Sonia se fijó que era un cigarrillo más estrecho y más largo de lo habitual. La boquilla era de un color terroso.

—Bueno, no todo es tan positivo. —Chasqueó la lengua mientras sostenía un cigarrillo en la mano y se disponía a encenderlo con un mechero de oro—. El hecho de que mi pareja me haya colocado en el ayuntamiento me ha creado enemistades. Ninguna de las otras funcionarias me habla y me hacen el vacío cuando pasan por mi lado. Pero no me importa. En el fondo sé que son unas envidiosas y que si pudieran estarían en mi pellejo. Figúrate —dijo a modo de ejemplo—, Alejandro —se refirió al alcalde— me ha contado que más de una se ha arrodillado debajo de su mesa con la única finalidad de ascender o colocar en el ayuntamiento a algún familiar. Hay que ver lo que hacen algunas por prosperar —aseveró exhalando una enorme y blanca bocanada de humo.

Sonia sintió una gran repugnancia escuchando a su otrora compañera de universidad. Lamentó que existiera gente así y, al mismo tiempo, le defraudó comprobar que el caso de Beatriz no era aislado, sino que formaba parte del panorama caciquil de una España que algunos consideraban su cortijo particular. Había infinidad de políticos que se creían señores feudales de un castillo medieval y que eso les daba derecho a menospreciar y sojuzgar a todo lo que estuviera por debajo de ellos. Sátrapas y tiranos que se esforzaban en conseguir que este país se fuera a la mierda. Pero Sonia no había quedado con esa trepa para menospreciarla, sino para extraer información sensible que ayudara a Pau, así que se centró en su tarea.

—Me has dicho que tu pareja y tú tenéis un chalé en Caraquiz —se interesó imprimiendo en sus palabras toda la honestidad de la que fue posible.

—Sí. Alejandro heredó de su padre un chalé precioso en una urbanización en Uceda, un pueblo de Guadalajara. La urbanización se llama Caraquiz y desde que la heredamos —ahí se incluyó ella—, no hay fin de semana que no vayamos a pasarlo allí con nuestros amigos. En verano disfrutamos de la piscina y en invierno organizamos encuentros, comidas y cenas en el interior.

—Suenan interesantes —avaló Sonia.

—No te lo puedes imaginar. —Se pasó un dedo por los labios, a lo chico Martini, sin soltar el cigarrillo. Beatriz parecía que estuviera coqueteando con ella—. Además una vez al mes —dijo con suficiencia—, los encuentros son de alto nivel cultural. —Sonia pensó en lo que le gustaba a esa gentuza abanderar una cultura de la que carecían—. Mi pareja preside una reunión de notables de la zona para hablar sobre literatura.

—¿Tú participas? —interrumpió.

—No, que va. A mí me aburre sobremanera —dijo con desdén—. Yo prefiero la piscina y pasear por Uceda. —En ese instante, Sonia comprendió que ella tenía un amante. Ni siquiera se lo comentó para no distraerla de lo que realmente le importaba. Ese pasear sonó a «follar por

Uceda»—. Alejandro se reúne con políticos, policías y jueces —resumió—, y comentan sobre la novela que leen durante ese mes.

—¿Y eso lo hacen desde siempre?

—No, que va. Las reuniones sí, porque al alcalde le gusta juntarse con sus amigos. Pero el tema literario surgió hace poco. Se les ocurrió que para amenizar los encuentros podían leer una novela y luego hablar de ella.

—¿Qué tipo de novela? —consultó dando a entender que no sabía de qué hablaba.

—Ellos leen una novela de algún autor de la zona y en la reunión correspondiente hablan sobre ella.

—¿Has estado en alguna de esas reuniones? —preguntó con celeridad, como si temiera que Beatriz comenzara a hablar de otra cosa y perdiera el hilo de lo que a ella le interesaba.

—Estuve en la primera, pero fue porque Alejandro me presentó a sus amigos. Pero una vez que compartimos el café me marché porque me agobiaba. No hay nada más soporífero que una reunión literaria —concluyó.

—Una cosa más —quiso saber Sonia, antes de que su amiga diera por terminado ese encuentro—. ¿Quién elige las novelas que leen en el club?

Beatriz apagó el cigarrillo en un cenicero de hojalata que había sobre la mesa y seguidamente la miró directamente a los ojos, como si esa pregunta fuese innecesaria.

—¿Por qué quieres saberlo?

Sonia se echó hacia atrás en su silla. Tenía que transmitir una imagen de cordialidad si quería que Beatriz le respondiera.

—No sé, me ha picado la curiosidad al decir que leen una novela al mes. Supongo que los títulos los decide tu pareja, que para eso es quien organiza los encuentros.

—Pues no —rechazó—. En el chalé tenemos un servicio de varias personas que se encargan del mantenimiento de la finca, de cocinar y de limpiar. Ese servicio está comandado por una mujer de la máxima confianza de mi pareja. Es lo que se conoce como un ama de llaves, que se encarga de la administración, economía y buen funcionamiento de los aspectos domésticos de la casa. Ella se llama Rebeca Matamoros y nació en Guadalajara hace sesenta y dos años. Es una mujer muy eficiente que, antes de hacerse cargo de la administración de nuestra casa, estuvo empleada en la biblioteca municipal.

—Entiendo. ¿Y por qué dejó la biblioteca?

—Eso mismo le pregunté yo un día. Me dijo que al cumplir los sesenta se podía jubilar de forma anticipada. Mantiene desde hace años amistad con Alejandro, por lo que este le había ofrecido trabajar en su casa. El sueldo no es malo y el trabajo tampoco mata. Además, y creo que es lo más importante para ella, dispone de una habitación en el chalé en la planta de arriba. Tengo entendido que perdió su casa en un embargo. Aunque no habla de ello y quizá solo sea un rumor malicioso de esos que corren en los pueblos pequeños. Pero en cualquier caso Rebeca reside en el chalé todo el tiempo desde los dos últimos años.

—Entonces, ¿ella es la que elige los libros? —preguntó Sonia.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, no lo sé. Solo te lo preguntaba.

—Pues sí, estás en lo cierto. A Alejandro, cuando le recomendaron lo del club de lectura mensual, enseguida pensó en Rebeca, como conocedora de la cultura literaria, para que fuese la que decidiera los títulos que han de leer.

—Rebeca Matamoros —musitó Sonia.

—¿La conoces?

—No —negó basculando la cabeza de un lado a otro—. Pero tiene lógica que la persona que elija los títulos de los libros que han de leer sea una bibliotecaria.

—Ex —dijo Beatriz—. Exbibliotecaria.

—Sí, ya. ¿Fue ella la que sugirió lo del club de lectura?

—No, hasta donde sé. Ella dio nombres de escritores de la zona, porque es lo que quería Alejandro. Y Rebeca los conoce a todos, porque ha estado muchos años en la biblioteca. ¿A qué viene ese interés?

—...

—Ah, entiendo. Seguramente tu interés viene motivado por la muerte de ese escritor: Cesario Pidal.

Sonia se hizo la longui.

—¿Quién?

—No, nada. Pensaba que estabas al tanto de que unos días después de la primera reunión del club de lectura de mi pareja, falleció el escritor cuya novela habían comentado.

—No tenía ni idea —dijo Sonia.

—Pues la prensa no habla de otra cosa. Pero no te culpo por no leer la prensa —dijo maternal—. Solo publican mentiras.

## Capítulo 15

Pau fue el culpable de que Sonia y Luismi se conocieran. Luis Miguel Artapalo había nacido en Irún treinta y cinco años atrás. Tenía diecisiete años más que Pau y dos más que Sonia. Alto, medía poco más de un metro ochenta, estilizado y nervudo. Su cuerpo se había cincelado entre un gimnasio de San Sebastián, donde iba tres veces por semana, y su afición a correr, deporte que practicaba casi a diario, pese a ser un fumador empedernido. Su afición a la música estridente de ACDC contrastaba con su aspecto de bailarín calé. De adolescente, cuando no tendría más de diecisiete años, había conocido a un grupo de zagales de su edad que solían reunirse en Rentería. Fue por culpa de esos nuevos amigos por los que acabó detenido en un par de ocasiones y sus huesos fueron a dar a los calabozos de la Guardia Civil. Allí, precisamente, fue donde se suscitó su pasión por el Instituto Armado, a despecho de sus compañeros de juventud que le reprocharon que le pudiese gustar lo que esos hacían. Fue uno de los últimos reclutas del ejército español, ya que corría el año 2001 cuando realizó el servicio militar. De allí cursó el acceso a la Guardia Civil, pero al tener antecedentes penales no lo admitieron. Fue después de la mili que probó con la policía, pero le ocurrió lo mismo. Finalmente pudo acceder a la policía local, ya que sus antecedentes eran por peleas y para entonces tuvo la oportunidad de cancelarlos para que no figuraran en su historial delictivo.

Luis Miguel destacó enseguida dentro de la policía local, por lo que no tardaron en fijarse en él sus compañeros y, sobre todo, sus superiores. Pero no destacó por ser un buen policía, sino por lo contrario. Expediente tras expediente, no había mes en que no recibiera alguna denuncia desde fuera o desde dentro de la corporación. En esos años lo habían visto en compañía con el conocido como Sheriff de Coslada. Sin importar el carácter rebelde y problemático, sorteaba toda serie de dificultades gracias a una simpatía especial que le franqueaba muchas puertas. En los subsiguientes años había conocido a Pau Soria, a través de un amigo común del CNI que los presentó un día que coincidieron en un despacho donde se preparaba un software especial, del que Pau era el principal programador. Los conocimientos en computación de ese chico asombraron a Luismi, que percibió que su nuevo amigo era un valor en alza dentro del Centro de Inteligencia. Llegaron a hacerse tan amigos que un día Pau lo invitó a cenar en su piso de Getafe y para la ocasión también convidó a Sonia, pues creyó que los tres podían ser buenos amigos. Para entonces Luis Miguel ya no estaba en la policía local, y le había dicho que aspiraba a montar una agencia de detectives, suscitando el interés de la chica. Esa noche saltó un chispazo entre Luismi y Sonia, del que no fue ajeno Pau, ya que observó cómo los dos se lanzaban miradas y coqueteaban como adolescentes apasionados. Sonia y Luis Miguel habían intercambiado sus números de teléfono móvil y comenzaron a quedar en el estudio que tenía Luismi en Alcorcón, sin la mediación de Pau. Fueron varias las noches que los dos jóvenes se revolcaron en la estrecha cama del apartamento a aspirante de detective. Pau lo sabía, pero no le importó, porque su amistad con Sonia estaba a salvo y era más importante para él la felicidad de su amiga que perderla como probable pareja. Para entonces no era ningún secreto que Pau sentía una irrefrenable atracción hacia su compañera de penurias detectivescas.

La última noche que coincidieron Sonia y Luismi, fue unos días después de que el detective hubiera sido contratado por la señora Pidal. Un mes antes había fallecido un escritor del que los notables de ese club habían leído su novela y la policía había descartado de inmediato que se tratase de un crimen. Para ellos no había duda de que la muerte del escritor había sido un accidente de tráfico fortuito. Pero a casi nadie le pasó desapercibido que un alcalde, un presidente

de una diputación, un fiscal, un juez, un comisario y un mando de la Guardia Civil se reunieran mensualmente. Para Luismi era plausible que en esa reunión solo hubiera una persona maligna y que los demás fuesen infiltrados de sus respectivas competencias para vigilarla. Días antes de aceptar el trabajo, se había cuestionado si los perversos no serían el alcalde y el presidente de la Diputación y que los demás no fuesen más que vigilantes. Esa hipótesis se sustentaba en que la Guardia Civil, la Policía Nacional, la Fiscalía y la Judicatura enviaran a sus representantes para avizorar de cerca a los dos políticos. Todo era como un juego macabro donde los participantes formaban parte de las altas esferas del Estado para vigilarse entre ellos, y que el escritor no era más que una mera herramienta de unión.

Una vez aceptado el encargo de la mujer del escritor y, tras recibir el anticipo, dedicó un día completo a leer el libro de Cesario Pidal, *Todos los idiotas*. Concluyó que era la peor novela que había leído en su vida. Pero no hay nada como la muerte de un escritor para que se disparen las ventas de sus novelas, pensó. Ese accidente en la carretera que une Pinto y Valdemoro, unos días después de que el club de lectura leyera la novela de Pidal, había sido proverbial y había puesto en el ojo del huracán al club. En esas circunstancias no era de extrañar que Luismi presagara que tenía ante sí la mayor investigación que fuese capaz de concebir en su recién iniciada carrera como detective privado. ¿Quiénes eran esos notables que se reunían una vez al mes? ¿Por qué lo hacían? ¿Quién escogía los títulos de las novelas que iban a leer? Preguntas y preguntas que era necesario responder si quería avanzar en la investigación.

—Algo te preocupa —le había dicho Sonia, mientras Luismi se vestía al lado de la cama.

El detective la miró con lejanía en sus ojos. Seguidamente se introdujo un cigarro en los labios y lo encendió aspirando todo el humo que sus pulmones pudieran contener en ese instante. Abrió la ventana para que ese humo en el ambiente saliese fuera. Sonia sabía que la vida de un detective privado era terrible. Suponía un contrasentido en la moral humana. En la era de las redes sociales, de la información, de la transparencia, los que eran como ellos habían de silenciar muchas de las informaciones que conocían por razón de su trabajo.

—Nada —rechazó dar más explicaciones—. Solo que estoy harto de tanto cacique y de tanta puta —dijo.

## Capítulo 16

Esther tuvo acceso a los domicilios de los escritores implicados en el club de lectura de la élite, por algo era funcionaria de Correos desde hacía varios años. El personal de Correos es quien más sabe de una ciudad. Más que la policía local o que los chismosos de un bar. Esther Campillos solo tuvo que adentrarse con su clave personal en el ordenador de Correos para averiguar los domicilios de las tres personas en las que estaban interesados sus amigos. Tres eran los domicilios a donde deberían acudir. La casa de Cesario Pidal, en Mataseña, el primer fallecido. La casa de Silvestre Carcasona, en las Rozas, el autor de la segunda novela que leyeron y cuya vida corría peligro; si se atenían a los antecedentes. Y la casa de Jerónimo Pascual, en Guadalajara, el autor que tenían que leer para la reunión del 31 de julio.

—Ten —le entregó el listado a Sonia—. Es todo lo que he podido conseguir —le dijo.

—Ya es mucho —agradeció la detective.

Esther se la jugaba, porque extraer datos de ordenadores de la administración para beneficio propio le podría suponer un buen expediente. Y si esos datos eran para entregarlos a un detective, mucho más. Podía ser acusada de descubrimiento y revelación de secretos.

—Una cosa más —le dijo—. Sobre esa mujer de la que me has hablado, Beatriz Quintana, la esposa del alcalde de Mataseña.

—¿Qué ocurre con ella?

—Cuando me la nombraste me interesé por sus movimientos postales.

—Por favor Esther, no te metas en líos por nosotros —rechazó Sonia—. Una cosa es que nos aportes direcciones postales y otra bien distinta es que abras envíos postales.

—No es ningún lío, porque esa información está al alcance de cualquiera. Ni siquiera la he anotado. Solo la he leído y así te la transmito.

—Adelante.

—En el último mes, la señora Quintana, ha recibido tres cartas certificadas. Son las únicas cartas que le han llegado —repitió.

—¿De quién? —le picó la curiosidad a la detective.

—De tres empresas informáticas.

—No le veo la importancia —le dijo.

—Bueno, yo solo te lo digo porque son empresas diferentes. Y es inusual que una empresa envíe cartas certificadas; algo reservado a organismos como la Agencia Tributaria o la Jefatura de Tráfico.

—¿Has leído el contenido?

—A tanto no llego. Pero si quieres lo...

—No. Y no. Solo era por curiosidad.

Sonia viajó hasta Mataseña en autobús. Ese día había decidido que lo dedicaría al trabajo de campo. Reconocía que como empresaria tenía, de no espabilar, los días contados. En este caso estaba trabajando por amistad, pero no por dinero, ya que no había nadie que pagara su investigación. Pero en el fondo albergaba la esperanza de que si resolvía ese crimen, el de Luismi, y lo relacionaba con el primero, el del escritor, su fama sería de tal magnitud que no tardarían en contratarla para otros asuntos. Los crímenes del club de la élite serían su mejor tarjeta de visita.

Mientras viajaba se colocó los auriculares de su teléfono móvil y buscó en el fichero de canciones *Quemando tus recuerdos*, de Extremoduro. Le parecía la música más apropiada para ese día, pensó sin titubear. Llevaba anotado los tres domicilios en la libreta que le entregó Esther.

Después de la información recibida, y cotejada, no había ninguna duda de que los tres escritores tenían que tener relación entre ellos y, a su vez, una relación, aunque fuese indirecta, con alguien del chalé de Caraquiz.

El autobús la dejó en una pequeña plaza de Mataseña, cerca de un bar, cuyos parroquianos la observaron con una lujuria mal disimulada. Era Sonia una mujer atractiva, de sinuosas y alambicadas formas, que no pasaron desapercibidas para los hombres que custodiaban la puerta del bar con un vaso de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Ella ni siquiera los miró, porque devolverles la mirada hubiera significado un interés por su parte. Y, evidentemente, la detective, no tenía ningún interés en esos babosos.

Caminó tres minutos hasta que llegó a una casa, de un grupo de cinco iguales, cuyo rótulo en el buzón no albergaba ningún error posible: Familia Pidal, había escrito. Llamó a la puerta con un solo timbrado, que sonó en el interior con una musicalidad angelical que le recordó a un conjunto de arpas bien afinadas. Enseguida se asomó al descansillo una mujer de formas menudas, con el pelo recogido en un moño y dos aros enormes de oro blanco que le pendían de las orejas. A pesar de la distancia, Sonia pudo distinguir como sus ojos desprendían cierta tristeza que no pudo disimular; aunque se veía que se esforzaba por hacerlo.

—¿Qué desea? —le preguntó desde la puerta de la casa.

Sonia vio que detrás de la mujer asomaba la cabeza de un adolescente. Calculó que sería el hijo de la pareja.

—Le ruego que me disculpe, señora Pidal —dijo a modo de saludo—. Soy periodista. —mintió. Ser periodista era el recurso más manido de cualquier detective que se preciara—, y quería hacerle unas preguntas sobre su marido.

La señora Pidal mostró un gesto de disgusto, como si estuviera hastiada de responder siempre a las mismas preguntas durante las últimas semanas.

—Ya he contado todo lo que tenía que contar —rechazó hablar con Esther—. Solo les pido que nos dejen en paz a mí y a mi hijo.

El adolescente mostró su torso desnudo. En la mano derecha sostenía una herramienta de jardinería que Sonia no pudo ver bien por la distancia. Quizá fuese una azada, pero imaginó que la enseñaría para infundir miedo en los extraños que accedieran a su jardín. Pero ese útil de horticultura, que agarraba con fuerza el chico, no fue lo que llamó su atención, Sonia se encandiló con los abdominales bien dibujados y con los brazos anchos y nervudos ribeteados por una piel tostada. Aquel chico no tendría más de diecinueve años y a la detective le pareció un adonis. Su pelo largo caía desordenado sobre una frente amplia y unos ojos azules que la atraparon durante unos interminables segundos.

—Y ahora —la distrajo la señora Pidal—, si nos disculpa tenemos cosas que hacer.

—Espere, espere... —se revolvió Sonia—. Está bien, le he mentado —quiso sincerarse—. No soy periodista, pero estoy investigando una muerte. O dos —añadió—. Y quería hacerle alguna pregunta sobre esas muertes.

—Ese es trabajo de la policía —se molestó—. Y me consta que ya han contemplado todos los supuestos. Mi esposo falleció en un accidente de tráfico en la carretera que pasa por aquí y que une Pinto y Valdemoro —dijo, contrastando con que unas semanas antes hubiera contratado a un detective para que lo investigara—. El comisario que lleva la investigación me ha asegurado que no hay nada extraño y el hecho de que su última novela se hubiera leído en el club de lectura, ese del que todo el mundo habla, no es más que una espantosa coincidencia. —Mientras hablaba la señora Pidal se acercó hasta la verja desde donde hablaba Sonia. Su hijo la siguió.—. No tengo nada más que añadir —concluyó.

—Sí, pero usted contrató a un detective privado para que investigara la muerte de su esposo. Luego entiendo que no lo tenía tan claro, entonces.

—¿Quién le ha dado esa información? —se molestó la esposa del escritor.

—Soy detective —dijo como respuesta—. Y conocía a Luis Miguel Artapalo. Él, evidentemente, no me hablaba nunca en lo que andaba metido, pero he querido retomar su investigación para...

—Yo no le pagaré por sus servicios —cortó bruscamente—. En su momento ya le pagué a ese hombre. Y no pagaré dos veces.

—No, no me malinterprete señora Pidal. Solo busco averiguar quién mató a mi amigo.

—¿Por qué cree que lo han asesinado?

—Bueno, pues...

—Hágase un favor, señora detective —dijo imprimiendo desprecio en sus palabras—. Olvide este asunto. La policía ya ha investigado la muerte de mi esposo y ha determinado que fue un accidente. Fue un error por mi parte contratar a ese amigo suyo, a ese que dijo que era detective. Lo único que he conseguido es tener unos cuantos de cientos de euros menos en mi cuenta, que me hubieran servido para otras cosas más importantes y necesarias. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

—Solo una cosa más, señora Pidal —insistió Sonia—. ¿Tenía su marido relación con alguno de esos hombres que se reúnen en el club de lectura?

Ella cabeceó de forma negativa dibujando un rictus difícil de describir en sus labios.

—Ni siquiera sé quiénes son, por lo tanto, no le puedo decir si los conocía o no. Mi marido escribía como *hobby*, ya que sus novelas apenas se vendían y los derechos que le ingresaba la editorial, una vez al año, no daban más que para pagar algún recibo atrasado de la casa.

Sus ojos se tornaron vidriosos, y el adolescente se situó a su altura.

—Mi madre ya le ha respondido —habló con voz grave, demasiado fuerte para un chico de su edad. Sonia le devolvió una sonrisa afable.

—Entonces no conoce a nadie de ese club —repitió la pregunta abriendo la pequeña libreta de anillas que sostenía entre sus dedos—. Alejandro Medina, Alfredo Cabrera, Elías Zamarreño, Aprilio Cortés, Leopoldo Terrín o Severo Bruned —leyó los nombres de los miembros del club de lectura, sin mencionar sus cargos políticos o policiales. La señora Pidal negó con la cabeza sin decir nada. Entonces, Sonia buscó los nombres del cocinero y de su ayudante, pero no los halló, tampoco recordaba si los había anotado en la libreta—. ¿Y a la señora Rebeca Matamoros? —preguntó deprisa, como si temiera que la señora Pidal se fuese a perder por el quicio de la puerta de su casa, ya que ella y su hijo habían comenzado a caminar hacia la entrada.

El chico siguió caminando al lado de su madre, evidentemente la protegía de extraños. Pero la señora Pidal se frenó en seco, como si el nombre de Rebeca Matamoros hubiera causado algún efecto en ella.

—¿Qué ocurre con esa mujer? —preguntó al girarse.

—Es el ama de llaves del chalé donde se reúnen a comentar las novelas —respondió la detective.

—¿Rebeca trabaja allí?

Sonia comprobó cómo los ojos de la señora Pidal se habían iluminado. Pero no fue un destello de miedo o de ofuscación, fue un resplandor de alegría, como si el hecho de que Rebeca Matamoros trabajase en la casa del alcalde Medina fuese una buena noticia. En ese instante recordó una frase de *El sueño eterno*, Chandler le venía al dedillo para describir la expresión de la cara de la señora Pidal:

«Tenía voz de persona que ha dormido bien y que no debe demasiado dinero».

—Sí. Sí —repitió Sonia. Parecía que el hecho de que Rebeca Matamoros fuese el ama de llaves del chalé de Caraquiz había despertado un interés inusitado en la mirada de la señora Pidal—. Es la que se encarga del mantenimiento de la casa y de...

—Escoger los libros que se han de leer —terminó la frase que había iniciado la detective.

—Es una posibilidad —asintió eufórica—. ¿Se conocían?

—Sí, claro. Rebeca es una de las mejores amigas que tuvo mi esposo. Ella había trabajado toda su vida en la biblioteca de Uceda hasta que se jubiló de forma anticipada. Su biblioteca es famosa porque cuando la regentaba Rebeca, a pesar de solo tener unos 2.500 habitantes la localidad, conseguía que no hubiera mes en que algún autor la visitara para presentar allí una novela. —Sonia sabía, se lo dijo Beatriz, que Rebeca tenía sesenta y dos años, por lo que calculó que esa mujer estaría jubilada o a punto de la jubilación. Sin embargo, Cesario Pidal no tendría más de cuarenta años. Interrumpió las explicaciones de su esposa.

—¿Pero ellos se llevaban muchos años? —cuestionó.

—Vamos, señora...

—Ruiz —terminó Sonia.

—Vamos, señora Ruiz. La relación entre mi esposo y la bibliotecaria era puramente literaria. Ella siempre quiso ayudar a los autores locales, como era el caso de Cesario. Por eso, cuando regentaba la biblioteca, los invitaba a que dieran charlas o presentaran sus novelas allí. Pero en el caso de mi esposo no tuvo ningún éxito y el día que asistió para presentar su primera novela, la anterior a *Todos los idiotas*, se llevó una enorme desilusión, ya que algunos miembros del club de lectura de la biblioteca lo pusieron a caldo.

—¿Sabe por qué escogieron una novela de su esposo para leer en el club?

La señora Pidal balanceó la cabeza de derecha a izquierda.

—No. No lo sé. Supongo que le preguntarían a la bibliotecaria y ella tendría el nombre de mi marido en mente. Parece que le da mucha importancia a ese detalle, cuando la policía ni siquiera me lo ha preguntado.

Sonia pensó que la señora Pidal tenía razón. La relación entre la novela de Cesario Pidal y que hubiera sido elegida de antemano, para asesinarlo después, carecía de todo fundamento. Y además, establecer una relación entre un escritor y una bibliotecaria, era de perogrullo.

—Si nos disculpa —forzó una despedida la señora Pidal.

—Una cosa más —la interrumpió de nuevo la detective.

—¿Sí?

—Supongo que se lo habrá preguntado la policía, pero ¿sabe si su marido tenía algún enemigo?

La señora Pidal se quedó pensativa, como si quisiera dar una respuesta acertada.

—La policía me lo preguntó, es cierto. Pero quizá no les dije toda la verdad. —Sonia abrió los ojos de par en par—. Mi marido era un hombre bueno, pero los enemigos se los granjea uno no porque sea malo, sino porque lo odien. Y el odio, es una certeza, no es algo matemático. Unos días antes de morir en el accidente de tráfico, había sentido inquietud porque, según me dijo, lo estaban siguiendo.

—Siguiendo, ¿quién?

—No me lo dijo. Tan solo lo comentó una vez, en que lo vi cabizbajo en el salón de nuestra casa.

—Mamá, ya es suficiente —la llamó su hijo desde la puerta de la casa, para que entrara.

—Espera —le dijo balanceando la mano—. Solo será un momento. Él —se dirigió a Sonia—, creía que le estaban siguiendo. Me dijo que había visto a un hombre merodeando por la calle.

—¿Se lo describió?

—No. No llegó a hacerlo, porque quiso restarle importancia a ese detalle. Ya sabe lo que dicen...

—¿Qué? ¿Qué dicen?

—Que cuando ocurre algún hecho trascendental en tu vida, tus recuerdos lo relacionan todo con ese hecho.

Sonia se despidió bailando las últimas palabras de la señora Pidal en su cabeza. Le pareció una buena teoría para resumir que cada problema es el centro del Universo para el que lo sufre.

## Capítulo 17

—Sí, ¿qué ocurre ahora? —dijo, nada más descolgar su teléfono móvil, el juez Aprilio Cortés. En la pantalla vio el nombre del fiscal Elías Zamarreño.

—Soy yo —le dijo el fiscal.

—Ya lo he visto —le recordó que en la pantalla había salido su nombre.

—Le estoy dando vueltas a la reunión de pasado mañana —se sinceró con su amigo—. Creo que deberíamos suspenderla.

—No me vengas con eso ahora —protestó el juez—, cuando ya me habías convencido la última vez que hablamos de que deberíamos mantener nuestra agenda.

—Sí —rebatía el fiscal—, pero es que han ocurrido una serie de cosas nuevas que hacen que me replantee asistir.

—¿Cosas nuevas? ¿De qué cosas hablas?

—Es referente a la investigación de esas muertes —resopló—. La del escritor comienza a no estar tan clara.

—¿La de Cesario Pidal? —se interesó el juez.

—Sí. Tengo amigos que trabajan en la investigación y me han dicho que quizá hay una mujer involucrada.

—Una mujer. Una mujer... ¿qué mierda es eso de una mujer, Elías?

—Cesario Pidal murió en un accidente de tráfico —refrescó la memoria.

—Sí, eso ya lo sé —se molestó el juez.

—Hasta ahora se ha sostenido que viajaba solo y que su coche se salió de la carretera nacional que une Pinto y Valdemoro y se estampó contra un árbol. Todo correcto. Los investigadores no habían hallado ninguna prueba ni vestigio que relacionara la muerte del escritor con nadie más. Pero ya sabes cómo son estas cosas: el peso mediático, la prensa, etcétera. Todas las miradas se han posado irremisiblemente sobre nosotros. Todo el mundo de Guadalajara, Madrid y cualquier pueblo que haya entre Guadalajara y Madrid está pendiente de lo que hacemos, de lo que decimos y, lo más importante, de la próxima reunión del club. ¿Sabes cómo nos han bautizado?

—No —respondió secamente el juez.

—El club de la élite. Nos llaman el club de la élite —repitió como si eso fuese intolerable.

—Háblame de esa mujer que has mencionado antes —trató de centrar la conversación el juez, cuando vio que el fiscal se había vuelto nostálgico en el tono de voz.

—Ah, sí, la mujer. Bueno, sé que por los puestos de la Guardia Civil, las comisarías de la Policía Nacional de la zona y las de las respectivas policías locales, no hace más que pasar gente aportando información, la mayoría extraña e inconexa. Todo el mundo dice que vio algo, que escuchó algo o que conoce a alguien que le ha dicho que vio algo o que escuchó algo. Hace unas horas alguien de esos que te comento se ha pasado por la comisaría de la policía local de Valdemoro. Es un vecino del pueblo que tiene un pequeño terreno con una barraca al lado donde cultiva pepinos y patatas. Entre semana trabaja de fontanero en la ciudad y el fin de semana se lo pasa en la cabaña. El caso es que la policía le ha tomado los datos y el tío ha contado una historia de lo más curiosa. Mira, dice que durante el mes de mayo estuvo durmiendo todos los fines de semana, menos uno, que no recuerda si fue el tercero o el cuarto, en el interior de la caseta que tiene en su terreno. Cuenta que en esas tres noches aparcó un coche al lado del terreno, cerca de donde planta las patatas, y por las luces tenues del interior supo que era una pareja.

—Unos folladores nocturnos —dijo el juez.

—Sí. El vecino ha explicado que no es raro que los fines de semana lleguen, hasta la zona donde tiene la caseta, varios coches. Él se limita a anotar la matrícula por si después detectara algún destrozo y así denunciarlo. Nos ha dicho que es algo habitual que lleguen esos coches, pero lo que le llamó la atención es que el coche al que se refiere era un Chrysler 300 de color plata.

—No te entiendo —interrumpió el juez—. ¿Qué tiene de extraño ese coche?

—Vamos, Aprilio. Los que van a follar con sus amantes en el coche lo hacen con un Seat, un Renault, un Citroën o un Opel. Pero nadie se pierde en un campo de patatas con un Chrysler 300. ¡No me jodas! Quien tiene ese coche dispone de un desahogo económico como para irse a un hotel, y de lujo.

—¿Un Chrysler 300 de color plata has dicho? ¿Como el que conducía Cesario Pidal cuando murió?

—No como el que conducía, sino el que conducía. El hombre que aporta la información había anotado la matrícula la última vez que lo vio, y es la misma.

—Ergo, nuestro escritor tenía una amante —afirmó el juez.

—Según ha contado ese testigo, sí.

—¿Sabemos quién es?

—No aún. Pero no creo que tarde mucho en saberse. Pero en cualquier caso, que Cesario Pidal tuviera una amante no prueba nada —dijo el fiscal con voz sumisa.

—Espera, espera, Elías —elevó la voz el juez—. Espera, que nos conocemos desde hace muchos años. A mí no me puedes engañar; aunque te lo propongas. Te conozco, y conozco tu voz —chasqueó los labios—. ¿Quién era la amante del escritor Cesario Pidal?

El fiscal cogió todo el aire que sus pulmones pudieron atrapar. No podía engañar a su amigo el juez; aunque se esforzara en hacerlo.

—Está bien, Aprilio. No quería decírtelo aún, porque todavía se está investigando, quizá seas tú el que tenga que juzgar este crimen, y es mejor que no haya interferencias. La amante de Cesario Pidal era Beatriz Quintana.

—La esposa del alcalde Alejandro Medina.

—La misma.

—Hay que joderse —exclamó.

## Capítulo 18

Sonia se había quedado sola en el piso de Esther en el barrio Imperial, distrito de Arganzuela, mientras que ella estaba en Correos. Se había trasladado unos días al piso de su amiga porque pensó que le vendría bien, tras conocer la muerte de Luismi. Después regresaría a casa de Pau, al que Sonia agradecía la impagable ayuda de su amigo y los esfuerzos titánicos para auparla y que ella saliera de esa inacabable crisis en que se había sumido desde que se separó.

Su único objetivo, en ese caluroso mes de julio, era conseguir los suficientes encargos en su agencia de detectives como para independizarse económicamente. Lo de alquilar el despacho de la calle Carretas fue un riesgo, seguramente innecesario, del que temía tuviera que sacarla, una vez más, su amigo Pau. Él siempre fue muy amable y considerado con ella y, hasta que no pudiera costearse un alquiler, tendría que vivir con él en su piso de Getafe Norte. Pero ya tendría tiempo de pensar en eso, se dijo Sonia, cuando esa mañana la dedicó a recopilar los datos de que disponían respecto a la investigación del club de lectura. En su memoria permanecía el cartel que mandó confeccionar y que habían pegado en uno de los cristales de la oficina:

*Sonia Ruiz*

*Detective Privado*

*Vigilancias*

*Localización de personas*

*Control de custodia*

*Bajas fingidas*

*Presupuestos Personalizados*

Lo de anunciarse como si fuese una licorería, había pensado la detective que tenía su punto publicitario. Sabía, y se apenaba por ello, que los detectives habían quedado relegados a eso, precisamente, a investigar fraudes a la Seguridad Social y a la localización de personas. Pero no era un desprecio de la sociedad hacia ellos, sino que suponía una oportunidad. La policía investigaba el ámbito público, mientras que los detectives hacían lo mismo, pero en el privado. Por eso ella era una «detective privado», porque llegaba a dónde no llegaba la policía. La muerte de Luis Miguel suponía una oportunidad de aclarar un hecho, que podía ser delictivo, desde una perspectiva privada. Resolver lo que estaba ocurriendo en ese chalé supondría, no tenía ninguna duda, en un espaldarazo lo suficientemente potente como para que el teléfono de su recién creada oficina no dejara de sonar en todo el día. Todo el mundo querría contratarla. Todo el mundo querría resolver asuntos que la policía no investigaba, o que cerraba en falso, por un tema puramente estadístico, o por presiones. La policía, le constaba, también recibía presiones. Y los detectives no estaban sujetos a esas coerciones, lo que les daba un margen de libertad superior.

Desconocía qué estaban haciendo en esos instantes los investigadores, ni siquiera si sospechaban que lo de Luis Miguel no había sido un accidente. Tampoco le constaba que el CNI estuviera indagando. En su memoria rebuscó algunas de las últimas palabras que escuchó de la boca de Luismi, como si ese recuerdo le pudiera aportar algún detalle nuevo que le sirviera para esclarecer lo sucedido. Pero en su ausencia solo recordó momentos felices. La última vez que se vieron fue en la estrecha cama de su estudio de Alcorcón. Y ese era el recuerdo que quería conservar de él.

—Estoy harto de tanto cacique y de tanta puta —había dicho la última vez que hablaron.

Y si lo dijo, es porque se refería a esos hombres del club de lectura. ¿Qué había querido decir con esas palabras? Posiblemente que estaba cansado de investigarlos. ¿Y por qué harto de tanta

puta? Una de las probabilidades pasaba porque esas reuniones tuviesen un carácter sexual. Pero le parecía impensable que en una pequeña urbanización llegaran prostitutas sin que nadie se diese cuenta. Además, y de eso podía estar segura, a un putero se le pilla enseguida. Y bajo esa hipótesis, ¿qué tendría que ver la muerte de un escritor y un detective privado?

Los dos, Pau y ella, se habían dividido las tareas, gracias a los domicilios de que disponían por mediación de Esther. Ya había estado en Mataseña, hablando con la señora Pidal: Olga Huerta. Mientras que Pau viajaba a Las Rozas a bordo de su Piaggio, a entrevistarse con Silvestre Carcasona. Así que solo le quedaba entrevistarse con Jerónimo Pascual, el escritor de Guadalajara cuya novela iba a comentarse ese 31 de julio.

Antes de viajar a Guadalajara, algo que haría en el tren cercanías de Atocha, pensó en bajar a la tienda de comestibles que había debajo del piso de Esther. Era de imperante necesidad nutrir la nevera de Coca-Colas y el armario de bolsas de pistachos y una botella de whisky, aunque fuese del barato, para la próxima reunión que mantuvieran los tres.

Sonia se asomó a la puerta del comercio cuando eran casi las doce del mediodía. En ese instante no había nadie en el interior, tan solo una chica sudamericana que limpiaba una estantería que había detrás de la caja registradora y el chico moreno que apilaba un conjunto de cajas de agua alrededor de la puerta de entrada.

—Buenos días, señorita —la saludó con espléndida simpatía.

El mulato vestía un mono de color azul descolorido, abierto hasta el ombligo y descubriendo un pecho depilado y terso, del que no pudo escapar la mirada de Sonia.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Mientras Sonia pensaba una respuesta, recordó la película *Abierto hasta el amanecer*, donde un desquiciado Tarantino imaginaba a una espléndida y jugosa Juliette Lewis preguntándole: «¿Me puedes comer el coño?». Evidentemente ese comentario solo estaba en la imaginación de Tarantino, que con ojos desorbitados le pedía que se lo repitiera.

—Señorita, ¿la puedo ayudar en algo? —repitió el mulato ante la tardanza de Sonia en responder.

—Sí, claro —le dijo finalmente—. Quiero esas dos cajas —señaló dos paquetes de doce latas de Cola-Colas.

El mulato, lejos de amilanarse, soltó una sonrisa que se le escabulló por debajo de unos labios gruesos y carnosos. Cogió las dos cajas de Coca-Colas, que se echó al hombro como si fuera un trapo ligero, y le dijo a la chica de la caja registradora:

—Enseguida regreso, Martina.

Los dos subieron al piso de Esther en el ascensor. La detective abrió la puerta y el mulato dejó las cajas en el suelo, al lado de la puerta de entrada. En ese momento sonó el teléfono fijo de la casa de Esther.

—Alguien llama —exclamó el mulato.

—Sí, ya lo oigo —dijo desagradable Sonia.

El chico de la tienda se marchó y Sonia se quedó pensativa. A su memoria vino el recuerdo del inspector Arcadio Palacín. Quizá debería llamarlo por teléfono y solicitarle ayuda, pero en su recuerdo prevalecía más la parte negativa de esa relación, que la ayuda que ese gilipollas de inspector le podía prestar.

Mientras el teléfono del piso de Esther seguía sonando, Sonia abrió una lata de Coca-Cola. Dio un sorbo, y seguidamente escupió en el fregadero de la cocina.

—Esta mierda no se puede beber tan caliente —protestó.

Y se dispuso a viajar a Guadalajara, donde tenía que entrevistarse con Jerónimo Pascual, el

escritor de la tercera novela que estaba leyendo el club de la élite y que comentarían en la próxima reunión.

## Capítulo 19

Esther se había cansado de llamar al teléfono móvil de su amiga Sonia y al fijo de su propia casa, donde se supone debía estar ella durante esa mañana. Parecía que a Sonia se la había tragado la tierra. Cuando al final logró que le cogiera el teléfono, se mostró visiblemente enfadada.

—¿Dónde estabas? —le espetó—. Llevo un buen rato llamándote.

—Voy de camino a Guadalajara —contestó Sonia—. Me he entretenido llenando la nevera de Coca-Colas.

—Ah, vale. Estupendo. Mira, ahora estoy en Correos.

—Suerte que tienes —replicó Sonia.

—Suerte. ¿De qué?

—De trabajar en Correos y cobrar aunque no hagas nada.

—Oye, mona —le siguió la broma—. Que nosotras también trabajamos.

—Ya, ya. Dime, ¿qué ocurre?

—Bueno, ya sabes que los de Correos nos enteramos de todo. He recopilado alguna información que quizá os sea útil a ti y a Pau.

—Como te dije, Esther, es mejor que no te metas y te mantengas al margen. Este asunto no es una investigación vulgar y es peligroso. Te recuerdo que el detective que investigó el primer crimen, se ha convertido en el segundo crimen. No quiero que por ayudarnos te metas en problemas.

—Tranquila, no te preocupes. Es información sin importancia que voy recopilando de aquí y de allá, sin preguntar. Lo único que hago es memorizarla y transmitírtela a ti tal y como me llega. Lo que tú hagas con esa información es cosa tuya.

—De acuerdo, ¿qué has averiguado? —se interesó Sonia.

—El ama de llaves del chalé de Caraquiz fue bibliotecaria durante toda su vida. Se jubiló hace un par de años, cuando cumplió los sesenta. Y desde entonces está empleada en la casa de Alejandro Medina. Un repartidor de esa zona me ha comentado que le embargaron su casa, pero no sabe por qué. Quizá ahí está la explicación del porqué trabaja en el chalé del alcalde, porque entre otras cosas reside ahí todo el año.

—Bien, ¿qué más? —le preguntó. Todo lo que le acababa de decir Esther ya lo sabía porque se lo habían dicho entre Beatriz y la señora Pidal.

—Esa señora es amiga del alcalde —siguió contando—, y por lo que me han dicho no es una empleada, sino que es algo así como un ama de llaves que cuida la propiedad y se encarga de organizar los encuentros, las cenas, el mantenimiento de la finca y cosas de ese estilo. De hecho es la que recoge la correspondencia en la casa.

—Entiendo. ¿Alguna cosa más? —Hasta ese momento Esther no le había aportado nada nuevo, pero no se lo dijo para no desairarla.

—Al ser bibliotecaria conoce a muchos escritores, y no solo por el nombre, sino porque ha tenido relación con ellos a lo largo de su vida en la biblioteca. Me ha dicho el repartidor que la señora Pidal incluso organizaba clubes de lectura mensuales en la biblioteca, como forma de animar a la lectura.

—Pues por lo que parece no acertó con el primer título —dijo Sonia—. Todo el mundo coincide en que es un libro muy malo.

—Eso mismo pensé yo cuando me enteré —dijo Esther—. Pero dándole vueltas creo que esa

señora, Rebeca Matamoros, puesto que es el ama de llaves encargada de organizar el chalé del alcalde Alejandro Medina, hubiera ofrecido el título del libro de Cesario Pidal como forma de promocionarlo.

—¿Promocionarlo? —sonrió Sonia—. ¿Cómo va a promocionar un libro tan malo? Yo creo más bien que...

—¿Qué, Sonia? No me dejes en ascuas.

—Estaba pensando que quizá no estamos orientando bien el foco.

—¿Qué foco? ¿De qué coño estás hablando?

—Sí, en lo del libro. Decimos que el primer libro que se eligió para el club de lectura era para promocionar a su autor, cuando quizá se escogió para «perjudicar» a los lectores. Te lo explico para que lo entiendas enseguida. La señora esa, la bibliotecaria, no está a gusto trabajando en la casa.

—¿Es una suposición o una certeza? —la interrumpió Esther.

—Una suposición. De momento todo son elucubraciones. Pero después de decirme que quizá le habían embargado su casa, es probable que esté empleada en el chalé por necesidad.

—Te escucho.

—Bien, te decía que la señora esa no está a gusto en esa casa. Hay que tener en cuenta que ha sido bibliotecaria durante años y ahora es una, como te diría, una empleada del hogar. Pero cobra mucho dinero y por eso aguanta hasta que cumpla los sesenta y cinco, creo que le queda poco, y se jubila. El alcalde le dice que, como ella ha sido bibliotecaria, que le recomiende algún título para leer en su club. Evidentemente al alcalde no se le ocurre ninguno, porque si no lo hubiera decidido él en vez de preguntarlo...

—Y le dice el peor que le viene a la cabeza —interrumpe Esther sin dejar que Sonia termine de hablar.

—Ahí quería ir yo. La bibliotecaria les recomienda el peor libro que podían leer.

—Y le hacen caso. Y lo leen.

Sonia se pasó la mano un par de veces por la cara. Le costaba pensar con claridad. No conseguía establecer la conexión entre el club, los escritores y las muertes.

—¿Y Luismi? ¿Por qué lo matan a él? —interpela Esther.

—Eso aún no lo sé, tía. No puedo saberlo todo —reclama suplicante—. Pero lo que si te puedo decir es que la señora Pidal me ha dicho que su marido estaba preocupado los últimos días antes de morir, porque decía que un hombre merodeaba su casa. Cree que lo seguía.

—Bueno, eso es una reacción normal —le restó importancia Esther—. Todo el mundo se siente vigilado en algún momento de su vida.

—Bueno, te dejo, que estoy llegando a Guadalajara. Luego te veo.

—Suerte.

—Y gracias por la *info*. Al final te tendré que contratar como detective. —Se despidió Sonia.

## Capítulo 20

Pau llegó a la casa de Silvestre Carcasona, en un barrio residencial de Las Rozas, a bordo de su escuchimizada motocicleta. En el trayecto desde Madrid había aprovechado para escuchar en su iPod la canción Apolo y Dafne, de Sharif.

*Ella estaba divorciada de Cupido*

*Yo había prometido no enamorarme jamás (¿no?)*

*Verás, ella tenía miedo a equivocarse*

*Mientras yo solo quería equivocarme una vez más*

Carcasona vivía en Las Rozas desde que se casó con Mayte, la hija del director de una oficina bancaria que había tenido muchos problemas por el asunto de las Preferentes. El padre de Mayte, un banquero sin escrúpulos, había endosado Preferentes sin piedad a los ancianos que tenían cuenta en su oficina, lo que le llevó a afrontar numerosas demandas que desembocaron en enemistad con la mayoría de clientes de su oficina. El matrimonio tenía dos niñas de corta edad, de 6 y 8 años, que estudiaban en un colegio privado. Los cuatro subsistían de la ayuda del banquero, ya que Silvestre Carcasona, como escritor, era un fiasco.

Pau aparcó el ciclomotor en la calle, en un hueco que había libre entre un Mercedes Clase A y un BMW X3. Un vecino, que tendría al menos ochenta años, estaba regando unos geranios con una manguera de color amarillo y posó sus ojos sobre Pau, como si le preocupara que ese joven de brazos tatuados estuviera circulando por su barrio.

—Joven —se dirigió a él—. ¿Qué busca?

—Estoy buscando la casa de Carcasona —respondió Pau, mientras se descolgaba los auriculares de las orejas.

—Ahí. —Señaló el anciano con una mano artrítica, pero firme.

Pau se plantó delante de una enorme puerta acristalada y pulsó el timbre.

Enseguida, Carcasona le abrió la puerta vistiendo un elegante y discreto batín de andar por casa. Sus pies calzaban unas afeminadas babuchas con dos bolas de lana rojizas que las recubrían casi por completo.

—¿Sí? —dijo con expresión adusta.

—¿Silvestre Carcasona? —preguntó Pau.

—El mismo que viste y calza —sonrió.

—Tengo que hablar con usted —dijo mostrando su carné del CNI.

Carcasona observó un carné donde había inscrito en letras mayúsculas: Centro Nacional de Inteligencia.

—¿Es auténtico? —preguntó dudando.

—Por supuesto —apostilló el joven agente, sin perder en ningún momento una sonrisa entre cínica y áspera.

—¿Y qué quiere de mí?

—Estamos investigando la muerte de Cesario Pidal —soltó con furia Pau.

Carcasona levantó los ojos por encima de los huesudos hombros de Pau, como si esperase contemplar a más agentes en el exterior de su casa. Pero Pau estaba solo, detrás de él solo había el vecino ochentón regando los geranios, que ni siquiera se había entretenido en observar cómo los dos hombres conversaban. Incluso la brigada de protección le había retirado el vehículo con dos agentes que durante esos días estuvo aparcado en su calle. Una de dos, o para la policía se había desvanecido el peligro de que fuese el siguiente de la lista o que no disponían de policías

suficientes como para escoltar a todo el mundo.

—Está bien —acató—. Pase.

Pau accedió a la vivienda.

—No le entretendré mucho —le tranquilizó.

—Últimamente vienen muchos como usted por aquí —dijo el escritor.

—Como yo le aseguro que no —replicó con suficiencia Pau.

—Está en lo cierto señor...

—Llámeme Pau. No me gusta lo de señor, me hace mayor de lo que soy.

—¿Le apetece tomar algo?

Pau miró el reloj, como si ese dato fuese importante para decidir si aceptar la oferta del señor Carcasona. Pero en realidad quería ganar tiempo. De las pocas cosas buenas que había aprendido como investigador es que la prisa es una mala consejera. No hay que correr y además hay que exportar tranquilidad y sosiego en las entrevistas. Carcasona no era sospechoso de nada, pero convenía que se relajara y hablara con claridad. Cualquier dato que aportara podía ser determinante.

—¿Conocía a Cesario?

—Sí, claro. Todos nosotros nos conocemos —respondió.

—Cuando dice «todos», ¿a quién se refiere?

—A nosotros. A los escritores. En definitiva somos como un colectivo. Como los son ustedes —especificó—. O acaso no conoce usted a los otros agentes. —Pau cabeceó en señal de afirmación—. Y hablando de eso —hizo un inciso—. ¿Qué hace el CNI investigando la muerte de un escritor en un accidente de tráfico? No me va a decir ahora que detrás de ese accidente hay algo oscuro.

Pau aceptó la perspicacia del señor Carcasona. Era evidente que algo extraño había en toda esa investigación. Y de eso es de lo que se trataba, precisamente, de desmadejar la madeja.

—Así es. No le falta razón. Le quería preguntar si para usted el accidente de tráfico de Pidal fue eso, un accidente.

—Cómo me lo pregunta.

—No le entiendo.

—Sí, en calidad de qué me lo pregunta —insistió Carcasona—. Si es como amigo de Pidal, como ciudadano o como escritor.

—¿Serán respuestas diferentes según la condición?

—Claro, por supuesto —replicó el escritor—. Hay una versión muy novelada en todo este asunto, que daría para una serie completa de televisión.

—El club de la élite —dijo Pau.

—Efectivamente.

—¿Y la resolución? Siempre hay una explicación que pasa por detener a los culpables.

—¿Los?

—Si son varios, sí.

—¿Por qué lo dice? —preguntó el escritor.

Pau se sintió molesto. Había pasado a ser el entrevistado, en vez del entrevistador. Tenía que tomar las riendas de nuevo si no quería quedar como un estúpido.

—Según usted, cómo se resuelve esta, digamos, novela.

—El móvil —dijo sin apenas pensar—. Lo segundo que hay que buscar es el móvil. Y no me refiero al teléfono —sonrió irónico—. Usted ya me entiende.

—Si, le comprendo. Un móvil que explique el porqué se han podido cometer los crímenes.

—Así es.

—Me ha dicho «lo segundo».

—Sí, porque para llegar al móvil, primero hay que establecer una relación. En una novela sería algo así a lo que une todas las partes. Un vínculo.

—El club de la élite —dijo Pau.

—Es posible, ya que sus miembros se reúnen y conversan sobre literatura. Pero hay que descartarlo por obvio.

Pau ya había propuesto al enterarse de la muerte de Luismi, que el objetivo de ese club fuese algo así como un juego. Como el Cluedo ese donde se trata de investigar un asesinato. Un juego llevado al terreno real. Pero no tenía mucho sentido que ese tipo de gente, y el peso mediático y poderoso que ostentaban, se dedicara a esas cosas.

—¿La bibliotecaria?

—Ah, la señora Matamoros. No, en absoluto. Ella es una amiga. No le niego que haya participado en la elección de las novelas. Hace bien en mencionarla, mi querido investigador, porque Rebeca es un vínculo entre nosotros. Nos conoce, la conocemos y conoce nuestra obra. Pero no, ella no es el enlace que está usted buscando.

Pau comenzaba a ponerse nervioso. Le faltaban pocos segundos para que explotara. O ese hombre se estaba burlando de él o era un engreído que se creía sus propias opiniones sobre los crímenes.

—Bueno, no tengo todo el día, ¿sabe? Si tiene algo que decirme, me lo dice. Y si no aquí hemos terminado. Solo quería saber si tenía usted alguna información interesante para aclarar lo sucedido.

—¿Está grabando esta conversación?

Pau arqueó las cejas.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque le voy a dar una información que quizá le sea útil, joven. Y supone el enlace en al menos dos de las partes del entuerto.

—Soy todo oídos.

—La señora alcaldesa quizá sea algo ligera de cascos.

—Entiendo —aceptó Pau—. Pero eso es tan antiguo que ya no creo que sirva ni para justificar un crimen. ¿Se entiende con los escritores? ¿Se refiere a eso?

—Sí, a eso me refería. Pero por lo que parece a usted no le parece motivo suficiente como para matar a alguien.

—Bah, rechazó Pau. Eso servía en los años cuarenta —dijo con desdén—, cuando un marido cornudo mataba por despecho. Pero ahora ya no tiene sentido.

—¿El marido? ¿Y quién le dice que hablaba del marido?

## Capítulo 21

Alejandro Medina y Alfredo Cabrera habían quedado por la tarde en el chalé de Caraquiz, cuando faltaban dos días para la siguiente reunión del club de lectura. Cabrera llegó a bordo del coche oficial de la Diputación, conducido por un conductor del parque móvil. Como casi siempre era el mismo conductor fueron conversando durante el trayecto desde Madrid. El coche aparcó frente al chalé, después de sortear el control de acceso de la empresa de vigilancia de la urbanización. En la puerta le esperaba, visiblemente inquieto, el alcalde de Mataseña.

—Buenas tardes, Alfredo —lanzó la mano—. Mejor pasamos dentro —le dijo.

Los dos accedieron al interior del chalé. Cabrera saludó a la señora Matamoros, que los esperaba en el vestíbulo, estrechando su mano; el ama de llaves nunca aceptaría un cruce de besos.

—¿Les apetece tomar algo? —consultó mirándolos a los dos.

—No. Gracias —rechazó Cabrera.

—Sí, hombre —insistió Medina—. Tómame un café aunque sea.

—Está bien —accedió—. Un café con leche estará bien.

La señora Matamoros se adentró en la cocina y ellos se fueron al salón de la espaciosa casa. Se sentaron en los butacones de piel que había frente a una chimenea que estaba apagada en esa época del año.

—¿Para qué me has citado? —pasó al ataque Cabrera.

—Le he estado dando vueltas a lo de la próxima reunión —comenzó a hablar el alcalde—, y creo que lo mejor es que sigamos con lo nuestro y no la desconvoquemos. —Cabrera cabeceaba asintiendo, mientras Medina hablaba—. Creo que ya no hay ninguna duda de que la muerte de Cesario Pidal fue un accidente. Un fatal accidente —corrigió—. Que Silvestre Carcasona no corre peligro, por mucha vigilancia que le pongan o por mucho que la prensa de izquierdas nos quiera apuntar con su dedo acusador. Y que debemos seguir con nuestro plan de conversar sobre la novela de Jerónimo Pascual, porque así lo habíamos proyectado. Pero...

—Siempre hay un pero, ¿verdad? —sonrió Cabrera.

—Sí, y esa es la idea que quería proponerte, que en la reunión de pasado mañana también esté presente el autor de *Escalera de la muerte*. ¿Qué te parece?

El presidente de la Diputación se pellizcó la barbilla con dos dedos, como si acariciase una inexistente barba.

—Bueno, es una excelente idea. Eso tranquilizaría a los catastrofistas que auguran que todo lo que comentamos aquí —golpeó el parqué con el tacón de sus mocasines— desemboca en una muerte.

—Me consta... —Cabrera sonrió—. ¿De qué te ríes?

—No, que has dicho «me consta», cuando la izquierda siempre se ríe de nosotros porque solemos decir «No me consta».

—Ya, muy graciosos todos. Decía que me consta que la Policía y la Guardia Civil están investigando el accidente de Pidal, y concluirán, en no demasiados días, que no hubo asesinato, sino que fue un accidente de los miles que hay en nuestras carreteras cada año.

—¿Y ese detective? —preguntó Cabrera—. El que parece ser que contrató la señora Pidal para que investigara la muerte de su marido.

—Este mes ha sido el mes de julio, de los últimos veinte años, en que más incendios ha habido en toda España. Que un chico fallezca en el interior de su coche, calcinado, en un incendio

provocado, o no, en Torrejón de Ardoz, no es motivo para levantar tantas sospechas como se han levantado. Esa muerte, aislada de la otra, no hubiera tenido mayor importancia. Lo que alarma a la opinión pública es la relación de las dos muertes y la relación de la muerte de Pidal con que hubiéramos leído su novela. ¿Te das cuenta, Cabrera? ¿Te das cuenta de que todo es circunstancial y casual?

—Sí. Supongo que tienes razón —dijo cuando entraba en el salón la señora Matamoros, sosteniendo en sus huesudas manos una bandeja que parecía de plata. Sobre la bandeja había dos tazas y una pequeña jarra de leche—. ¿Y usted qué opina, señora Matamoros? —se dirigió a ella.

—¿Qué opino de qué? —replicó, recelosa.

—De esas muertes: la de Pidal y la del detective.

—Bueno, señor Cabrera, ya sabe que yo conozco a todos los autores. Por algo he sido bibliotecaria durante la mayor parte de mi vida profesional.

—Sí, ya lo sé, por eso eligió usted personalmente el primer libro que leímos para la primera reunión —mostró una sonrisa irritante—. Supongo que de otra forma nunca hubiéramos leído esa novela. Me consta que obró de buena fe con el único fin de ayudar a ese autor —miró de soslayo al alcalde, buscando su complicidad—, pero mi pregunta es bastante sencilla: ¿qué opina usted de la muerte de Pidal, por ejemplo?

—Creo que se estrelló su coche contra un árbol en la carretera que une Pinto y Valdemoro.

—Sí. Sí. Eso es lo que dice la policía, la prensa y lo que decimos todos. Pero yo quiero saber su opinión. Su opinión personal, se entiende.

—Estás molestando a mi asistenta —se quejó el alcalde, viendo que el presidente de la Diputación la estaba poniendo en un aprieto.

—¿La molesto, señora Matamoros?

—No, señor Cabrera. No me molesta. Y en respuesta a su pregunta le diré lo que pienso, claro.

—¿Y bien?

—Creo que Pidal murió en ese accidente de tráfico.

—¿Y ya está? —interrogó el presidente de la Diputación.

—Ya te ha respondido, Alfredo. No insistas.

—Un desgraciado accidente en un tramo, que le tengo que recordar, es propenso a que haya accidentes —concluyó la señora Matamoros—. Si no quieren nada más de mí —dijo.

—Sí, gracias Rebeca. Eso es todo —agradeció el alcalde.

—Espere un momento —interrumpió Cabrera—. ¿Y el detective?

La señora Matamoros se giró y sonrió.

—¿Qué ocurre con ese detective? —preguntó.

—¿Si también cree que fue un accidente?

—No. El detective creo que no —respondió antes de irse.

—Todavía no sé cómo convenciste a esa mujer para que te llevara esta casa —le dijo Cabrera a Medina, cuando la señora Matamoros se retiró.

—La conozco desde hace muchos años —respondió—. Es la mejor bibliotecaria que ha tenido la biblioteca de Uceda. A través de un amigo en común me enteré de que se jubilaba y decidí que necesitaba una persona de confianza para llevar esta casa —afirmó—. Y, como has podido comprobar, no defrauda. Desde que está ella todo funciona estupendamente. Además vive aquí, ese fue el trato, y la casa siempre está vigilada cuando no estamos nosotros, ni Beatriz ni yo.

—¿No le has preguntado si tiene alguna relación con Pidal?

—No. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Ya sabes que la policía sigue investigando su muerte, además de la del detective privado. Yo

no entiendo mucho cómo trabajan los investigadores, pero sí que te puedo decir que siempre hay un móvil. Sin el móvil, no hay crimen.

—Pues no sé qué móvil, como dices tú, podría tener Rebeca para asesinar al escritor.

—Ni yo. Pero piensa que ese escritor ha tenido relación con ella.

El alcalde se frotó la barbilla.

—Mmmm —meditó—. Ahora que lo dices...

## Capítulo 22

Sonia caminó desde la estación hasta la calle Don Quijote. En la aplicación «Notas» de su iPhone había apuntado la dirección del domicilio de Jerónimo Pascual, el autor de *Escalera de la muerte*. Cuando llegó, en apenas diez minutos, caminando, le impresionó la fachada de la casa del escritor. Se preguntó cómo coño vivían tan bien esos escritores del montón, cuando sus novelas apenas se vendían. Se plantó en la puerta principal y tocó el timbre un par de veces. Enseguida le abrió lo que parecía una chacha. La chica, de aspecto sudamericano, vestía con una elegante bata larga de color blanco, sin mangas, cuya falda estaba unos centímetros por encima de unas rodillas que percibió hermosas, centrando unas piernas rectas. Su altura era mucho mayor de lo que cabía esperar en una chica latina, pensó Sonia cuando le abrió la puerta.

—¿Qué desea? —consultó con voz melosa.

—Pregunto por el señor Jerónimo Pascual —respondió sin ahondar en detalles.

—¿Tiene usted cita con don Jerónimo? —preguntó la asistente.

A Sonia le chocó el tratamiento de don, ya que lo creía en desuso. No supo por qué en ese instante se imaginó a la asistente a cuatro patas y al tal don Jerónimo entrando por detrás a saco. Su mente le había traicionado y enseguida desechó ese pensamiento por inapropiado, pues estaba allí para investigar.

—No. No la tengo. Pero dígame que soy una amiga de Rebeca Matamoros. —Se lo jugó todo a una carta.

—¿Quién? —preguntó confusa la asistente.

—Rebeca Matamoros —repitió Sonia, más despacio—. Una bibliotecaria de Guadalajara que tenemos como amiga común.

Del interior de la casa asomó una cabellera rubia, que Sonia supo correspondía a Jerónimo Pascual. Antes de viajar a Guadalajara había visto una fotografía suya en la solapa de uno de sus libros y sabía que era de los pocos hombres rubios que aún conservaban todo su cabello.

—¿Quién es? —indagó antes de que sus ojos se cruzaran con los de Sonia.

—Señor Pascual —dijo Sonia, apartando con dulzura a la asistente, que impedía la visibilidad entre ella y el escritor—. Soy una amiga, bueno, conocida, de Rebeca Matamoros —mintió—, quería hablar con usted si tiene un momento.

—Pase, pase —dijo mientras gesticulaba con la mano como si estuviera llamando a un taxi.

La asistente franqueó el paso a Sonia y cerró la puerta de la casa, mientras la detective se situaba detrás de Jerónimo Pascual y lo seguía hasta un enorme salón, cuya mesa estaba llena de folios, algunos arrugados, de los que varios habían caído al suelo. Sonia intuyó que Jerónimo estaba en fase creativa, ya que sobre la mesa también había un ordenador portátil, con la tapa abierta.

—Tome asiento —le dijo a Sonia—. ¿Te apetece tomar algo? —le preguntó a continuación—. Será mejor que nos tuteemos —ofreció—. Casi debemos de tener la misma edad.

Sonia sonrió porque sabía que Jerónimo Pascual y ella eran de la misma edad, ya que había leído su biografía en la solapa de la novela y en un breve artículo de Wikipedia donde indicaban sus datos. Hoy día todo el mundo podía figurar en Wikipedia, incluso los autores mediocres como él, pensó la chica. En ese momento recordó a un conocido suyo que editaba artículos en la enciclopedia por encargo y previo pago pactado. Ese amigo, precisamente, le había dicho que la gente famosa, importante y cuestionable, contrataba a editores para que vigilasen sus respectivos artículos de Wikipedia y para que allí no se cuenten cosas que no se deban contar.

—Tienes una casa preciosa —anotó con una sonrisa de lado a lado de su boca.

Se había sentado en un cómodo sofá de dos piezas, mientras que Jerónimo se sentó en una silla de la mesa que centraba el salón. La bata de andar por casa se abrió ligeramente y mostró una pierna bronceada y depilada.

—Sí —asintió—. Era de mis padres y me la dejaron en herencia cuando fallecieron los dos. En un accidente —añadió.

—Vaya, lo siento —lamentó Sonia, con sinceridad.

La asistenta se personó en el salón y le preguntó a Sonia si quería beber algo.

—Un café —dijo sin pensar demasiado y con el bocadillo de queso y jamón de York que se zampó, en el vagón bar del tren, todavía dándole vueltas en el estómago.

Sonia temía que en algún momento el dueño de la casa estableciera contacto con la bibliotecaria y entonces supiera que ellas dos no se conocían. Pero una investigación como la que llevaba entre manos requería dos cosas: riesgo e inventiva. La inventiva ya la tenía y en ese instante tenía que arriesgarse, ya que no era momento de amilanarse.

—¿Qué opinas de ese club de lectura de Caraquiz que va a comentar tu novela en un par de días? —lanzó su pregunta sin miramientos.

Jerónimo Pascual la miró con cierta inquina.

—Ah, se trata de eso —suspiró—. Ya sabía que tu presencia aquí escondía algo. —Sonia no replicó, prefirió esperar a que el escritor siguiera hablando de forma espontánea—. La verdad es que no tengo miedo, porque no hay nada que temer. Este asunto, el de la muerte de Cesario Pidal, el club de la élite, como lo conocen, y la intriga que lo envuelve todo, realmente, me beneficia.

—No te entiendo. Te beneficia, ¿en qué sentido?

—Ya sabes lo que dicen, ¿no? Que hablen de uno; aunque sea mal —dijo antes de una pausa que duró unos interminables segundos. Momento que Sonia aprovechó para cambiar de posición en el sofá y descruzar y cruzar las piernas de nuevo, gesto que Jerónimo siguió con atención—. Te cuento esto, porque una mala noticia, como fue el caso de la muerte de Cesario, es publicidad gratuita. El tiempo dirá, pero preveo un interés elevado de nuestras novelas. Y si no, al tiempo. No sé quién eres, aunque intuyo que serás policía —Sonia cabeceó negativamente—. Pero eso me es igual, el caso es que comprendo, aunque no comparto, que la prensa y la policía anden hurgando, buscando y rebuscando un nexo entre nosotros, la bibliotecaria que desde hace unos años trabaja en esa casa, y esos hombres que se reúnen en el club. —La asistenta accedió al salón y dejó una bandeja con dos tazas de café, una jarra de leche y un plato con galletas, sobre la mesa, al lado del portátil cuya tapa había cerrado el escritor—. Gracias, Elvira —le dijo Jerónimo, antes de que la chica se retirara.

—¿Quién crees que mató a Cesario Pidal? —preguntó Sonia, directamente. Buscaba pillar desprevenido a Jerónimo y que este le dijera lo que supiera de la muerte del primer escritor.

—No creas que no le he dado vueltas al asunto —dijo—. No sé si sabes que Cesario, Silvestre y yo somos amigos. —Sonia cabeceó de izquierda a derecha varias veces—. Y no me refiero a conocidos, sino a amigos de quedar a tomar copas. Yo llevo separado de la que fue mi esposa seis meses. Y el siguiente en divorciarse iba a ser Cesario, ya que su mujer no aguantaba más cuernos. El único que es fiel y feliz es Silvestre Carcasona.

—¿Cesario Pidal tenía amantes?

—Amante que yo sepa —replicó—. En singular.

—Supongo que no puedo saber de quién se trata —le guiñó un ojo.

—No hay problema —sonrió—. El único o la única que no debe saber que es un cornudo es, precisamente, el cornudo. Ya sabe lo que dicen, que es el último en enterarse.

—Y bien...

—La amante de Cesario es, era —se corrige a sí mismo— Beatriz Quintana.

Sonia recuerda en ese instante que cuando habló con su antigua amiga de la universidad, dedujo que tenía un amante cuando le dijo que no se quedaba en las reuniones del club, y que incluso se iba a dar una vuelta entretanto. Su sospecha se acabó de confirmar en la conversación que mantuvo con el señor Pascual.

—La mujer del alcalde, amante de Cesario Pidal —dijo entre dientes—. Es un buen motivo para matar a alguien —murmuró—. ¿Tú qué opinas? —consultó—. Y te lo pregunto cómo escritor.

—¿Cómo escritor de novela negra?

—Sí, claro.

—Pues ya está en desuso eso de matar por despecho —dijo—. Incluir en una novela que un hombre asesine al amante de su mujer porque se entendía con él, es tan increíble como esas novelas que al final concluyen que todo fue un sueño.

—Ya —se mordió el labio Sonia mientras meditaba—. Los dos sabemos, yo como detective, y tú como escritor, que los actores de una escena deben figurar en la escena. —Jerónimo cabeceó mientras escuchaba las reflexiones de Sonia—. En el caso de Cesario Pidal todo apunta a que fue un accidente. Pero una cosa lleva a la otra. Y si el detective contratado para resolver el primer muerto fallece en, digamos, otro accidente, que a su vez, también es dudoso, entonces la sospecha se transforma en certeza.

—En ese caso —intervino el escritor—, espera a que haya un tercer accidente.

Sonia arrugó la frente.

—¿A qué te refieres?

—Según me has dicho, a ti te han contratado para resolver la segunda muerte, que dices es a causa de la primera. —Sonia asintió con un gesto imperceptible de su barbilla. No quiso decirle que realmente no la habían contratado, sino que fue ella la que se inmiscuyó en la investigación por la amistad que le unía a Luismi y por ayudar a su amigo Pau—. En ese caso tienes muchos números para ser el tercer cadáver.

La reunión había concluido y Sonia salió de la casa del escritor con su teléfono móvil en la mano. Tenía que llamar a Pau y contarle los últimos avances de la investigación. Que aunque no eran muchos, y suponían pasos de hormiga, poco a poco iba concretando más. El hecho de entrevistarse con los escritores aportaba un punto de vista literario a todo lo ocurrido. Sonia había llegado a la conclusión que a veces es mejor un escritor para resolver un crimen que un policía. La explicación es que mientras el policía lo hace por el sueldo, el escritor lo hace por pasión. Y las cosas hechas con pasión dan mejor resultado que las hechas por dinero. Sin duda.

## Capítulo 23

Un coche de gran cilindrada aparcó en la calle del chalé de Caraquiz, detrás justo del vehículo del presidente de la Diputación. El coche lo conducía un escolta, policía nacional, que había sido asignado al juez Aprilio Cortés, y que más que un escolta era un chófer, ya que su señoría se valía de él para moverse por la ciudad sin gastarse un euro en transporte público. Se abrieron las dos puertas traseras y se bajaron el fiscal Elías Zamarreño y el Juez Aprilio Cortés. Los dos miraron con recelo el vehículo del presidente de la Diputación y el del alcalde Alejandro Medina. Del interior del coche del presidente se apeó el chófer, que estaba escuchando música con las ventanillas bajadas.

Zamarreño y Cortés se dirigieron hacia la puerta del chalé del alcalde, mientras que el chófer del primer vehículo y el escolta del segundo se reunieron entre los dos vehículos. El chófer extrajo un paquete de tabaco.

—Están aquí —musitó el juez.

La señora Matamoros les abrió la puerta, no sin cierta sorpresa. Generalmente las visitas al chalé de Caraquiz eran concertadas, previamente, y nadie la había avisado de la llegada de esos dos hombres.

—Señora Matamoros —saludó el fiscal—. ¿Está Medina en casa?

Ella asintió con la cabeza como respuesta y se apartó para que los dos hombres accedieran al salón donde Medina y Cabrera conversaban. Seguidamente echó un vistazo a la calle y observó al escolta y al chófer mientras fumaban.

Zamarreño, al comprobar que el alcalde y el presidente de la Diputación, estaban en la casa, dio media vuelta y se asomó a la puerta, dirigiéndose al conductor y al policía, que humeaban los cigarrillos mientras sonreían. Uno de ellos, seguramente, habría dicho algo gracioso.

—Os podéis ir a tomar algo —les dijo— Ya os avisaré por teléfono antes de que salgamos.

Lo agradecieron, ya que era una costumbre que los escoltas tuvieran que esperar largo tiempo en las puertas de las casas donde iban las personalidades que tenían bajo su custodia. El fiscal, en ese sentido, era comprensivo. Y fuese a donde fuese, siempre tenía en cuenta a su conductor.

—¿Qué ocurre? —preguntó el alcalde cuando los vio entrar.

—Queríamos hablar con vosotros —respondieron al unísono el fiscal y el juez—. Sobre la muerte del escritor Cesario Pidal —siguió hablando el fiscal, en solitario—. Estamos francamente preocupados porque este asunto nos salpique. Y no solo la muerte del escritor, sino la de ese chico, el detective que murió calcinado en el interior de su coche en Torrejón de Ardoz.

—Sí —retomó la iniciativa el juez—. Todas esas habladurías sobre la relación de esas muertes con nuestras reuniones aquí, en esta casa, nos están perjudicando y restando prestigio en nuestras profesiones. Mirad, el otro día, a modo de ejemplo, un secretario judicial, con el que tengo confianza, me dijo que había escuchado en una conversación de pasillo que unos abogados cuestionaban mi imparcialidad. ¿Os dais cuenta? Eso es terrible, que se cuestione la independencia de un juez.

—Tranquilízate, Aprilio —le dijo el alcalde—. Te comprendemos, porque todos estamos pasando por la misma situación. Esa muerte, la del escritor, lo único que ha conseguido es ponernos en el centro de los chismorreos. Por eso es vital que conservemos la calma y la naturalidad, para no levantar más sospechas de las que hemos levantado. Me consta, y vosotros sabéis que es así, que la policía está trabajando en ambos crímenes. Y como no tenemos nada que ocultar, tampoco tenemos nada que temer.

—Buenas noches —se escuchó la voz de una mujer.

Los cuatro hombres que había en ese momento en el salón de chalé se giraron torciendo sus cuellos y clavaron los ojos en la puerta que daba a las habitaciones de la planta de abajo. Centrada en el marco, como si fuese una diosa griega, se había plantado Beatriz Quintana.

—Bea —suspiró el alcalde—. Buenas noches.

—Perdón —dijo—. No sabía que hoy había reunión.

—Una reunión improvisada —sonrió el juez mientras miraba su reloj de pulsera—. Y por la hora casi podíamos cenar —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el alcalde a la señora Matamoros, cuando asomó su pelo canoso por la puerta del recibidor.

—Más visitas. —Sonrió como si se estuviera divirtiendo.

Por la puerta accedían en ese instante Leopoldo Terrín y Severo Bruned.

—Ahora sí que estamos todos —chasqueó los labios el alcalde—. ¿Os habéis citado en mi casa sin decirme nada? —lanzó una pregunta al aire.

Beatriz se encogió de hombros.

—¿Qué ocurre aquí? —emitió el comisario una pregunta que nadie iba a saber responder—. ¿Acaso habéis iniciado la reunión del club de lectura sin contar con nosotros? —dijo mirando a su homólogo de la Benemérita, que observaba impasible al resto de amigos.

Beatriz comenzó a reírse de forma irrefrenable. Se rio tanto que hasta el cigarrillo que sostenía en la mano se le cayó al suelo. La señora Matamoros, se agachó enseguida a recoger la colilla, temiendo que se quemara el parque.

—Medina —dijo el comisario—. ¿Nos puedes explicar qué está ocurriendo aquí?

—¿Por qué habéis venido vosotros? —fue su respuesta.

El comisario miró al guardia civil.

—Porque queremos aclarar la muerte de ese escritor y de ese detective, antes de que nuestra reputación esté por los suelos.

Beatriz se había encendido otro cigarrillo, ante la mirada censuradora del alcalde. Ella sabía que no le gustaba que fumara en el salón, porque ninguno de sus amigos fumaba. Pero esa prohibición parece que no iba con ella, ya que nunca la respetó.

—¿Os dáis cuenta? —dijo el alcalde mirándolos a todos; incluso a Beatriz—. Yo confío en vosotros, y espero que vosotros confiéis en mí. Pero la muerte accidental de Cesario Pidal, por sí sola, solo hubiera sido eso: una muerte de tantas que hay en la carretera. Que ese chico, el detective privado, también hubiera fallecido por accidente, es lo que ha añadido la leña suficiente como para que este fuego nos consuma.

—¿Qué sugieres? —interrogó el comisario.

—Que el objetivo de las dos muertes es atacar nuestro prestigio. Ya sabéis lo poco que cuesta quitar la reputación a alguien en este país.

—Lo poco que cuesta y lo fácil que es —observó Cabrera.

## Capítulo 24

Cuando tuvo lugar la primera reunión del club de la élite, la del 31 de mayo, para comentar la novela del escritor Cesario Pidal, nadie había oído hablar jamás de esos hombres. Ellos eran unos amigos casuales, coincidentes, que se habían ido conociendo en sus respectivos empleos: un alcalde, un presidente de una Diputación, un juez, un fiscal, un comisario y un guardia civil. En alguna ocasión, cuando coincidieron por separado, el juez y el fiscal, o el comisario y el teniente coronel, por ejemplo, habían hablado de literatura, ya que la literatura siempre es un tema recurrente para ofrecer una imagen culta; aunque sea impostada. No hay nada más purista y académico que transmitir la apariencia de que se lee; aunque sea mentira. Esos hombres, los del club de la élite, no habían leído más que libros de texto para sus respectivas competencias, pero no leían novelas. Era muy sencillo atraparlos en sus embustes, pues cuando surgía un tema literario siempre acudían a los clásicos. «Leo a Jorge Manrique» o «leo a Lorca», exclamaban con regocijo. Todo buen lector sabe que, cuando alguien recurre a los clásicos para hablar de literatura, es que no ha leído nada últimamente, y por eso es incapaz de hacer referencia a un autor contemporáneo. Esa gente que cuando se habla de novela negra dice, llenándose la boca: «No hay nada como leer a Conan Doyle». «Perdona, tú no has leído una novela hace años», había que replicar.

Cuando se preparaba la primera reunión literaria, cuya idea original fue del alcalde Alejandro Medina, este echó mano de su ama de llaves, Rebeca Matamoros, ya que era conocedor que ella había trabajado muchos años como bibliotecaria. ¿Quién mejor que una bibliotecaria para hablar de libros? Le contó a Rebeca que quería planificar un club de lectura de novela negra con los amigos que había ido conociendo durante los últimos años y que se habían ido juntando de tanto en tanto durante su actividad política, pero que era primordial estar a la altura. La señora Matamoros le consultó cuánto leían esos hombres. Y el alcalde se sinceró con ella y le dijo que si leían lo mismo que él, entonces es que no leían nada. En esas circunstancias, ¿cómo iban a formar un club de lectura de novela negra de gente notable, cuando sus integrantes eran unos lerdos literarios? ¿Cómo se podían atrever a acometer la lectura y posterior comentario de novelas de autores potentes, complicados o vanguardistas? ¿En qué momento se podían sentar alrededor de una mesa a desmenuzar una obra literaria? Y, lo más preocupante: ¿cómo se iban a arriesgar a que el autor, cuya novela leyeran, participara en la reunión y dejara al descubierto la ignorancia literaria de los miembros del club?

La señora Matamoros, bibliotecaria durante treinta años, quiso burlarse de ellos. Ella conocía a Cesario Pidal. Sabía que era el peor escritor que había conocido jamás. Y que su novela, la más conocida de las que había escrito, *Todos los idiotas*, era infumable.

—Tengo la mejor novela que pueden leer en su reunión —le dijo al alcalde—. Y además es de un autor de la zona. Por lo que si les gusta la novela y quieren conversar con él, estoy segura de que estará dispuesto.

Todo fue según lo estipulado. El club se reunió el 31 de mayo para hablar de la novela de Pidal. Un grupo de personas aparentemente inconexas se juntaban una vez al mes, según su propio plan, para hablar, comentar, disertar, criticar, alabar o censurar, diferentes obras elegidas, supuestamente, al azar. El CNI había abierto una información, dos años atrás, en cuanto tuvo constancia de que esos hombres se reunían de forma programada. Entonces, no tenían ninguna constancia de ello, no se reunían para hablar de literatura, sino que eran reuniones amigables para cenar y charlar. El agente de inteligencia que hizo el seguimiento había sugerido en su informe

inicial que era muy sospechoso que gente tan poderosa se reuniera de forma asidua en una casa particular, propiedad del alcalde. Su jefe, conocido como Albatros, le había dicho que él no vislumbraba nada extraño en esas reuniones. El seguimiento sobre el chalé se había suspendido meses antes. Pero posteriormente ocurrió algo que reactivó las sospechas: la muerte de Pidal. El club de lectura se hallaba inmerso, en la primera semana de junio, en la preparación de la que sería la segunda reunión literaria, cuando resulta que el autor de la novela elegida fallece en un accidente de tráfico en la carretera que une Pinto y Valdemoro.

La policía lo tiene claro. La muerte de Cesario Pidal ha sido un accidente, y no hay nada que los lleve a pensar lo contrario. Pero alguien les envía una nota anónima al buzón de la comisaría de la Policía Judicial de Madrid. Se trata de una información interesante que pueda derivar el trayecto de la investigación. La nota, escrita a máquina de escribir, dice que Beatriz Quintana, esposa del alcalde de Mataseña, se entiende con el escritor. No hay fotos. No hay pruebas. Solo un texto disperso donde se asegura que los dos son amantes. En la memoria de algún vecino aún prevalece la imagen del Chrysler 300 aparcado en algún descampado. Son un hombre y una mujer. Los dos amantes.

La policía se centra en la nota. Está escrita con una máquina a la que la letra «C» no le funciona. Lo saben porque donde debería figurar esa letra solo hay un hueco vacío.

## Capítulo 25

—Creo que ha llegado el momento de aplicar la ingeniería social —dice Pau cuando los tres están en casa de Esther.

Se acaban de sentar alrededor de varios vasos con hielo y Sonia ha vaciado un par de bolsas de pistachos en un plato de plástico que coge de la cocina de su amiga.

—¿Y qué es eso? —pregunta Esther—. Me refiero a la ingeniería esa que comentas.

—¿No has oído nunca hablar del eslabón débil?

Esther lo mira forzando una mueca de disgusto.

—Si quieres que te diga la verdad Pau, a veces me cuesta seguirte.

—¿De qué habláis? —se interesa Sonia mientras sale de la cocina.

—Estaba pensando en la señora Matamoros —le responde Pau—. Esa mujer, por fuerza, es la que más debe saber de todo.

—¿Por qué? —Sonia se ha metido varios pistachos sin cáscara en la boca. La tiene tan llena que hasta le cuesta hablar.

—Por Dios, Sonia, ¿es que nunca has leído una novela de Agatha Christie?

—¿Te refieres a *Muerte en el Nilo* o *Muerte bajo el sol*?

—Por ejemplo —sonríe Pau—. ¿Y sabes alguna que no hayan llevado al cine? —la reta.

—Mmmm, a ver... *El testigo mudo*.

—Me vale. Y en todas esas novelas, ¿quién era el principal responsable?

—¿El mayordomo?

Esther los mira como si estuviera en medio de un partido de tenis.

—Exacto —exclama Pau—. El mayordomo es el que está en todos los fregados.

—La señora Matamoros —dice Sonia.

—Esperad un momento —interviene en la conversación Esther—. Estáis diciendo que esa mujer, la exbibliotecaria es la asesina del escritor y de vuestro amigo.

Pau y Sonia cruzan sus miradas. Seguidamente se echan a reír.

—No, Esther —aclara Pau—. Lo que estamos diciendo es que la señora Matamoros es la que más sabe de todo. Y estoy seguro de que nos podrá explicar lo que ocurre dentro de la casa.

—¿Y ya está? —interroga Esther—. Así de fácil. Habláis con ella y os dice todo lo que queréis saber. Pues si ese es vuestro trabajo —se burla—, perdonad que os diga que hasta yo puedo montar una agencia de detectives.

—¡Vamos! —le dice Pau a Sonia—. Que tenemos trabajo.

Sonia se pone de pie y coge un buen puñado de pistachos que acapara con una de sus manos.

—Toma esto —le dice Pau entregándole un casco de moto.

—¿En la Piaggio?

—En la Piaggio —replica.

—¿Se puede saber a dónde vais? —les pregunta Esther.

Los dos salen por la puerta como respuesta.

Al pasar por la valla de seguridad el vigilante los detiene. Les solicita que se identifiquen y Pau le muestra su carné del CNI. El vigilante se cuadra como si el que estuviera allí delante fuese un general y los deja pasar a bordo del ciclomotor sin más preguntas ni requerimientos.

Cuando llegan a la calle de la urbanización de Caraquiz, observan como hay varios coches aparcados frente al chalé del alcalde que, sin duda, son oficiales. Vehículos de alta gama con

antenita en el techo, colores oscuros y cristales tintados. Lllaman a la puerta. Enseguida les abre una mujer de unos sesenta años, que viste elegante. Por su aspecto parece la dueña de la casa. Pero Pau y Sonia la conocen. Saben que es el ama de llaves del chalé del alcalde. La dueña era más joven y Sonia había conversado días atrás con ella.

—¿Qué desean? —consulta.

La señora Matamoros los observa con parsimonia, como si la presencia de esas dos personas bajo la pequeña marquesina del chalé no fuese importante para ella.

—¿Señora Matamoros? —interpela Pau—. ¿Es usted la señora Matamoros? —insiste impaciente.

—Sí, soy yo.

—Yo soy Pau Soria —se presenta—. Y ella es Sonia Ruiz. Éramos amigos de Luis Miguel Artapalo y estamos investigando su muerte. ¿Tiene un momento?

—¿Qué clase de amigos? —interpela.

—Amigos desde hace tiempo.

—¿Y me dice que están investigando su muerte?

—Bueno —balbucea Pau—, en realidad yo soy un investigador y ella —mira a Sonia— es una detective privado.

La señora Matamoros echa la vista atrás, como si tuviera que haber alguien que le dijera si podía o no atender a esos jóvenes que esperan en la entrada de la puerta. Seguidamente muestra una sonrisa que perciben como insolente.

—Sí —acepta—. Por supuesto que tengo ese momento. —Pau y Sonia se miran de reojo—. Pero es mejor que subamos arriba. Aquí abajo está el alcalde con unas visitas —dice—. Pueden dejar los cascos de la moto aquí —señala una estantería que hay en el mueble recibidor.

Pau y Sonia se colocan detrás de la mujer mientras ella sube las escaleras. Su paso es firme e incluso algún tramo lo sube de dos en dos escalones. Detectan cierta prisa. Al torcer una esquina del primer rellano escuchan voces provenientes del salón. Corroboran lo que les ha dicho el ama de llaves, que el alcalde está con unas visitas en el salón. Sonia se asoma a través de una claraboya diminuta, pero de un tamaño suficiente como para ver quienes se congregan allí.

—Están todos —le dice a Pau.

El ama de llaves la escucha. Sonríe.

—Sí —le dice—. Esta tarde se han reunido de forma espontánea. Es como si vieran llegar el final —musita.

—¿Perdón?

Ni Sonia ni Pau entienden sus últimas palabras.

—¿Y a qué se dedican ustedes exactamente? —los interroga nada más llegar a la planta de arriba.

—Somos detectives, como le hemos dicho —responde Pau. No cree necesario decirle que él es un agente del CNI, porque no está allí como agente; está como detective—. Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Sobre la muerte de Cesario Pidal y de ese detective que contrató su esposa. —Pau cabecea asintiendo. Sonia no dice nada—. Han tardado mucho en venir —recremina sin ningún tipo de expresión—. En toda novela negra lo primero es el trabajo de campo. Y el trabajo de campo de esta —suspira—, está aquí. En esta casa.

Sonia y Pau se miran. No entienden el sentido de las palabras del ama de llaves. Por un lado parece que les está esperando. Pero por otro piensan que se burla de ellos.

—Esta es la habitación de la señora —se detiene al lado de una puerta entreabierta.

El ama de llaves accede a la habitación y llega hasta el balcón. Les dice, con sigilo, que la sigan. Sonia y Pau se colocan detrás de ella. La señora Matamoros abre con torpeza la puerta de un armario de plástico. Dentro hay varios tarros de cristal. Algún bote de pintura reseca. Dos botellas de lejía. Y cuatro latas de alcohol de chimenea. Alarga sus manos de dedos delgados y coge una caja.

—Tengan.

Les entrega una caja de cartón sin ningún distintivo exterior que delate lo que hay dentro. Es la mitad del tamaño de una caja de zapatos, tanto en altura como en anchura. Sonia la coge con las dos manos, parece que no pesa.

—¿Qué es? —inquire.

—Ábrelo —le indica Pau gesticulando impaciente con la mano. Piensa que si alguien los sorprende allí entonces estarán metidos en un buen lío.

Sonia la aguanta con el antebrazo izquierdo mientras le quita la tapa.

—Una pistola eléctrica —dice Pau que ha visto otras anteriormente.

—¿Qué significa? —consulta Sonia.

—Blanco y con cáscara qué es —suspira Pau.

—Un huevo.

—Pues eso. Que más claro agua. Pistola eléctrica para atontar a Luis Miguel en el interior de su coche cuando está aparcado en Torrejón de Ardoz. Ella está allí con él. Lo paraliza con la pistola. Le prende fuego con el alcohol. Con ese alcohol —señala a las latas que hay dentro del armario.

—Y ahora, si me disculpan —les dice la señora Matamoros—, debo reincorporarme a mis quehaceres. Dense prisa, antes de que alguien detecte que están ustedes aquí. —La señora Matamoros pasa por al lado de ellos y desciende por las escaleras hasta el salón—. Dense prisa —repite más despacio desde la puerta.

—Cómo se nota que ha sido bibliotecaria y le gusta el misterio. —Sonríe Sonia guiñándole un ojo a Pau—. Es evidente que nos quiere decir algo más pero espera a que lo hallemos nosotros.

—Así es. Si nos ha dejado entrar y nos muestra esta habitación es porque hay más pruebas para acusar a Beatriz. Unas latas de alcohol y una pistola eléctrica no prueban nada —dice Pau consternado.

—Pues nos lo podía decir sin más y ahorrarnos el suplicio —comenta Sonia.

—Quizá no sabe más —contraviene Pau—. Creo que nos ha entregado todo lo que tiene. El resto debemos hallarlo nosotros.

La habitación debe tener al menos quince metros cuadrados. En el centro hay una amplia mesa. Sobre ella un ordenador portátil. Al lado un cenicero con varias colillas, Sonia cuenta seis. En la pared una estantería con libros. Todo, a excepción de las colillas, está recogido, y limpio.

—Vale —dice Sonia—. ¿Y ahora qué buscamos?

—Sea lo que sea está aquí —asevera Pau—. Solo tenemos que abrir los ojos y observar.

## Capítulo 26

Entretanto, en el salón del chalé, conversan los seis hombres y la mujer del alcalde.

—¿Vais a hablar de literatura? —le pregunta Beatriz a su marido.

—No lo teníamos previsto —responde—. Pero quédate con nosotros. Seguramente cenaremos juntos.

—Oh, no —rechaza el comisario—. Te lo agradezco de verdad, Alejandro, pero mi mujer me espera en casa para cenar.

—Yo tampoco me puedo quedar —le dice el presidente de la Diputación—. Solo he venido para preparar la próxima reunión y manifestar mi inquietud porque nos estén relacionando con esas muertes.

—Está bien —acepta el alcalde—. Mantenemos entonces la reunión del 31 de julio.

—Por mí sí —asiente el fiscal.

Y uno a uno van dando su consentimiento.

En el salón entra Rebeca Matamoros sosteniendo en sus manos una bandeja, que parece de plata, con varias tazas encima.

—Les traigo café y té —dice—. Por si les apetece.

El alcalde arruga los ojos. Le sorprende que Rebeca se tome esas licencias sin consultarlo antes con él. Pero no le da más importancia que la que tiene.

—Bueno —dice Beatriz Quintana—. Me subo a mi habitación que tengo que llamar a una amiga.

La señora Matamoros sabe que cuando dice que va a subir a su habitación, se refiere a su despacho. No puede dejar que lo haga mientras esos chicos están allí. No hasta que hallen lo que buscan.

—¿No toma café, señora? —le pregunta

—No, gracias Rebeca —rechaza mientras comienza a caminar hacia las escaleras.

Los demás se sirven. Comienzan a arremolinarse alrededor de la bandeja y vierten café o té en las tazas que les ha traído la señora Matamoros.

—Beatriz —la llama el ama de llaves.

—Diga, ¿qué quiere?

—Tenga —le entrega una taza de té—. Sé que le sentara bien —le dice.

Beatriz la mira directamente a los ojos, como si estuviera buscando a qué viene esa amabilidad tan forzada. Pero acepta de buen grado la taza que le entrega y la agarra con una de sus manos, mientras que con la otra extrae un cigarro de un paquete que hay encajonado entre dos libros en una estantería del salón.

Arriba, en el despacho de la mujer del alcalde, Sonia y Pau están a punto de salir. Si la señora Matamoros quiere decirles algo, mejor que lo diga, porque ellos no encuentran nada más que la pistola eléctrica y las latas de alcohol.

—Cómo no hallemos nada más estamos jodidos —dice Pau—. No sé si sabes que estas pruebas no sirven para nada si no son intervenidas por una orden judicial. Ella podrá decir que la pistola es para su protección; aunque no esté autorizada a tenerla, y las latas de alcohol son para encender la chimenea. Lo mejor es que las dejemos en el armario y nos vayamos, si no queremos meternos en un lío.

—Vale, vale —acepta Sonia—. Pero aquí tenemos que encontrar más pruebas. Esa señora

también arriesga mucho franqueándonos el paso. Observa, observa...

—Aquí han fumado —dice Pau divertido.

—¿Qué?

—Oh, nada. El viejo chiste de la policía.

—¿Qué chiste?

—Ese que dicen que cuando hay colillas en la escena de un crimen, el policía más avisado suele decir que ahí han fumado.

Sonia observa el cenicero que hay al lado del portátil, que tiene la tapa bajada.

—Claro —clama—. Las colillas.

—Que cigarrillos tan finos —le dice Pau—. Son como los que fumaba Luis Miguel.

—Luismi no fumaba estos cigarrillos —medita Sonia—. Son de una marca francesa. Tabaco rubio. Y a él le gustaba el tabaco negro. Estos son los que fuma Beatriz —dice al recordar que eran los que fumó cuando quedaron a tomar algo en Madrid.

—Espera —le dice extrayendo su teléfono móvil del bolsillo.

—¿Me vas a hacer una foto? —dice dejando la caja que sostiene en las manos sobre una estantería vacía.

—No. Te voy a mostrar una de las que hice en el estudio de Luis Miguel. —Pau eleva su móvil a la altura de los ojos de Sonia—. Mira —le dice.

En la fotografía se ve el cenicero de vidrio que había en el estudio de Luis Miguel. Todos los cigarrillos son iguales a excepción de unos cuantos, siete cuenta Sonia en la foto, que son más largos de lo común, estrechos y la boquilla de color terroso.

—Beatriz estuvo en el piso de Luis Miguel —masculla Sonia entre dientes—. Luego se conocían.

—Más que conocerse —anota Pau—. Si estuvo en su piso es porque...

—Ya. Ya. No me hagas tonta —protesta la detective—. Ya sé qué se va a hacer a un estudio donde hay una cama.

—Una cosa —medita Pau—. ¿Sabes de qué marca era el ordenador de Luismi?

—Ni idea, ¿por qué? —Pau posa los ojos sobre el portátil que hay sobre la mesa del despacho de Beatriz Quintana—. Vamos, no me jodas. Es imposible que sea este. Nadie es tan estúpido para llevarse un ordenador del piso de un muerto.

Mientras Sonia habla, Pau había levantado la tapa. Al iluminarse la pantalla se ve un recuadro largo en cuyo centro parpadea intermitente un cursor.

—Anda —le dice a Sonia—. Introduce la clave.

—¿De qué clave hablas?

—No me dijiste que Luismi te contó que en todos sus dispositivos tenía la misma clave, para no olvidarse.

—Sí. Te lo debí decir, supongo. Pero no recordaba que te lo hubiera dicho.

Sonia alarga la mano y teclea: «luismiguelA».

El ordenador emite un chasquido y muestra en el escritorio la imagen de una mujer desnuda. Tanto Sonia como Pau saben que ese era el portátil de Luis Miguel.

—¿Qué coño hace aquí su ordenador? —pregunta el agente del CNI de forma retórica.

Estaba claro. Beatriz se lo debió llevar del estudio y lo conserva aquí a la espera de averiguar la clave. Por eso, unos días antes, les había dicho Esther que había contactado con varias empresas de informática. Para eso las quería, para *hackear* el ordenador de Luismi y acceder a la información. Pero... ¿qué información es la que estaba buscando?

—¿No lo vas a mirar? —le pregunta Pau mientras echa un ojo a la puerta, teme que de un

momento a otro regrese la señora Matamoros. O peor aún, el alcalde o su esposa.

Sonia desliza el dedo por el panel táctil abriendo de una en una las carpetas que hay en el escritorio. Todas tienen nombres de mujeres: Silvia, Lucía, Rosa, Carmen...

—Incorregible este Luismi —sonríe Pau—. Siempre fue un mujeriego.

En la primera carpeta, la de Silvia, se topan con una docena de fotografías de una mujer, que seguramente sería la tal Silvia, sentada en una terraza con un hombre. Los dos conversan. En la carpeta hay una subcarpeta. Sonia la abre y ve a la tal Silvia en compañía del mismo hombre, pero esta vez hay tres fotos donde se les ve entrando en el vestíbulo de un hotel. La segunda subcarpeta muestra a la tal Silvia y a su acompañante en la cama. Solo contiene dos fotografías, y de muy mala calidad. Seguramente habían sido tomadas a mucha distancia y con algún teleobjetivo. O a corta distancia desde algún lugar complicado, como desde una galería interior o un tragaluz.

—Así que a eso se dedicaba Luismi —enuncia Pau molesto—. A fisionear en la vida de otras personas.

Sonia lo mira con animadversión.

—Eso es lo que hacemos los detectives privados —dice.

—Y esa carpeta de ahí —señala una que está en el centro. Se han dado cuenta de que el orden no es alfabético, sino que están ordenadas por tamaño—. La que ha nombrado como «Beatriz» —sonríe.

Sonia pone el puntero del ratón encima y abre el visor fotográfico. Hay al menos dos docenas de fotografías de Beatriz Quintana. En algunas estaba con Cesario Pidal. Otras con el propio Luis Miguel, que no había tenido reparos en fotografiarla en la cama, seguramente con una cámara oculta, mientras hacían el amor.

—¿Y esas? —pregunta Pau, pero suena como una exclamación.

En un conjunto de seis fotos se ve a Beatriz Quintana con varios hombres. En dos de esas fotos está con tres hombres a la vez en la misma cama.

—Jo con la tía —exclama Pau. Al menos tiene buenas tetas.

—A ver —dice Sonia—. Déjate de tetas que tengo que pensar. Está claro que esta tiparraca es la asesina de Luismi. Tenemos el móvil: las fotos. Tenemos la prueba: el portátil. Tenemos el arma —señala la caja de cartón—. E intuimos el motivo.

—Uno de los más antiguos que existen: el chantaje —determina Pau—. Luismi no tiene donde caerse muerto, por eso toma fotos de mujeres ricas y con maridos poderosos. Aprovecha que está investigando la muerte de Pidal para tirarse a esa —habla con desprecio de Beatriz—. Le pediría dinero a cambio de su silencio, supongo. Y en caso contrario por qué tiene ella su portátil y por qué quiere acceder a las fotos. Exacto —responde a una cuestión que no le ha planteado Sonia—. Para destruirlas.

—¿Y ahora qué? —pregunta Sonia algo confusa.

—¿Cómo que qué? Pues ahora bajamos al salón y le contamos lo que hemos averiguado al comisario, y al guardia civil, y al juez, y al fiscal... Vamos, Sonia, que nos están esperando. Les vamos a dar la mejor novela que se hayan podido leer jamás.

Al pasar por la habitación que hay antes de llegar a las escaleras, la última del pasillo, observan que la puerta está entreabierta. Pau se asoma.

—¿Qué coño haces? —le pregunta Sonia. En la mano izquierda lleva la caja de cartón con la pistola eléctrica y bajo el hombro derecho sostiene el portátil de Luismi. Pau en cambio tiene las manos vacías.

—Shhhh —sisea—. Chafardear. Esta debe ser la habitación del ama de llaves.

Pau empuja ligeramente la puerta. Es una habitación espaciosa. Una cama antigua, una silla de

madera, un butacón con una lámpara de lectura. Sobre la mesa una máquina de escribir antigua de la marca Underwood a la que le falta la tecla «C».

—Vamos, no te entretengas —le insta Sonia a que se den prisa para bajar al salón y contar lo que han averiguado. Además sabe que Beatriz Quintana está allí, con ellos. Y quiere ver la cara que se le queda cuando Pau y ella la acusen.

Sí, vamos —dice Pau entornando la puerta de nuevo—. Verás qué cara se le queda a la mujer del alcalde cuando la desenmascaremos.

—Eso mismo estaba pensando yo ahora mismo.

\* \* \*

## **Nota del autor**

Querido lector, espero y deseo que haya disfrutado de esta novela, y de ser así, le agradecería que la valorara y/o comentara en amazon.es o amazon.com, para que de ese modo otros lectores puedan conocer y compartir sus opiniones.

Gracias, y nos vemos en la próxima aventura.

Si quiere saber más, puede buscarme en:

[www.estebanavarro.es](http://www.estebanavarro.es)

## Más novelas

El altruista (2020)

Rock Island (2020)

Verdugos (2020)

Natasha (2020)

El ajedrecista (2020)

La rubia del Tívoli (2019)

El cónsul infiltrado (2019)

El apagón (2018)

Penumbra (2018)

La marca del pentágono (2018)

El club de la élite (2017)

Una historia de policías (2017)

El reactor de Bering (2017)

Ángeles de granito (2016)

La gárgola de Otín (2016)

Los ojos del escritor (2016)

Diez días de julio (2015)

La puerta vacía (2015)

Los crímenes del abecedario (2014)

El buen padre (2014)

La noche de los peones (2013)

Los fresones rojos (2013)

La casa de enfrente (2012)